

FRAY MOCHO



De los canales fueguinos —
Enfrentando a Monte Sarmiento.

Foto del señor Bartolomé Zambonini



Número 572

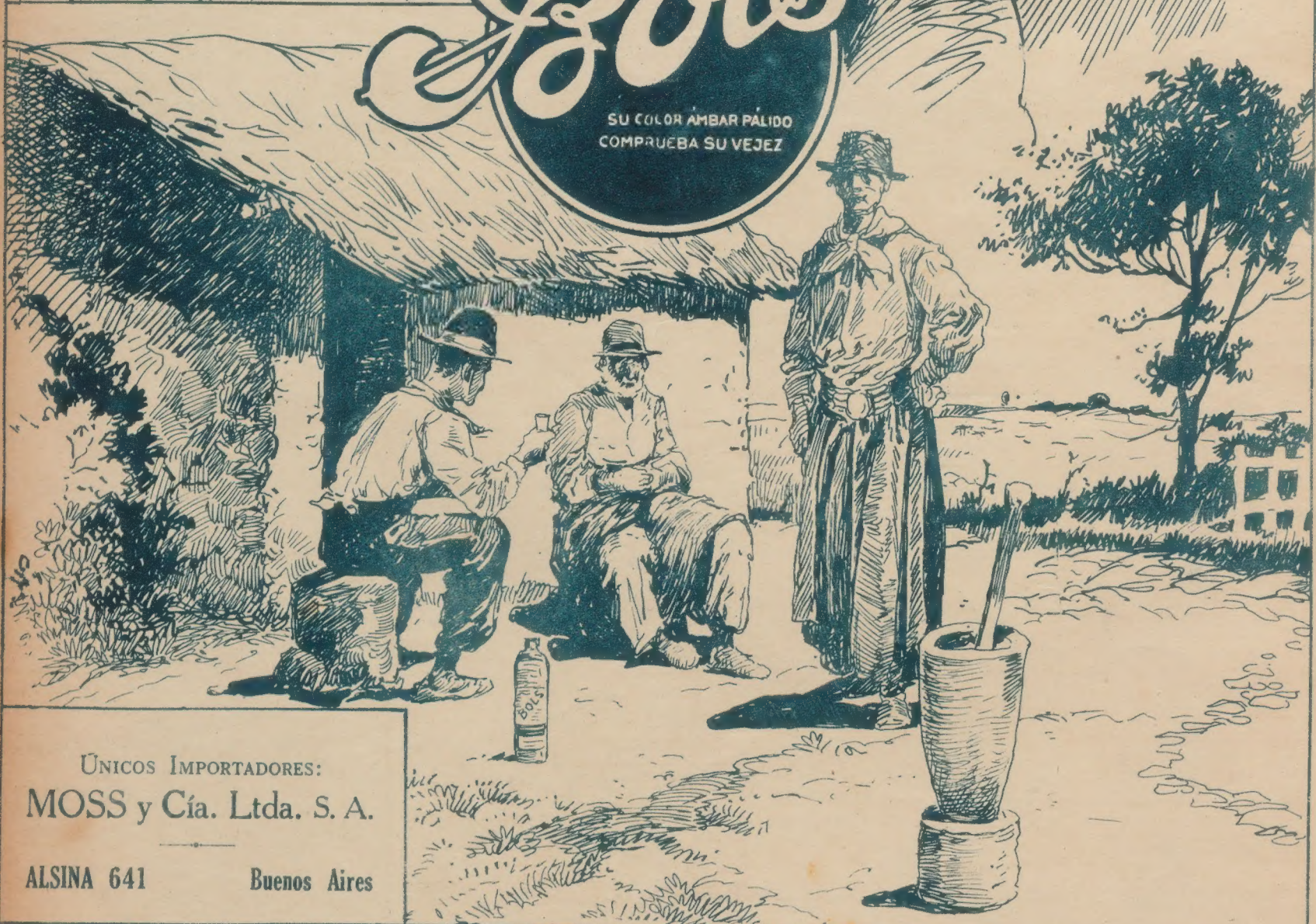
10 de abril de 1923

13135 12,572 (1923)

LA BEBE TODO EL MUNDO



Ginebra
Polo
SU COLOR AMBAR PALIDO
COMPRUEBA SU VEJEZ



UNICOS IMPORTADORES:
MOSS y Cía. Ltda. S. A.

ALSINA 641

Buenos Aires

FRAY MOCHO

Año XII

Buenos Aires, 10 de abril de 1923

Núm. 572

Elogio del "dulce far niente"

—Pasarán en Tío Pujio los últimos días de semana santa, ¿no?...

—Toda la semana santa, señora, desde el Domingo de Ramos hasta el ídem de Pascuas. De punta a rabo, señora, y encantada, por lo que a mí respecta. ¡Ah, los aires tonificantes de Tío Pujio!...

—¿"Chin-Chin" no sería de la partida?

—Pues mi hijo "Chin-Chin", que, como usted sabe, es alumno de la Facultad de Ciencias Económicas, tuvo la suerte de que no funcionarían las clases durante toda la semana santa; otro tanto le ocurrió a mi hija María de la Paz, que estudia en el Conservatorio de Santa Cecilia Primitiva, institución que si bien no es oficial, no por ello dejó de plegarse al paro de semana santa.

—¿Y Toribio?

—Mi esposo también se echó en brazos de la holganza. Mi Toribio, que se encuentra a punto de caramelo de jubilación, es segundo jefe de la Oficina de Inspección de Polcas de la Municipalidad. Como su jefe, resolvió arreglar las maletas la víspera del Domingo de Ramos, e irse a Fortín Tostado, mi Toribio, para no ser menos, delegó el mando en el escribiente, y así pudo él acompañarnos a Tío Pujio. Pero qué mes más ingrato el mes de abril, ¿no?...

—¿Por qué, señora de Alegre?

—Porque en abril no tenemos festividad alguna que pueda enrabarse con dos o tres días de descanso.

—Pero ya llegará el mes de mayo, señora...

—El 25 de mayo, felizmente, cae en viernes, y el sábado queda como jamón de sandwich entre el día patrio y el domingo. Pues volveremos a Tío Pujio a tonificarnos con los aires puros cordobeses.

—¿Irá con su Toribio, señora de Alegre?

—Con mi esposo, "Chin-Chin" y María de la Paz. Y como yo soy muy previsora, ya le he dicho a Toribio: "Mirá, viejo: es necesario que vayas haciendo méritos ante tu jefe, para que te conceda licencia".

—El sábado 26, que queda como sandwich?...

—No, señora: toda la semana de mayo, ¡toda la histórica semana!

Los inurbanos

La sociedad dictó los códigos con objeto de refrenar los instintos bárbaros o criminales de las personas, y, de igual modo, creó la educación y la buena crianza, a fin de contener los desmanes y groserías inherentes a la naturaleza humana. Pero como ambos instrumentos de civilización constitu-

OH, PADRE ENSUEÑO...

Oh! Cuando estás conmigo,
cuando entras en mi alma
Ensueño candoroso
eres como una mariposa blanca!
Todo canta alrededor de mi existencia
para avivar mis ansias;
parecenme los cielos más celestes,
las amarillas flores de retama
se vuelven sutilísimas, en todas
las cosas, yo presiento que hay un alma
que se mezcla a la mía
que canta!
Si huyo por las huertas
me alegran los almendros y las parras,
las risas de pequeños
que trepan los arbustos... La lejana
música del arroyo
me agrada!

Oh! Cuando estás conmigo,
Ensueño, pasa, pasa
esa novia que siempre
me besa y acompaña,
esa novia, la cruel melancolía
tan pálida!
Cómo me encanta el surtidor que arroja
sobre el césped su blanca
cortina de mil gotas,
cómo se ensancha
mi corazón y sueño
volverme una pequeña gota de agua,
ser una flor purpúrea
una rama,
para así no sentir las hondas penas,
ni eternas ansias;
por eso veo que las bellas gotas,
las rosas y las ramas,
y el arpa de los pájaros
tienen un alma!
Oh! padre Ensueño, cuando estás conmigo
eres como una mariposa blanca!

Enrique D. Vitell



yen, con su sanción penal y social, poderes reguladores sobre el libre albedrío, desde el momento en que imponen límites a la libertad de acción, no se necesita más para que se declaren en abierta rebeldía frente a sus preceptos, aquellos espíritus inferiores, que son incapaces de someter la voluntad a los dictados de la razón. Por este motivo existen y existirán siempre en el mundo, millares de delinquentes y millares de ineducados.

A ésta última especie de la fauna antisocial, tan variada como pintoresca, queremos dedicar estas líneas. Si alguien se propusiera estudiarla a fondo, tal vez no encontrase mejor campo de observación que el tranvía. En este popular medio de movilidad, se exhiben diariamente, en sus diversas fases, las personas que carecen de educación, a las cuales podría clasificarse por grupos, de acuerdo con su característica dominante.

Tenemos, por ejemplo, los "filarmónicos". El tipo representativo de esta especialidad, que se distingue por sus heroicas constancias, se concreta a interpretar, por medio de un bello silbo trepanador, el último tango en boga, o cualquier otra ignominia musical, mientras se siente halagado por la íntima persuasión de que sus cadencias despiertan en secreto la admiración y hasta la gratitud del forzado auditorio. Entre tanto, la mayoría de los pasajeros piensa en la necesidad inmediata de acudir a la aspirina o a una pistola mauser.

Los individuos pertenecientes al grupo que pudiera denominarse "lectores de acción", son más temibles que los silbadores, porque son inconscientemente agresivos. La enajenación que provoca el relato de cómo se marcó el último goal del partido, o la forma en que se produjo el knock-out que dió fin al match, anula la noción del tiempo y del espacio, y el lector, encorvado sobre las hojas del diario y con los brazos abiertos en cruz, aplica un codo bajo la mandíbula del pasajero que está a su lado y raspa, con el canto de las páginas del periódico, el cogote del que va delante.

También existen los "pedestres", quienes parecen nacidos para concentrar sus actividades en las extremidades inferiores de su personalidad. Ya sea apoyando los pies en el respaldo del asiento que tienen delante, ya introduciendo los botines por el hueco que queda entre uno y otro, dijérase que su misión, al viajar, consistiera en patear, todo cuanto les sea posible, a los desdichados que estén al alcance de sus remos.

Nombremos, por último, a los que se limpian las uñas, en presencia de los demás, persiguiendo encarnizadamente dos propósitos: escamondarse con aire solemne, y esforzarse en que todos adviertan la operación que están realizando.

¿Cómo se podría hacer comprender a éstos señores el verdadero significado de su conducta?

La grosería y la falta de educación, ¿serán enfermedades endémicas entre nosotros?

NI CON DIOS, NI CON EL DIABLO!

por Enrique RICHARD LAVALLE

Que por contemplar a tolos,
no quedó bien con ninguno.

PEROGRULLO.

Las tablas del sabio. Cap. V.
Párrafo XII.

Como FRAY MOCHO es un fraile con "todas las de la ley", nada más en razón que, en su nombre, y por sus fueros me cuele debajo del sayal de otro fray, que, a la cuenta, no es lo que parece, o parece lo que no es, o fué, y desenriede esto quien quiera enriedarse en enriedos enriedadores, como sabía decir nuestro grande e ingenioso Bertoldo.

Aquí, este que tengo enfrente, es Fray Luis Beltrán, en bronce, estatua que del ilustre prócer han hecho estas "justicieras generaciones", para rendirle el homenaje más grande y, quizá, porque esto se tiene siempre en cuenta: "para salvar su nombre del olvido".

¿Fray Luis Beltrán?—me interrogo pensativo y desconcertado.—¿Quién será este fraile ilustre?

Como no halla respuesta satisfactoria, que mis conocimientos en cuestiones históricas son muy "escasos", acudo en demanda de auxilio al presbítero... ¡Demontre! Iba a cometer una indiscreción, que el padrecito aquel me dió sus luces en franco lance confidencial, y estaría feo que yo pusiera aquí su nombre. Pasemos por alto el nombre, supongamos que se llama el Padre Juan.

Bien pues, el Padre Juan, luego de hacerme una breve historia del fraile, resumió:

—Fray Luis Beltrán, que en calidad de químico y fundidor había servido a los patriotas de Chile, siendo a la sazón vecino de Mendoza fué indicado a San Martín como un elemento muy útil. Este gran cator de hombres llamó al frailecito, que no estaba en el convento de los franciscanos, como éstos pretenden, sino en una casa particular, en calidad de emigrado, y enterado de sus conocimientos le fió la dirección de la maestranza, esto es, fundición de armas y municiones.

Conocedores del alto espíritu militar de San Martín, no cabe la menor duda que el frailecito debió vestirse de militar. Mas que chocante, habría sido ridículo que un señor vestido de fraile anduviera entre yunques y fraguas dando órdenes a los obreros-soldados, porque esto también es indudable que los obreros eran soldados.

Pero, demos de barato que San Martín, atentos los escrúpulos del frailecito lo dejara con su sotana o sayal. ¿En calidad de qué figura en los estados del ejército: como fraile pescador de almas o como militar?

Figura como militar, y como militar pasa al general en jefe varios partes de los sucesos que ocurren en el Paso de los Andes.

Toda su acción posterior se desarrolla en la misma forma, como jefe-director de la maestranza, a su pericia y cuidado se fian armas y municiones en la bella y gloriosa campaña libertadora.

Tenga usted bien presente que

Beltrán jamás, así, "jamás" empuñó un arma, ni tomó parte activa en la batalla; fué jefe técnico, y no militar combatiente. Esto demuestra su criterio recto, y que, en el fondo, se conservaba fiel a sus principios.

Abreviando. Luego Luis Beltrán, el coronel Luis Beltrán, que nunca había hecho renuncia de su fe ni abjurado de su sacerdocio murió en Buenos Aires, vistiendo hábito de fraile, y en su testamento pidió perdón por sus yerros, y reafirmó su profesión de fe.

Sus restos fueron depositados en el Cementerio de la Recoleta, y "debien" estar registrados como de Fray Luis Beltrán.

Esta es la verdad incontrovertible.

—¿De modo, pues, que Luis Beltrán es militar y no fraile?

—Naturalmente, esto no se puede discutir. Para la historia el único que existe es el coronel Luis Beltrán.

—Entonces, ¿por qué lo han hecho fraile aquí?

El Padre Juan, que es joven, estudioso, y una inteligencia despierta, titubeó, y luego, sonriendo, repuso:

—Son de esas cosas que hechas por gente que no es "del oficio", no le dan importancia, y allá van...

Don Francisco Moreno, el Perito Moreno, como se le llamó siempre, tiene la culpa de este yerro. Lo vistió de fraile a Beltrán en el bajo

CUIDARSE DE LOS JABONES

El exceso de alcalinidad de los jabones reseca de tal manera la piel, que produce grietas y arrugas prematuras en el cutis; las cremas y pomadas en vez de remediar este daño sólo consiguen disfrazarlo, con grave perjuicio para quien confía en su eficacia. Conviene saber que, lo mejor que existe para lavar el cutis es la horchata de amygdalos, que se prepara vertiendo una cucharadita de amygdalos en polvo en media palangana de agua, la que higieniza, refresca, suaviza y perfuma la piel. Se puede adquirir este producto en todas las farmacias y perfumerías.

Bailes nuevos

En un primer Congreso internacional de maestros de baile, celebrado en París hace poco tiempo, se afirmó que el próximo invierno se bailarían la "gironella", la "ondulada", la "tangosa" y otras "réveries boston".

Parece que no hay tal cosa.

El verdadero Congreso, "el único" (según dice un colaborador de "Le Gaulois"), el de profesores de baile de Francia, advierte que solamente "harán furor" este invierno los bailes inéditos llamados: el "Passetto", del maestro M. Valentín; el "Criss Cross", del maestro Petit; el "Hou-

DE LUCIANO ZUCCOLI

Entre los nuevos escritores extranjeros que "Fray Mocho" da a conocer a nuestro público en sus páginas literarias selectas, merece destacarse por su sorprendente originalidad el italiano Zuccoli, que en el cuento "Por qué dejé a Zina Scerkow"—que publicaremos en nuestro próximo número—concentra las características que le han dado renombre.



Monumento a Fray Luis Beltrán, en Mendoza.

relieve del monumento al Ejército de los Andes, que está en el Cerro de la Gloria, y luego, al levantarse esta estatua fué necesario seguir vistiéndolo de fraile...

Hicimos baratas consideraciones filosóficas sobre la enseñanza de la historia, y como se hacía tarde, me despedí del Padre Juan.

Tomé por la calle San Martín, e inconscientemente fui a detenerme otra vez frente a la estatua del "Fray". Y ya bien informado, me pareció que la actitud de Beltrán no es la de un fraile humilde, sino la de un sujeto que tiene vergüenza, parece avergonzarse del curioso disfraz...

En todo el monumento no hay símbolo guerrero que llame la atención, luego de mucho mirar se advierte, pegado al pedestal, como si la estatua lo hubiera dejado caer, un sable enredado en una palma...

Y aquí de las ironías y enriedos enriedadores del enriedado destino, como diría el sin par Bertoldo, a pie de la estatua del Fray, usando de sus gradas como tribuna, dirigen la palabra los oradores en todas las manifestaciones políticas, y ¡pobre Fray! las cosas que oye... Felizmente sus oídos de bronce son como los del mercader, que si no, como le habrían sonado las loas de los que lo consagraron Fray por los siglos... Verdad que es no quedar bien ni con Dios ni con el Diablo.

Año XXIII, Mendoza.

li", una especie de "chaloupée" de distinción infinita; la "Génova", de una profesora de baile de Montreux (Suiza), que ha querido simbolizar coreográficamente la fracasada conferencia; el "Capriccio", invención de otro profesor suizo; el "Royal Glide", nuevo boston inglés, y la "Aragonesa" (el citado periódico no dice qué clase de danza es esa ni quién su autor).

Al inaugurarse ese Congreso, en el que se reunieron nada menos que 103 maestros de baile de París, 70 provincianos y 80 extranjeros, se pronunciaron numerosos discursos.

El más espiritual fué el de M. André de Fouquières, antiguo "rey del cotillón", que se mostró "bien enterado" de las más modernas danzas exóticas.

Entre otras cosas dijo: "Después de la del dinero, el baile ha llegado a ser la más grande locura de los hombres."

¡No sea Vd. tacaño!

Con 45 centavos, que es lo que cuesta una cajita de

Pastillas RIN RIN

se librará usted de la gripe, tos, resfrios y catarras, tan frecuentes en el cambio de estación.

En todas las farmacias

Agente: F. Amoretti, Azara 618, Bs. Aires



MELPÓMENE



Gloria Bayardo, actriz argentina, que ha interpretado con notable acierto, "Melpómene", del poeta Arturo Capdevila.

*Melpómene, la musa de la tragedia, viene...
¡Oh! y esta noche el viento no sé que ritmo tiene
solemne, doloroso. No sé que notas huecas
bajo el marchito bosque, sobre las hojas secas,
junto a las muertas aguas, ¡Melpómene qué es esto?
Hoy tienes más que nunca desencajado el gesto,
frías las manos; frías como de mármol; frías
como de muerte!—Cuenta que ha sido de tus días;
cuenta porque escondidas cavilaciones viejas
te ahonda las miradas el arco de las cejas...*

Y la fuente de aguas purísimas de nuestro gran lírico, Arturo Capdevila, canta en los labios de Gloria Bayardo, delicada intérprete poética, gloria de los ojos y del espíritu.

En el árbol luminoso del cuerpo de la intérprete, se enrosca y desenrosca la serpiente del delirio.
Su voz sonora y fresca se ahonda en la expresión, se alarga en trémolos, se cohibe en suspiros, se crispa en gritos, se ahoga en sollozos...

La luz de sus ojos se inflama, se atenua, oxila, muere en una lágrima.
¡Gloria a la nueva samaritana que acerca a los labios sedientos de nuestro espíritu el agua purísima de una bella emoción de Arte!

¡Gloria a los versos de Capdevila santificados en los labios de una mujer tan bella como sus versos!!
¡Gloria a Gloria!

*Madre Andalucía, caja de alegría,
pandereta heroica de vibrante son...
Es a ti a quien debo madre Andalucía
los desbordamientos de mi fantasía
y las marejadas de mi corazón...*

Ahora es Santos Chocano con sus versos sonoros que canta en los labios de Gloria.

¿De qué cuadro andaluz se desprendió Gloria?
Ya no es solamente la intérprete la que nos interesa sino también la mujer.

Canta más con la plástica de su cuerpo, con sus curvas armoniosas, con el sol y la sal que hay en su persona, que con los versos del más sonoro de los poetas americanos.

La gracia de la mujer vence a la grandilocuencia del poeta.

*Señol fue, pasi usté más alantí
y que entrín tós esus.
No le dé a usté ansia
no le dé a usté micu...
Si venis antiyel a asligila
Sos tumbo a la puerta. ¡Pero ya s'a muertu!...*

Los versos de "El embargo" de Gabriel y Galán, tan humanos y sentidos, cobran en labios de Gloria una dramaticidad y una fuerza insospechadas.



La artista en su afortunada caracterización de "Melpómene".
Dib. de la señorita Romilda Ferraria.

Ya no es más la intérprete clásica, severa como en Melpómene; ni la mujer nerviosa, alegre y elástica, sana de cuerpo y de alma, como en "Pandereta"; ahora es el débil ser humano que, sacudido por el Destino, canta su angustia, grita su dolor...

La intérprete desaparece de nuestra vista y surge ante ella en su lugar, el ser desgraciado que, después de la muerte de su amor (¡pena imborrable!) como carece de dinero para el pago del alquiler de la habitación donde ambos vivían, le embargan los muebles. Se resigna a todo; pero lo que no puede tolerar es que también pretendan embargarle el lecho de su amor:

*La camita ondí yo la he cuidau
la camita ondí estuvo su cuerpo
¡cuatro meses vivu
y una nochi muertu...*

Y agrega al fin en un raptó de desesperación:

*Llévassitu todú,
todú, menos esú,
que esas muntas tienen
suél de su cuerpo...
¡Y me güelín, me güelín a ella
ca res que las güelu...*

La intérprete no llora sola; también los oyentes sienten un nudo en la garganta y una leve neblina ante los ojos...

Y Gloria sigue recitando: "Los motivos del lobo" de Rubén Darío; "Fuga" de José Santos Chocano; "La gitana" de Francisco Villaespeza. Relámpagos de belleza sacuden el cielo de nuestra fantasía. La sangre azul del ensueño corre por nuestras venas. En el ramaje de nuestros nervios canta al pájaro de la emoción. Y el alma, como digo en mi "Elogio a Friedman":

*"En el cálido estallido de una espléndida ovación
se hace carne..."*

Y es con una guirnalda de sinceros aplausos que coronamos la noble labor de Gloria, gloria de los ojos y del espíritu.

Mayorino Ferraria

UNA NOCHE ENTRE LEONES

AVENTURAS DE UN FOTÓGRAFO DE FIERAS

"Un día, a la mitad de nuestra marcha—refiere Mr. Dugmore en su libro titulado "Aventuras fotográficas en las selvas africanas"—llamáronnos la atención algunos buitres posados en las ramas de un árbol muerto. Cerca de allí descubrimos los restos de un antilope "hartebe-est", oculto entre las altas hierbas de un ribazo al pie del cual se veía el lecho seco de un arroyuelo. El animal había sido en parte devorado por los leones. Si habiésemos arreglado una escena para obtener una serie de fotografías con magnesio, no habríamos podido hacer nada mejor, en cuanto a la posición de la víctima, que lo que los leones habían hecho. No sólo el fondo era admirable, sino que enfrente había una elevación del terreno donde podríamos construir un refugio para dominar en absoluto la situación.

Estábamos a una legua del campamento. Volvimos atrás, almorzamos, y tornamos al arroyo con los aparatos y hombres para construir el refugio, el "boma", como le llaman en el país, que se hace con ramas espinosas, dejando una entrada delante. Colocamos tres máquinas en línea, a unas nueve varas del antilope, y en el boma, un poco más atrás, pusimos otras dos máquinas y una carga de magnesio de reserva, por si fallaban las demás. Todo preparado ya, comimos, nos metimos en el boma, cerramos la entrada y saboreamos tranquilamente una taza de café y algunos cigarros. Apenas habíamos terminado, y ya la obscuridad se extendía por toda la comarca, cuando no sin sorpresa oímos un ligero ruido entre la hierba y vimos nada menos que tres leones acercándose a la víctima. Saqué mi lámpara eléctrica de bolsillo, y a su escasa luz pude ver que sólo uno estaba lo bastante cerca del antilope para caer dentro del campo del objetivo. Era una leona, y al dar de lleno la luz sobre ella, brillaban sus ojos como piedras preciosas. Tan abstraído estaba contemplando aquella escena, que en el primer momento ni siquiera me ocurrió oprimir el botón que debía inflamar el magnesio; cuando al fin puse el dedo en él, y, con una detonación, se iluminó la escena con la azulada luz, seguida inmediatamente por la más impenetrable oscuridad, los leones, asustados de tan brusca interrupción, huyeron gruñendo sordamente.

Volvimos a cargar las máquinas, preparamos de nuevo el magnesio y nos escurrimos dentro del boma con una singular sensación de tranquilidad. Durante dos horas no ocurrió nada, como no fuese el rugido aislado de algún león o el lejano ladrar de las cebras. A eso de las nueve, sin embargo, oí ruido como de algo que se acercase. Desperté a mi compañero, que dormía, y pronto distinguimos la forma de una leona, que lentamente se acercaba al cadáver del antilope. Cada vez estaba más cerca, más cerca, hasta que me pareció que había llegado. Oprimí el botón, y conseguí una de las mejores fotografías de leones que he hecho jamás. Sólo distaba diez varas de nosotros, y huyó dando un brinco y lanzando un bramido.

Con luces y con las armas preparadas, salimos para arreglar otra vez las máquinas y el magnesio. Durante largo rato no volvimos a ver leones, pero sus rugidos, que sonaban en todas direcciones, nos tenían constantemente alerta; en un kilómetro a la redonda, debía haber por lo menos una docena. A eso de las dos oímos gruñir por lo bajo y andar entre la hierba seca. Al principio no vimos nada. Los gruñidos, sin embargo, continuaban, hasta ponernos nerviosos. Por fin

podimos ver tres leones, que iban y venían con misteriosos movimientos, apareciendo y desapareciendo entre las altas hierbas y las sombras proyectadas por los árboles. Aquel horrible gruñir no cesaba, y para colmo de males, un cuarto león se acercó por la parte trasera del boma. Gruñía lo mismo que los otros, y comprendimos que empezábamos a estar en peligro. Una vez, la fiera llegó a acercarse a menos de tres varas.

Hubiérase dicho que aquellos cuatro leones estaban indecisos sobre lo que

debían hacer. Probablemente, discutían entre sí sobre si sería mejor atacarnos o comerse el antilope, y, tras un espacio de tiempo al parecer interminable, una de las fieras, una leona, bajó hacia el cauce seco. Cuando estuvo a pocos pasos del antilope le enfocamos con la luz eléctrica, y al mismo tiempo disparamos el magnesio. En nuestro estado de nervios, nos pareció tan fuerte el fogonazo, que casi nos asustó; pero los leones, en vez de huir como antes, se retiraron poco a poco, gruñendo con enojo. Sin duda les molestaba que les interrumpiesen la cena; si decidían atacarnos, teníamos pocas probabilidades de salvarnos.

Después de pensarlo mucho, salimos llenos de miedo para preparar otra vez las máquinas. ¡Qué obscuro estaba! La escasa luz de la lámpara de

La cura de Primavera

Uno de los métodos curativos recomendados en Europa y especialmente en Alemania desde la antigüedad, es lo que se llama la cura de Primavera, la cual se practica en todos los hogares: niños, jóvenes y ancianos, sanos o enfermos, pobres o ricos, todos hacen su cura de Primavera. Nadie deja de recordar su dosis de azufre termado que debe tomarse de mañana en ayunas, desde que se inicia la Primavera, para así purificar y librar el organismo de todo contagio o enfermedad.

bolsillo más bien acentuaba que disipaba aquellas tinieblas, y los rugidos de los leones se oían por todas partes. Era a la vez fantástico y horrible. Cargamos las máquinas a escape y una vez más nos refugiábamos en nuestro pequeño boma.

Menos de dos horas habían transcurrido cuando volvieron nuestros visitantes. Esta vez sólo eran dos, pero muy escandalosos. Sus bufidos y gruñidos nos desconcertaban. Iban y venían a lo largo del ribazo, más arriba del cebo, pero sin entrar nunca en el foco de las máquinas. Más de una hora nos tuvieron así, hasta que al fin callaron y pudimos ver a los dos agazapándose junto a un árbol. Estaban mirándonos, y nos sentíamos bastante molestos. Instintivamente preparamos nuestras armas. ¿Debíamos disparar, y evitar así el ataque? Esperamos, mientras nuestros ojos trataban en vano de penetrar en la obscuridad.

De pronto, oímos un ruido, y las dos fieras, lanzando furioso bramido, precipitáronse hacia nosotros, ribazo abajo.

La cosa se ponía fea, pero precisamente cuando nos disponíamos a recibirlos, los leones cambiaron de parecer, y al llegar al arenoso lecho del arroyo, como cosa de cinco o seis varas de nosotros, con gran alegría nuestra volvieron grupas y echaron a correr cauce arriba.

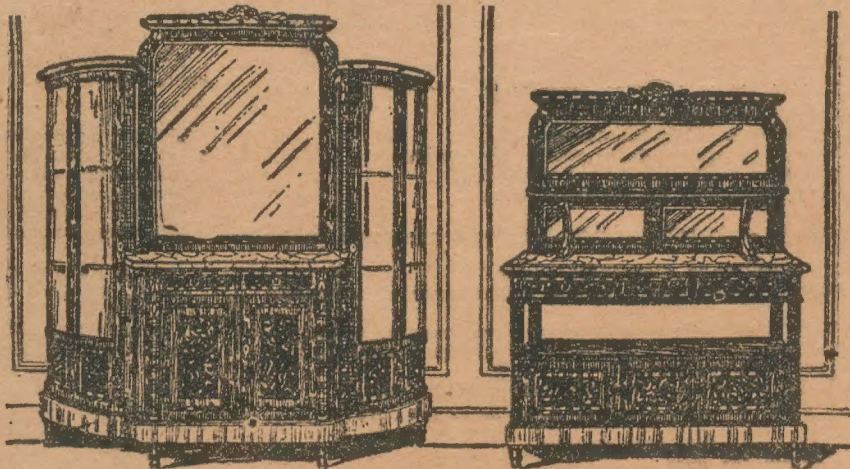
Fué un episodio espeluznante, es verdad, pero me permitió obtener nada menos que diez fotografías de leones, hazaña que probablemente no podré repetir jamás.

TIPOS MATUTINOS



El del "footing" higiénico.

MUEBLERIA "CASA AMARILLA"



Regio juego comedor en roble N. A. o cedro caoba compuesto de aparador, trinchante, mesa 3 tablas y 12 sillas \$ 1.000

PEDIR CATÁLOGO PARA EL INTERIOR. — EMBALAJE GRATIS

CANGALLO, 656

JUAN L. ROCHE
BUENOS AIRES

PARA LA ANGUSTIA DE LAS HORAS

(A mi madre.)

Para calmar las horas graves
del calvario del corazón
tengo tus tristes manos suaves
que se posan como dos aves
sobre la cruz de mi aflicción.

Para aliviar las horas tristes
de mi callada soledad
me basta... saber que tú existes!
y me acompañas y me asistes
y me infundes serenidad.

Cuando el áspid del hastío me roe,
tengo unos libros que son en
las horas cruentas mirra, aloe,
de mi alma débil el sostén:
Hein, Samain, Laforgue, Poe,
y sobre todo, ¡mi Verlaine!

Y así mi vida se desliza
—sin objeto ni orientación—
doliente, callada sumisa,
con una triste resignación,
entre un suspiro, una sonrisa,
alguna ternura imprecisa
y algún verdadero dolor...

Ernesto NOBOA CAAMAÑO.

PUCHITOS

Publicaciones técnicas europeas indican un nuevo combustible para motores: el alcohol de bellotas. En efecto, las bellotas, tan abundantes en ciertas regiones de Europa, contienen el 40 por ciento de almidón que puede ser fácilmente sacrificado y convertido en alcohol, de costo muy bajo.

Afirma un médico del ejército norteamericano, el mayor M. Naught, que los gérmenes de la fiebre tifóidea disminuyen notablemente en número al cabo de cuatro horas de permanecer en una infusión de te; al cabo de veinte horas, perecen todos los gérmenes puestos en te frío. Cree, pues, aquel médico que el te tiene propiedades antisépticas con respecto a los microbios de la tifóidea, y aconseja que se dé a los soldados te frío, en vez de agua esterilizada.

El doctor Hill, disgustado con la Sociedad Real de Londres, que no le había nombrado miembro de ella, imaginó una venganza curiosa. Con nombre falso y titulándose médico de una localidad remota, dirigió al secretario de la Institución una comunicación en la que daba cuenta de una cura asombrosa: "había vendado con paños embebidos en agua de alquitrán, la pierna fracturada de un marinero. Al cabo de pocos días, el marinero recobró el uso de su miembro". Precisamente por eso tiempo, en los círculos médicos se discutía las virtudes del agua de alquitrán, a la cual algunos atribuían una eficacia curativa extraordinaria. La comunicación fué leída y se le hizo objeto de los más laboriosos comentarios. Las opiniones estaban divididas. Se había dispuesto ya hacer imprimir los resultados de ese debate científico, cuando el secretario de la Sociedad Real recibió una carta del médico de campaña, en la que le decía: "En mi anterior comunicación olvidé decir que la pierna fracturada era de madera".

Un curioso procedimiento para teñir la madera de color uniforme y profundo es el que acaba de inventar un ingeniero de Dresde. Este señor tiñe la madera "viva". En efecto, inyecta al árbol una solución compuesta de cerca de 200 litros de agua y un decimo de libra de anilina. La difusión del color en la madera es completa y se efectúa por capilaridad.

Según las creencias mahometanas, existen en el cielo diez animales. Este limitado jardín zoológico está formado por: la ternera ofrecida por Abraham, el buey de Moisés, la ballena de Jonás, el asno de Balaam, el carnero de Ismael, la hormiga de Salomón, el camello del profeta Saleck, el cuclillo de Bal-kis, el perro de los Siete Durmientes, y el "borak", animal que llevó al cielo a Mahoma.

El doctor Burbick, de Kane, emplea un fonógrafo en su sala de operaciones, a objeto de disipar en los pacientes el estado de ánimo aprensivo, y a veces aterrizado, con que son llevados a la sala. Después de haber asegurado al enfermo que no sufrirá lo más mínimo, el doctor Burbick le pregunta cuál es su nacionalidad y qué música prefiere: himno nacional, aires populares o trozos de obras clásicas. Poco antes de la operación y de la anestesia, hace funcionar el fonógrafo que toca la música indicada por el enfermo. El efecto es sorprendente, pues la música desvanece el miedo y elimina, por consiguiente, sus efectos fisiológicos, que a veces comprometen la operación.

Cerca de la ciudad de Ishinomski, en el Japón, hay una aldea en la cual las mujeres gobiernan por completo. Las mujeres son los jefes de la familia y sostienen a ésta. Los hombres realizan todas las tareas domésticas, que

en todas las demás partes del mundo están a cargo de las mujeres.

Un animal curioso es el pececillo llamado "soplador" el cual, al aproximarse un peligro, se infla en pocos segundos hasta aumentar en cuatro o cinco veces el volumen de su cuerpo, de modo que no puede ser tragado por el otro pez cuyo apetito despertó. Este inflamiento se efectúa mediante agua o aire.

Una revista científica norteamericana indica un nuevo remedio para el dolor de muelas. Consiste, simplemente, en una mezcla, en partes iguales, de alcohol benzílico y cloroformo. Se aplica en la cavidad del diente enfermo, un poco de algodón embebido en unas gotas de aquella mezcla. La acción del medicamento es instantánea y dura por varias horas.

Uno de los profesores de la Universidad de Illinois ha creado un nuevo metal, mediante la aleación de nueve metales diversos, que compete en todo, menos en belleza, con el platino, y puede ser un sustituto del platino y del oro, en todos los usos industriales de esos metales, sobre todo por su resistencia a los ácidos. Para hacer resaltar que el platino cuesta aproximadamente 3.000 dólares la libra, mientras el nuevo metal—llamado illium, en honor de la ciudad de Illinois—se obtiene a un costo de algo más de 3 dólares.



EXTRACTO ANITRA \$ 9.50 el frasco.
EXTRACTO MARLISE \$ 9.50 el frasco.

(Precios en la Capital Federal)



EXTRACTO SITU VOULASH \$ 9.50 el frasco.
LOCION MARLISE \$ 4.20 el frasco.

(Precios en la Capital Federal)

Habituar al uso de perfumes exquisitamente delicados y selectos, significa acentuar en la personalidad la característica de la distinción, de la elegancia y del buen gusto.

Los extractos, polvos y lociones de la

PERFUMERÍA MENDEL

son artículos cuyas condiciones de superioridad y de refinamiento les recomiendan como los únicos para hacer resaltar aquel rasgo.

BUENOS AIRES. - Guardia Vieja, 4439 MENDEL Y CIA. MONTEVIDEO. - Cerrito, 573

ENIGMA.

por
CAROLA PRÓSPERI

Fué en su mente como un lampo súbito que ilumina trágicamente una obscuridad plácida. Se sobresaltó, palideció, abrió, como asombrados, los ojos y su rostro adquirió tal expresión de atontamiento, que el amigo con quien hablaba le tomó de un brazo y lo sacudió:

—¿Qué te pasa?

—Nada...

Pronunció ese "nada" con acento indiferente, pero con labios pálidos: recordaba en ese instante con claridad y precisión espantosas, haber dejado sobre la mesa de su escritorio la carta doblada en cuatro, junto al sobre con la dirección escrita. Estaba seguro, segurísimo como de la luz del día, de que no había puesto la carta en el sobre. Iba a hacerlo... ¿Por qué no lo había hecho?... ¿por qué se había levantado?... ¿por qué se había distraído estúpidamente? En cuanto a esto, nada recordaba: había como un pozo negro en su memoria.

Probablemente, esperó que se secara la tinta del sobre, y luego, olvidando todo con increíble estupidez, tomó el sombrero y el bastón, saludó a su mujer que, en la sala, hojeaba un libro, y salió tranquilamente de su casa. Y ahora pensaba, estremeciéndose, que su mujer, para pasar de la sala a su habitación, debía cruzar inevitablemente por el escritorio. Le parecía verla: dejaba el libro sobre la mesa, inclinaba un poco la cabeza a un lado para leer la dirección del sobre, veía la carta, la tomaba, la leía...

—Pero ¿qué te pasa?—repitió el amigo.

—Nada... Es preciso que vuelva a casa en seguida. Disculpame.

Corrió a su casa como un loco, tan aturrido, que ni siquiera se le ocurrió tomar un coche para hacer más pronto. En el fondo, alentaba una esperanza: que hubiese venido una amiga de su mujer y la entretuviera, charlando en la sala, hasta el momento en que él llegara. Pero halló la sala vacía, y la mucama, interrogada, le dijo que su esposa había salido.

—¿No ha venido nadie?

—Nadie.

Entró en el escritorio con paso lento y suspiró profundamente; le parecía que las piernas le temblaban... La carta había desaparecido. Se pasó la mano por los ojos, por la frente cubierta de sudor: semejante cosa debía ser imposible. ¡Imposible! Invadido por un furor improvisado se puso a revolver los objetos del escritorio: arrojó los papeles al suelo, levantó la carpeta, abrió los cajones, vació el canasto, revisó los estantes, la rincón, el suelo... Nada; la carta no estaba. Tocó el timbre, insistentemente, para llamar a la mucama:

—¿Vió una carta aquí?, ¿la tomó usted?

—¿Yo? No, señor.

—Sin embargo, estaba aquí.

—No sé, señor. No he entrado aquí.

—¿Dijo la señora adónde iba?

—No, señor; no me dijo nada.

—Bien; váyase.

La hizo retirar con voz áspera, para telefonar en seguida a casa de su suegra, a la de su madre y a la de María Luisa, la amiga íntima de su mujer. Tenía una voz tan trémula de angustia, que su madre se alarmó.

—¿Qué hay, Pedro? ¿Te pasa algo?

—Nada... ¿Catalina está allí?

Catalina no estaba ni había estado en casa de la suegra, de la madre, ni de la amiga íntima. Inútil tratar de indagar por teléfono, a lo de la modista, de la florista o en los negocios donde solía ir. Por otra parte, aunque la hubiese hallado, toda su satisfacción se habría limitado a preguntarle, estúpidamente:

—¿Has tomado una carta que estaba sobre la mesa del escritorio?

Y ella habría podido responderle:

—Sí; he sido yo, querido; la tengo en la cartera y creo que me servirá a maravilla para iniciar un juicio de divorcio.

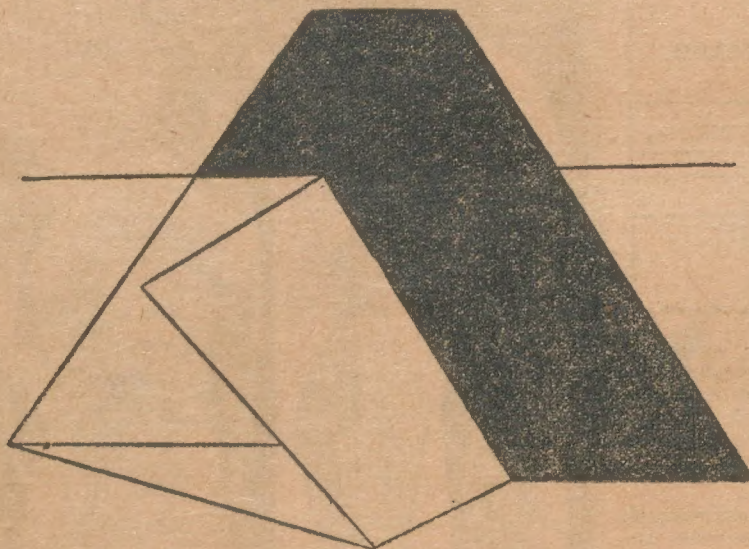
Se sentó pesadamente, apoyó los codos en la mesa, tomó la cabeza entre ambas manos y volvió a pensar en esa maldita carta: la releía mentalmente, párrafo por párrafo, palabra por palabra, desde el principio hasta el fin, con una claridad inexplicable. Realmente, parecía una fatalidad. Hacía años que no escribía a Octavio Maggi, amigo predilecto un tiempo, y después casi olvidado, pues había partido para buscar fortuna muy lejos. Esa mañana había recibido una carta: el amigo le escribía pocas líneas, pero con un tono de cálido afecto, impregnado de nostalgia por la juventud, ya lejana, transeúrida juntos, y esa especie de llamado íntimo había resucitado en él una emoción imprevista, una muchedumbre de recuerdos adormecidos, un recuerdo melancólico del pasado, y la necesidad imperiosa

sionarte la mujer que vive a tu lado, sólo con el sonido de su voz? Esa tensión de nervios, ese ímpetu de gritar, de rebelarse, de huir, que infunde la mirada de dos ojos limpidos y vacíos, vacíos como el alma, vacíos como el cerebro?... Si aun no lo sabes, si aun no te has puesto la cadena al cuello, ¡evítalo, Octavio, evítalo!

Catalina no era un prodigio de inteligencia, pero de una atenta lectura de esa confesión deduciría ciertamente que su marido se había casado con ella casi a la fuerza, que la juzgaba frívola, vacía, insulsa, que no era feliz con ella, que no la amaba y que acaso amaba a otra.

¿Y qué haría Catalina después de ese descubrimiento? Escenas violentas, acaso un escándalo... Lloraría y gritaría, haría leer la carta a sus parientes, pretendería la separación o impondría condiciones inaceptables... Y luego, recriminaciones, reproches, consejos de los parientes, opiniones de los abogados, estupor de los amigos y sonrisas burlonas de los conocidos. El escándalo, en suma, o, por lo menos, el fin de toda tranquilidad doméstica.

ELOGIO CUBISTA DE MARIO BRAVO



Cómo ve el paraguayito César Sosa Escalada al flamante senador por la Capital Federal.

de comunicar en seguida todas esas sensaciones al amigo lejano. Y la carta que le escribiera con repentino ímpetu, era todo un lamento. No un lamento en tono quejumbroso. Antes bien, le había sido fácil resumir el tono que le fuera acostumbrado en su juventud: un poco frío, un poco cínic, un poco irónico, de un humorismo lleno de melancolía. Le hablaba de las esperanzas fracasadas, de un amor perdido, de las circunstancias que habían precipitado su matrimonio: de las debilidades de la madre, de las intrigas de la suegra. Y hablaba de su mujer con una claridad implacable.

Recordaba, estremeciéndose, el último párrafo:

—No, Octavio, no soy feliz. Acaso habría podido serlo con otra mujer... Acaso con Francisca. ¿Te acuerdas de Francisca? ¿Qué alma! ¡qué fuego! Pero con ella, no. Existe entre nosotros dos, no digo un abismo, pero sí una desigualdad tan completa y tan constante, que temo que jamás nos entenderemos, como no podrían entenderse jamás una muñeca y un ser viviente. A menudo siento henchirse mi alma de inquietudes que no puedo expresar pero que me hacen sufrir. ¿Conoces tú los tormentos que puede oca-

Y esto le causaba horror. Había escrito, sin duda, la verdad. No era feliz y no amaba con verdadero amor a Catalina, pero es ésta una de esas verdades que conviene tener yacentes e inertes durante toda la vida en el fondo del alma, bajo un cúmulo de convenciones, de comodidades, de sentimientos tibios y comunes, de pequeñas verdades cotidianas, menos poéticas y más prácticas. Era una verdad que uno puede decir sólo una vez con la voluptuosidad de las confesiones secretas en un ímpetu de esa exaltación que inspira la piedad por nosotros mismos, pero que por nada del mundo habría que proclamar públicamente. No era feliz, pero ¿creía acaso en la existencia de la felicidad? No; ¿por consiguiente?... No amaba a Catalina, pero ¿se habría enamorado de otra mujer? No por cierto, y no habría dado un paso para volver atrás y deshacer su matrimonio. Pensaba en la libertad, con melancolía, en abstracto, mas no se sentía mal en las comodidades del matrimonio. Una cosa era el ensueño, otra la realidad, y él sabía bien el uso que debía hacer de uno y de otra. Le causaba cierta emoción placentera que Octavio leyera su confesión, pero le avergonzaba

COMO SE TOMA Y COMO SE QUITA UN RESFRIO

Fácilmente tomamos un resfrío; el cambio de temperatura, el desabrigarse, el descubrirse en el teatro o en la calle, es suficiente para dar comienzo a un resfrío, luego la tos, más tarde bronquitis, gripe, etc. Todas esas consecuencias se evitan tomando una cucharada de tomillo erythro seguida de media taza de agua caliente, o infusión de tilo, dos o más veces al día.

El Tomillo erythro se recomienda como excelente para el tratamiento de las afecciones bronco-pulmonares.

y asustaba la idea de que otros la leyeran.

Se sobresaltó bruscamente: alguien había llamado a la puerta. Era la mucama que venía a avisarle que la mesa estaba pronta.

—La señora lo espera en el comedor.

¿Lo esperaba? ¿Había vuelto, pues?

Con ánimo resuelto se puso de pie y se encaminó hacia el comedor. Se detuvo en la puerta, parpadeando como si la luz le molestara, pero, en realidad, para no encontrar en seguida la mirada de su mujer. Oprimido de angustia y de impaciencia, hacía un esfuerzo sobrehumano para no tomarse la cabeza entre las manos, esperando el estallido.

Catalina, ya sentada, con un codo apoyado en la mesa y la mejilla en la palma de la mano, con la derecha jugueteaba con los cubiertos.

—Buenas noches, Pedro—dijo tranquilamente.—Creía que aun no habías vuelto.

—¿Ah! ¿sí?

Nada más dijo y se sentó tímidamente delante de ella.

—¿Qué te pasa que tienes esa expresión preocupada?

—Nada...

Creía que ella se sonreía, con pérfida calma, al hacerle esa pregunta, y esperó con dignidad, en silencio, fingiendo comer. No lograba el esfuerzo de alzar la mirada y mirar a su mujer. Le entreveía vestida con una pollera oscura y una blusa escarlata, pero su cabeza morena y su rostro blanco, de ojos alargados y boca muy roja, se le aparecía como a través de una bruma. Le miraba solamente las manos, las delgadas manos enjovadas, con difidencia y temor, como si ellas también tuvieran en sus movimientos un significado perverso, una expresión de amenaza. Esperaba.

Catalina concluyó de comer tranquilamente, se puso de pie, se acercó a la ventana, y luego pasó a la sala, donde se sentó junto al piano. Es lo que hacía todas las noches. Un estupor inmenso invadió, entonces, el espíritu de Pedro. Se quedó inmóvil, contemplando la puerta por la cual había salido Catalina: el cortinado había quedado alzado, y la joven, en la tenue luz de la sala, parecía una gran flor hermeja. Su rostro blanco tenía la acostumbrada expresión indiferente, pero en los ojos entornados, el marido creyó notar una oscura ambigüedad. ¿Qué esperaba para que estallara la tormenta? ¿De dónde sacaba esa fuerza de dominio sobre sí misma?

Lento y cauto, dió unos pasos por la habitación; luego, con un esfuerzo, entró en la sala, se detuvo detrás de Catalina y esperó en silencio, de pie. Tocaba el piano con la fría exactitud de costumbre; sólo se interrumpió para preguntar:

—¿No fumas?

—¿Y tú?

—Con mucho gusto.

Alzó la cara para encender el cigarrillo y luego fué a reclinarse en el

(Continúa después de la caricatura de Rojas)



ACTIVIDADES PARLAMENTARIAS EN EL PRIMER SEMESTRE..

Enero



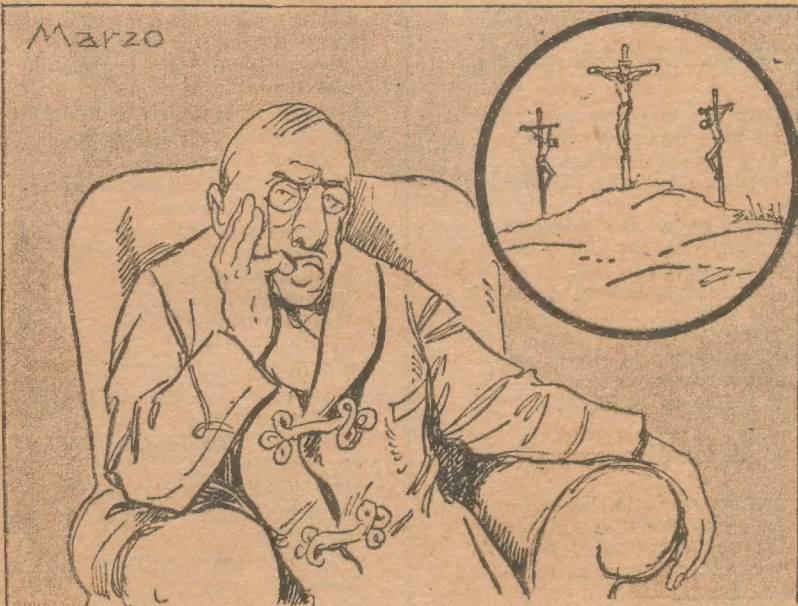
—En enero, ¿quién trabaja? Mes de feria... vacaciones... calor... política... etc... etc.

Febrero



—¿Cómo trabajar en febrero? El período de Carnestolendas no es propicio para la elaboración y sanción de las leyes...

Marzo



...y en Semana Santa ¡mucho menos! Hay que recogerse, meditar y... comer empanadas de vigilia.

Abril



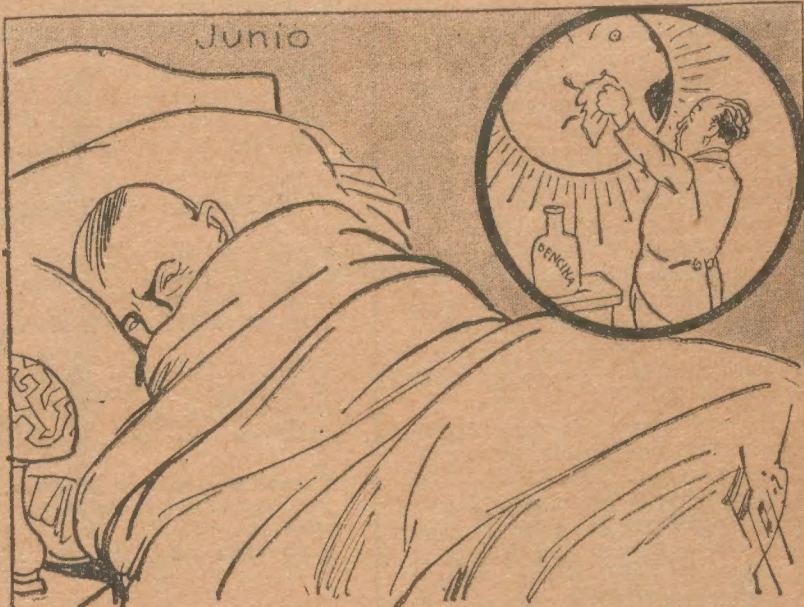
—Sería una locura trabajar en abril, el mes que los ingleses destinan al descanso, holgando en playas y sierras.

Mayo



—¡Mayo! ¡La Patria nos reclama! No es posible profanar, con vulgares sesiones, los días destinados a conmemorar el aniversario de la iniciación de nuestra epopeya libertadora.

Junio



—Un buen diputado se debe al pueblo. Y para preservarse del peligro que suponen las manchas del sol, anunciadas para junio, habrá que esperar a que se conozca la opinión de Martín Gil. ¡Mientras tanto, tampoco trabajo!

...O POR QUE NO TRABAJAN LOS PADRES DE LA PATRIA.

Dib. de Rojas.



FERNET-BRANCA

NO TIENE SIMILARES

Unicos Concesionarios
HOFFER & Cia. - Bs. Aires.

sofá. Apoyó la cabeza en el respaldo y bostezó.

Los ojos de Pedro se fijaron en el espejo que tenía enfrente: con esa expresión inquieta, difidente y esa cara pálida, casi no se reconocía. Se miraba atónito. ¿Y si él mismo hubiese destruido? Todo era posible. ¿Y si hubiera perdido la memoria? Y si... ¡Qué suplicio! Su cerebro parecía sumirse en sombras densas y frías... Se sintió tan débil, tan desamparado y ridículo en esa incertidumbre, tan resuelto a hacer cesar ese tormento, que apretó los puños para infundirse valor y preguntó con voz clara:

—¿Has visto, por casualidad, una carta mía en el escritorio?

Ella alzó la cabeza y repuso:

—La habías olvidado, ¿verdad? Yo la llevé al correo.

—Ah...

Quería decir "gracias"; y, en cambio, se puso a reír tontamente de sí mismo, con una sola idea:

—Ahora estalla la tormenta... ahora... ahora...

Durante un instante que le pareció un siglo sus nervios sufrieron una tensión horrible; le parecía hallarse suspendido sobre un abismo. Y al cabo de ese instante, la voz límpida de Catalina preguntó:

—¿Nos quedamos en casa esta noche?

—Como... como quieras...

—Vayamos al teatro.

—Como quieras...

Le era imposible recobrar la tranquilidad. En el teatro, sentado al lado de su mujer, la miraba a hurtadillas y ella parecía no advertirlo. Permanecía inmóvil, con el cuello largo y delgado, un poco inclinado y los hombros desnudos, el rostro sereno, la mirada atenta bajo la sombra de las largas pestañas. A Pedro le parecía verla así por vez primera, enigmática y reconcentrada. Comprendió, con un estremecimiento de angustia, que hasta entonces no la había conocido. ¿Qué pensaba? ¿Qué sentía? ¿Quién era? ¿Qué reelaba bajo esa frente pequeña, esa sonrisa indiferente y esa mirada ambigua? ¿Había leído o no esa carta? ¿Sabía o no sabía? ¿Su indiferencia por el marido era tanta, que ni siquiera hacía caso de lo que había escrito?

Con espíritu sombrío, él se dejaba llevar por su imaginación. Tal vez tenía un amante... Tal vez amaba tanto a su marido, que fingía ignorar todo, por el temor de perderlo. ¿Cuándo y cómo podría él saber la verdad? Acaso nunca... Pasarían la vida juntos, atados a la misma cadena, y él jamás llegaría a saber el secreto de esos ojos alargados, llenos de sombra, bajo las pestañas largas...

Y en ese tormento, nacía la intuición de que dentro de poco pediría una sola gracia al destino: la de empezar ahora a amar a su mujer.

Libros que deben figurar en toda biblioteca

"La Biblia".
"El Ramayana".
"El Korán".
Sófocles: "Edipo Rey", "Edipo en Colona" y "Antígona".
Esquilo: "La Orestíada".
Eurípides: "Las Troyanas" y "Hécuba".
Trozos Selectos de Herodoto, Tucídides y Jenofante.

Plutarco: "Vidas de Hombres Ilustres".
Aristóteles: "Ética o Nicómaco".
Platón: "El Critón", "El Fedón", "La Apología" y "El Banquete".
Antología de Poetas Griegos.
Virgilio: "Obras Escogidas".
Cicerón: "De Amicicia" y "Epistolas".
Plauto y Terencio: "Comedias".
Tácito: "Anales".
Homero: "Obras".
Dante: "La Divina Comedia".
Montalvo: "Capítulos que se le olvidaron a Cervantes".

Flórecillas de Francisco de Asís.
Papini: "La Vida de Jesús".
La Canción de los Nibelungos.
Goethe: "Fausto", "Hermann y Dorothea" y "Varias Poesías".
Cervantes: "El Quijote".
Schiller: "Guillermo Tell", "Juana de Arco" y "La Canción de la Campana".
Lesing: "El Laocoon".
Humboldt: "Viajes".
Momsen: "Historia de Roma".
Heine: "Páginas Escogidas".
Ibsen: "Brand" y "Juan Gabriel Borkman".

POR ESAS CALLES DE DIOS...

(Del libro en prensa "Las Horas que van pasando...")

Para FRAY MOCHO.

Las ocho de la noche

Las ocho de la mañana

Comienza la vida urbana siempre prosaica y trivial. Ayer como hoy, y mañana será como ayer, igual.

Todavía hay en la acera las pisadas de la noche. (La modistilla acelera su andar, mientras prende un broche.)

Miro la gente pasar, toda lleva el mismo ritmo: Jefe, horario, trabajar. Y al pensar hago lo mismo.

Otra vez la gente mana de su periódico encierro. (La metálica persiana baja su lengua de hierro.)

Torna en la calle el sonoro trajín. (En los ojos veo la partícula de oro que nos reclama el deseo.)

Y en el afán de vivir, de triunfar, de trepar alto, día a día va a morir una flor en el asfalto...

A las diez, en un barrio

Huerto en fruto. Techo bajo. Lloro un chiquillo sin sueño. Da una campana al badajo como llamando a su dueño.

Teje la brisa en la rama sus dulces mentirijillas; la abuela arregla la cama para el que está de rodillas.

Junto al tapial. En el huerto. Ella y El Amor y Luna. (Virgencita, será cierto, no habrá engañado ya a alguna...)

Amanecer

Gallos con voz destemplada. Píafia un caballo que espera. La brisa juega alocada con un papel de la acera.

Rozo una blusa drilada. Pasa una vieja trapería con su perrillo, apurada, deseando ser la primera.

Mi paso tardío alargó. (De un maloliente "despacho" parte el sombrío y amargo maldecir de algún borracho...)

Comienza la vida urbana siempre prosaica y trivial. Ayer como hoy, y mañana será como ayer, igual...

Mediodía

Cuatro horas metidos dentro; la mitad de la jornada. Bullen las calles del centro como colmena aventada.

El sol sin ningún recato vierte su lluvia de plomo; se huele a guiso barato mezclado a esencias de pomo.

Pasa un tranvía, se llena, y un impaciente se queja. Sin duda que es una abeja que le aguarda la colmena...

A las seis, en Florida

Lucas, letreros, vidrieras, Petronios, Faunos con panza, mamás, hijas casaderas y un rumor de hacienda mansa.

Como si el hado fatal de la abulia y la pereza, les envolviera letal vaciándoles la cabeza.

Frescos hay, mas no de Goya, y albayalde en las mejillas; mira una niña una joya, y un viejo sus pantorrillas...

Samuel G. de Madrid

El libro de mayor circulación

El libro de mayor circulación del mundo es el "Directorio de teléfonos de la ciudad de Nueva York". Todos los años hay que hacer dos ediciones de un millón de ejemplares para satisfacer los pedidos de los abonados a los 500.000 teléfonos que funcionan en la ciudad y en los suburbios. El libro tiene más de treinta centímetros en cuadro, consta de ochocientas páginas y pesa cerca de kilo y medio. Todos los ejemplares de la última edición pesaban en junto unas dos mil toneladas.

Estas cifras gigantescas son más notables si se recuerda que en 1879, el Directorio no era más que una cartulina con 252 nombres.

LEYENDA, por A. HERNANDEZ CATA

En días muy distantes de éstos, en que todo se matematiza; en los días floridos de inocencia y de presentimientos, cuando pesaba igual en los platillos de la balanza la imaginación y el análisis, nació la leyenda del acero sobre la cumbre de un monte en donde vivía un anacoreta. Brillaban entonces con igual fulgor los crisoles del alquimista y los del nigromante; a veces los alquimistas tenían que cubrir sus cabezas con el gorro estrellado y cónico y pronunciar ensalmos a divinidades imaginarias para magnificar sus trabajos con un prestigio sobrenatural. En la cumbre del monte había fijado su vivienda un cenobiarca rico en años y sabiduría, que reclutó en el valle hombres sencillos a quienes hizo comprender la blanda omnipotencia de Dios, construir su laboratorio y ayudarlo en los menesteres de su ciencia. De noche, desde el llano, veíanse lanceolarse las llamas del horno, que, sin el brillo sulfúreo, hubieran creído preces elevándose ardientemente al cielo.

En su fecunda vejez, aquel anciano daba no sólo doctrinas para lograr la perenne bienandanza más allá de la muerte, sino normas para amar y gozar la vida transitoria. Como él se dejaba poseer por un casto júbilo cuando la primavera vivificada con su fragancia la tierra, los hombres que vivían a su lado, comprendiendo que la vida era buena, alegrábanse y cantaban al llegar el sol y la tibieza después de los fríos del invierno. Uno de ellos, que había venido de lejanas tierras, le preguntó:

—¿Y cómo tú nos das la ayuda de tu saber para hacernos grata una existencia que debiéramos acibarar, pues la dulzura eterna y la dulzura de esta vida son incompatibles? Hace tiempo, más de diez lunas, pasó por los parajes que sustentaron mi niñez un hombre flaco y elocuente; su mirada brillaba en la sombra y también brillaba en la luz; su barba era copiosa y dispersa; el bigote llovía sobre sus labios, ocultándolos; pero cuando hablaba, los cabellos agitados daban paso a su voz, y su voz era terrible como un trueno y más penetrante que una espina. Clamaba que la vida era mala, y que cada alegría de hoy nos sería contada en el mañana eterno con un infinito número de tristezas.

El santo hombre opuso:

—La vida es buena, porque es obra de Dios. El nada pudo hacer que no fuera, a semejanza suya, bondad. El hombre es bueno y es buena la alegría. La alegría es la flor del espíritu; cuando el campo está florido dice mejor la grandeza de quien lo creó.

Así predicaba el santo hombre su amor a la vida, y, lejos de entender la sumisión a Dios a la manera contradictoria que lo entendiese siglos más tarde el gran Pascal — quien apenas sintió penetrada su alma por la esencia de Dios dejó perderse para la Humanidad el tesoro de verdades matemáticas, para cuyo esclarecimiento naciera prodigiosamente dotado, — nuestro santo loaba a Dios mientras descansaba de mejorar las vidas a sus criaturas. El hizo conocer a aquellos hombres los principios esenciales de la física; centuplicó sus fuerzas con la palanca; sometió el poder de la cuña y el del cabrestante y el del torno; coció ladrillos para sus casas; labró el cobre y el hierro para sus utensilios; fundió las arenas silíceas e hizo vidrios que dejaban pasar la luz sin dejar pasar el viento, el frío y el calor; cayó en el pecado de cubrir uno de los planos de un cristal con azogue, dando a las mujeres, que hasta entonces sólo atestiguaban en las aguas sus gracias, ocasiones de ser concupiscentes. Las mujeres proclamaron las excelencias de su saber, y hombres de comarcas distantes vinieron a vivir cerca de él, alzando a una y otra margen del río que fertilizaba la montaña dos ciudades. Por todos sus dones, el santo hombre sólo exigió que erigieran en las ciudades sendos templos donde venerar al verdadero Dios. Los hombres construyeron los templos y ele-

varon sus torres tanto como les permitieron sus artes; pero como el laboratorio del santo estaba en la cima del altísimo monte, el humo del horno ascendía aún más que el claro clamor de las campanas.

Un día llegó al retiro del anciano un hombre y quiso hablar con él. Manipulaba el santo en su laboratorio las sustancias de una mezcla cuya eficacia podía malograrse al aminorar su temperatura, y dió órdenes para que el visitante llegara hasta él. Luego de saludarlo, el santo hombre le ofreció:

—Pide, y ten la certeza de que he de complacerte si lo que me pides es mío. Pero salgamos;... tal vez te mortifique el excesivo calor.

Sonriendo, dijo el desconocido:

—No; mi carne está hecha para gozar todos los calores.

Frente al horno, el sabio hombre y su visitante se erguían enrojecidos por las llamas. Los crisoles estaban

ígneos, en las retortas bullían los líquidos, un filtro goteaba lentamente, y las gotas, verdosas, temblaban antes de desprenderse de él.

—Vengo—siguió el desconocido—a darte una fórmula que pueda ser beneficiosa a las criaturas de Dios. Te conozco desde hace tiempo; una mujer llevó hasta mi retiro tu fama de sabio, y tus luces se me hicieron más respetables al saber que las empleas en hacer fuertes a los hombres. Al calor de tus hornos se han fundado dos ciudades. Tú has enseñado a tus habitantes el culto de la ciencia paralelamente al culto de la religión de Galileo. Yo soy, como tú, mago, aunque tengo otros dioses; pero amo, como tú, la vida; amo a los hombres, mis hermanos o mis enemigos, y por eso vengo.

Asintiendo el anciano con un amplio gesto tutelar, repuso:

—Habla entonces.

Bien pronto el santo quedó mara-

villado del saber del idólatra. Hablaron sucesivamente en la lengua de los caldeos, en la de los egipcios, en la de los hombres flacos y amarillos del Asia. El visitante loó al santo hombre, y para alabarlos maldijo a Tomás de Aquino porque en un instante de fe destruyó el ser de misteriosa pasta, que hablaba y gesticulaba como los verdaderos hombres, hecho por su maestro, el grande Alberto. El santo le oía complacido, pensando para posesionarse, para provecho de las criaturas de Dios, de la ciencia de aquel mago insigne e incrédulo. Por fortificarse en ese designio, ya con la esperanza de convertirle a la religión única, recordó a San Antonio, a San Jerónimo, y San Celestino, que habían vivido junto a seres ciegos para la luz de Dios, sin mancillar por eso sus purezas. Y otra vez dijo al visitante:

—Habla.

El visitante habló. Expuso que el hierro era frágil, y dura la tierra; que era preciso añadir virtud a la fuerza del hierro, hasta hacerlo apto para vencer todas las resistencias opuestas por la Naturaleza a los hombres. Entonces dió al santo las fórmulas del acero y las de sus templos. El anciano, transfigurado por el júbilo, besó al idólatra en las mejillas; le exhortó, en varno, a vivir para siempre a su lado, y lo despidió, al cabo, con palabras de admiración y de paz.

Nació así el acero. Su infancia fué la infancia de multitud de industrias. Por su poder acrecentó el hombre su predominio sobre las fuerzas de la Naturaleza. Un sinnúmero de fundiciones encendieron sus hornos en las ciudades. No transcurría un mes sin que objetos diversos ideados por hombres ingeniosos aparecieran. Pasó un año, luego otros. Los antiguos usos se fueron poco a poco aboliendo; y una mañana fué despertado el santo hombre por un agrio clamor que subía desde las ciudades. El anciano inquirió la causa del estrépito, y supo que, habiendo la mujer más hermosa de una de las urbes inflamado con sus desdenes la ira de los poderosos, éstos habíanla perseguido, para lapidarla, a través de la ciudad y del campo, y ella fué a refugiarse en la ciudad vecina, ofreciendo su belleza a cambio de su salvaguardia. Esto bastó para que toda la relación amistosa entre ambas poblaciones se rompiera. Exigieron unos y negáronse a acceder los otros. Los ancianos más sesudos iban, a escondidas de sus esposas, a luchar en las murallas, y veían allí a sus hijos combatiendo por la mujer que hacía de su carne galardón. Cuando el ardor de los combatientes se amortiguaba, ella, desnuda y vibrante, recorría los reducidos. Al desvanecerse la niebla, el santo anciano vió flamear el sol en las corvas armas insaciables; vió la sangre enrojecer las aguas del río; oyó los alaridos de coraje y los de dolor, confundidos, sobrepasar el claro clamor de las campanas y subir con el humo de su horno hacia el cielo.

Cubriéndose los ojos para no ver la furia de los hombres, entró en su laboratorio; pero la visión sangrienta le perseguía; estaba dentro de sus ojos, y de éstos brotaron lágrimas de dolor; y cuando las llamas del horno las evaporaban, fluían otras, y otras más tarde, como si sus pobres ojos fueran manantiales que lloraban las tristezas recónditas y amargas del corazón de la tierra.

De pronto, una llama azul escapóse del horno, retorcióse, se hizo opaca, se convirtió en un hombre, en quien el santo reconoció en seguida al mago idólatra que le diese la fórmula del acero.

—Vengo a decirte que tu ansia de hacer fuertes a los hombres te ha perdido—dijo el visitante.—La aureola de tu santidad se ha hecho roja. Vosotros los sabios cristianos no miráis al suelo; si hubieráis mirado, en la primera visita que te hice habrías visto mis huellas.

El santo anciano miró, vió impresas en la arena las huellas bisulcas de un macho cabrío, y supo que el de-

KALISAY El mejor
Aperitivo
21 años de éxito

Preludio de invierno, por H. Martínez Ferrer



—¿A que no sabes qué piel se usará más la próxima temporada?
—...La de zorro gris.
—No.
—...¿La de topo!...
—¡No! ¿Te das por vencida?
—Sí.
—Bueno, la del prójimo, m'hija, ¡como siempre!

monio hablale tentado, igualando en esta torpeza a todos los santos varones a quienes alumbraba Dios con sus luces, haciéndoles saber todo, excepto cuando Satanás iba a tentarles.

Mas en su inmenso dolor hubo una luz: comprendió que no estaba perdido, que la gracia de Dios no podía tornarse hostil para él por un solo pecado, que el ángel rebelde quería desesperarle para hacer de su cólera abismo de caídas. Y transfigurado, sintiendo la palabra que dió a los hombres hablar en sí, opuso a una profecía otra profecía. El y Satanás hablaron de este modo:

—El acero es fuerte como el pecado; es más agudo que la quijada que cortó la vida de Abel; el partirá las entrañas de las criaturas de Dios, arrancándolas violentamente de la vida.

—El acero partirá las entrañas de la tierra reacia y la hará fértil, y los hombres, colmados de gratitud por tal feracidad, cantarán "aleluia!" a Dios.

El acero es más fuerte que el árbol de la Cruz. Los hombres harán con él potentes armazones, y luego de anular las distancias orígenes de confusión alzarán nuevas Babeles y harán en ellas más civilización que en Babilonia y que en Alejandría y más corrupciones que en Gomorra.

—El acero vencerá las distancias, y los hombres, merced a él, se llevarán pronto la buena nueva de Jesús.

—Harán con él armas más terribles que esas cuchillas insaciables y corvas que ahora brillan allá abajo, y la muerte irá lejos del brazo que la impela a sorprender el corazón que no la espere.

—Pero los hombres harán con el acero plumas y prensas, y esas plumas escribirán las palabras de los apóstoles y esas prensas las divulgarán por todo el orbe.

—Y las plumas escribirán el Bien y el Mal, porque la Sabiduría no es buena amiga de la Fe.

—Por el acero dominará los hombres los mares y los montes, y se harán soberbios y cada uno de ellos se creará un dios.

—De acero serán las arcadas de los templos que erijan los hombres al Dios único.

—El acero, al hacerles soberbios y sabios, les hará perder su simplicidad, que es la base del verdadero amor a Dios.

Dios es tan grande, que no sólo llega a los inocentes de espíritu: él está sobre todas las ciencias y bajo todas las ignorancias; a él se va por el camino del sentimiento y por el de la reflexión. Los puentes de acero, como las veredas del valle, irán a dar a su grandeza.

—Pero nunca se podrá lavar el acero de esas manchas de sangre humana. Mira:

Abajo, las ciudades, ya exangües, se debatían en gritos de furor. Mil puños se crispaban en último ademán hacia el Cielo. Los vencedores portaban en triunfo, pasando sobre los cadáveres de sus enemigos, el cuerpo desnudo de una mujer trémula y febril... Y al ver la desolación de tal paisaje, el santo hombre lloró sus lágrimas más amargas. Gritó con voz que le quemaba el pecho las frases de hermandad que dejó escritas en la humana conciencia aquel que pudiendo serlo todo eligió ser mártir. Quiso cenizar a sus hornos en señal de eterna clausura y arrojar a los hombres feroces sus crisoles y sus retortas; pero le faltaron fuerzas, y sólo pudo repetir, sollozante, las palabras del enemigo:

El acero nunca podrá limpiarse de esas manchas de sangre. ¡Y yo se lo he dado a las criaturas de Dios!

Cuando su aflicción era más intensa, una luz blanca iluminó el monte. Satanás se deslizo en un relámpago cósmico. Y apareció un ángel y habló así:

No; el acero no podrá lavarse de esas manchas de sangre; mas no lloras.

Para que tú seas perdonado, Dios hace que esas manchas de sangre sean mañana signos de vida en los instrumentos quirúrgicos. Bendícelos.

Todo estrépito cesó. Las ciudades parecían como adormecidas perezosas en el valle. Levantóse el acero, que había caído de hinojos, y sobre su rostro, todavía surcado por lágrimas, resplandeció esa sonrisa que sólo tienen los viejos y los niños.

El mármol del Africa Septentrional

En el Parthenon, en el Arco de Triunfo de Constantino en Roma y en varios otros monumentos históricos del continente europeo, se encuentran magníficas muestras de mármoles nómadas o del Africa del Norte, que fueron extraídos de las canteras francesas de Argelia, Túnez y Marruecos.

Las principales canteras de Argelia se encuentran en la montaña gris próximamente a 35 kilómetros al Nordeste de Orán, ciudad que sirve de puerto de embarque a la región.

Esta montaña gris es particularmente interesante por sus antiguas canteras de mármol, que datan del tiempo de la dominación romana, y de las que ya fueron extraídos bloques de piedra hace más de 1800 años, pudiéndose observar en ellas las huellas dejadas por los picos y herramientas empleadas por los obreros de la época.

Los colores del mármol se escalonan desde el amarillo cálido, llamado "gilio antico" o amarillo antiguo, tan extendido en la Roma antigua, hasta el rojo brillante de la brecha sanguínea que ha hecho célebres las canteras de Kléber y de Kristel.

El mármol amarillo de la antigua Roma se extrae de Cheneton, en Tú-

mol argelino muy bello también. Su coloración es una mezcla de amarillo y rosa surcado de venas rojas y oscuras. En la capilla del Santo Sacramento de la Catedral de Westminster se hallan espléndidos ejemplares de esta piedra.

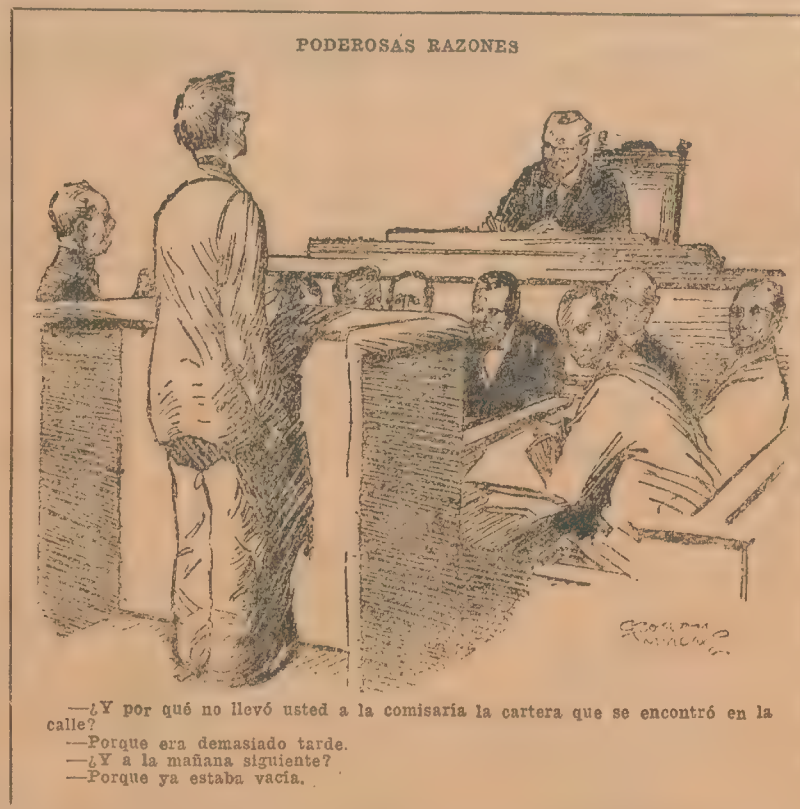
Los onix del Africa del Norte, proceden de estalagmitas y presentan numerosas variedades. Se les extrae en Ain Tebulet, cerca de Tlemcen (Argelia). El onix de Africa no es de colorido tan brillante como el de América, pero es de una gran belleza. Se obtiene también en dicha región una hermosa variedad de coloración roja.

El sarcófago de Seti I, padre de Rhamsés II, (faraoes de Egipto), es uno de los más bellos ejemplares de onix de dicha procedencia.

Los métodos de extracción más empleados en las colonias francesas, son el corte a la roca, las cuñas y la perforación mecánica. El empleo de explosivos está muy limitado.

El radio

El radio se encuentra en la naturaleza, en pequeñas cantidades, en los minerales de uranio y de vanadio. Sobre un total de 8.540 toneladas tratadas de estos minerales, se ha conseguido extraer 109 toneladas de uranio, 205,5 toneladas de vanadio y sólo 33



PODEROSAS RAZONES

—¿Y por qué no llevó usted a la comisaria la cartera que se encontró en la calle?
—Porque era demasiado tarde.
—¿Y a la mañana siguiente?
—Porque ya estaba vacía.

nez, donde se aprecian aun trazas del camino construido por Adriano para el transporte de la piedra al puerto de Tabarea, durante el segundo siglo de la era cristiana. Este es el más conocido de los mármoles africanos. Presenta un bello color amarillo teñido en ocasiones ligeramente y vetado en oscuro. Se han encontrado ejemplares en Roma, en el Arco de Triunfo de Constantino y en el Parthenon, y también en las baldosas de la Abadía de Westminster.

La "brecha sanguínea" es mármol de un rojo sombra agradable, con algunas manchas de rojo pálido que se destacan sobre fondo rojo oscuro. La extracción se hace en Kléber y en Kristel (Argelia). Esta piedra ha sido utilizada para la ornamentación interior de la Catedral de Westminster y en el palacio del Trocadero.

El "rojo etrusco" tiene manchas más pronunciadas de oscuro, y las jaspeaduras están más acentuadas. Se le extrae en Cheneton y se ven muestras de él en las columnas y pilastras de la Galería Nacional de Londres.

La "rosa de Numidia" es un már-

gramos de radio, de un valor aproximado de 76.000 dólares el gramo. Se calcula que durante la guerra, la producción mundial de radio fué de 35 gramos.

Los productores de radio han hecho ofertas en estos últimos tiempos al precio de 70.000 dólares el gramo, que se venía cotizando a 120.000 dólares. Esta baja de precio estaba ya precedida de algunas tendencias a disminuir, debidas al arribo a mercado de considerables cantidades de este mineral que no pudieron ser colocadas por la difícil situación financiera. Sin embargo, la última oscilación no puede atribuirse a esta causa, sino que tuvo su origen en el descubrimiento hecho en Africa, en el Congo belga, en Katanga, de importantes yacimientos que ofrecen fácil explotación y también por haberse puesto en actividad la usina de Oolen, cerca de Amberes, que produce estos minerales.

Los yacimientos en cuestión, están situados cerca de la ciudad de Elisabeth, al extremo Sud del Congo belga comprendidos en la concesión de la "Unión Minera del Alto Katanga",

LA CONSTANCIA

es la virtud que, generalmente, determina el triunfo en nuestras empresas. A ella, pues, deben recurrir los que padecen de hemorroides, en la aplicación del Noridal, notable específico de comprobada eficacia en el tratamiento medicamentoso de dicha enfermedad.

Con el empleo del Noridal, las hemorroides más rebeldes van perdiendo su turgescencia, hasta desaparecer en un tiempo relativamente corto, y evita el peligro de que aparezcan fistulas, úlceras o hasta la misma gangrena, exigiendo la inmediata intervención quirúrgica.

El Noridal viene envasado en potes provistos de una cánula con orificios para la perfecta distribución del medicamento con lo cual se evita el riesgo de adquirir infecciones.

MENDEL Y CIA.

Buenos Aires.—Guardia Vieja, 4439.
Montevideo.—Cerrito, 673.

empresa que explota en aquella región minas de cobre muy importantes. Los filones contienen pectblenda transformada en parte en gummita, uranophano y en minerales radiomiferos. Se ha formado una sociedad filial de la citada, para tratar estos minerales, y mientras tanto, ha sido lanzada al mercado, expidiéndose a Bélgica, una cantidad de mineral superior a la de la Carnotita, que se encontraba en stock. No se tienen aún informes bastante precisos como para juzgar si estos minerales, rendirán tanto radio como los de las mesetas de los Estados Unidos, pero como puede hacerse la obtención en muy buenas condiciones, es por lo que su descubrimiento ha contribuido felizmente a la baja producida en el mercado.

Las compañías americanas han detenido sus explotaciones llevando sus miras a realizarlas sobre el radio africano.

Consecuencia de este movimiento es que el radio ha llegado actualmente a un precio inferior al que jamás ha tenido, y es por lo tanto la ocasión más propicia para que los médicos y los hospitales puedan proporcionarse en excelentes condiciones, teniendo presente, por otra parte que no hay probabilidades de que los precios desciendan más.

El primer campeón de box

Una figura pintoresca

El primer hombre de campeón que figura en la historia del boxeo es el de James Figg, que obtuvo el título en el año 1719, después de tres encuentros consecutivos con el pugilista Sulton, al que venció dos veces.

Los libros que se ocupan de la historia del boxeo nos dan muy vagas reseñas sobre este buen pugilista, que por otra parte parece haber sido un mal sujeto. Según algunos historiadores, James Figg no se contentaba en los asaltos con emplear sus puños sino que muchas veces hacía uso de un bastón. Aseguran otros que en ciertas circunstancias llegó a emplear en los combates, cuando veía éstos mal parados, una daga con la cual atacaba ferozmente a su adversario.

James Figg, cuyo verdadero nombre era Tom, creó en el año 1719 una escuela de box, en el transcurso de cuya enseñanza se aplicaba un reglamento que, según un cronista de la época, estaba destinado a enseñar el "arte viril de defenderse". Estas solas palabras demuestran que los puños, en caso necesario, podían solicitar otros colaboradores. Así se comprende que se utilizara en el ring la daga, la espada y otras armas.

Los biógrafos de Figg nos dicen que fué el pugilista favorito de la aristocracia. La juventud de su época sentía por él gran admiración, a pesar de sus evidentes condiciones de mal sujeto, pelador y borracho.

Páginas olvidadas
POESÍA POPULAR
por Roberto J. PAYRÓ

La noche de verano había caído espléndida sobre la pampa, poblada de infinitos rumores, como mecida por un inacabable y dulce arrullo de amor que hiciese parpadear de voluptuosidad a las estrellas y palpar casi jadeante la tierra tendida bajo su húmeda caricia. La brisa, cálida como una respiración, se deslizaba entre las altas hierbas agostadas, fingiendo leves roces de seda, vagos susurros de besos. Las luciérnagas bailaban una nupcial danza de luces. El horizonte producía extraña impresión de claridad, aunque en derredor no pudiera discernirse un solo detalle, ni en los planos más próximos. Era una noche de ensueño, de esas que tienen la virtud de infiltrarse hasta el alma, sobreexcitar los sentidos, encender la imaginación...

Y los peones de la estancia, tendidos en el pasto al amor de las estrellas, iluminados a veces por una ráfaga roja que relampagueaba de la cocina, fumaban y charlaban a media voz, con palabra perezosa, inconscientemente subyugados por la majestad suprema de la noche.

Una exhalación que cruzó la atmósfera, rayándola como un diamante que cortara un espejo negro, para desvanecerse luego en la tiniebla, fué el obligado punto de arranque de la conversación.

—¿De qué pobre diunto será es'ánima!—exclamó el viejo don Marto, santiguándose una vez pasado el primer sobrecogimiento.

—Por la luz que tenía, de juro que de algún ray!—contestó medrosamente Jerónimo.

Don Marto rezongó una risita:

—¿De ande sacás!...—dijo.—Si aquí no hay rays dende el año dies, cuando echamos al último, qu'estaba en Uropa... después de los ingleses... ¡Ray! Aura todos somos rays... y no tenemos corona si no somos hijos del patrón... Será más bien de algún inocente...

Pancho, el aprendiz de payador, que andaba siempre a vueltas con la guitarra y se esforzaba por descubrir el mágico secreto de Santos Vega, con el instinto del pájaro cantor que reclama a la compañera querida en secreto; Pancho, que vió aparecer en la puerta de la cocina la delgada silueta de Petrona, destacándose en negro sobre el fondo rojizo y cambiante del fogón,—agregó melancólico y penetrado:

—¿Debe ser! Las ánimas de los angelitos son las más lindas. Parecen de luz más... más caliente. Por eso se baila en los velorios p'a festejarlas... Esas no andan en pena ni se aparecen nunca... ¡Cuado se muere una criatura, se v'al cielo derechita, y ahí se queda!

Petrona se había acercado, y acurrucada en la sombra más espesa del alero, escuchaba, invadida también por el avasallador hechizo de la noche, y por el encanto de la palabra del payador. Como la compañera todavía indecisa del pájaro cantor, estaba suspensa de sus trinos, hipnotizada ya, pero sin tender las alas todavía. Y Pancho continuó:

—Las de los malos, son esas luces verdosas que andan rastroando por el suelo y que jueyan en cuantito si acerca un cristiano. Pero esas son las de los diuntos que todavía tienen vergüenza de lo qu'hicieron en vida: los que se disgraciaron por casualidad, los que engañaron a un amigo p'a salvarse... ¡Y tantos otros! Las que son malas de veras, las de los ladrones, los traidores y los cobardes... ¡esas no tienen luz!

Don Marto asintió:

—Sí, esas son las que le tiran a uno el poncho, de atrás, en las noches oscuras, o le maneán el maucarrón, o le apedrean el rancho, o le asustan l' hacienda, y la esparraman, y l'hacen brava redepente.

Juan, el resero nuevo, interpelló a su antecesor y maestro, achacoso ya y siempre dolorido:

—¿Y usté qué dice, don Braulio?

—¿Yo? ¡Y qu'é decir! Que aquí estoy como peludo'e regalo, patas p'arriba, esperando l'hora...

—¿Qué don Braulio éste! ¡Siempre con sus dolamas, y pita que te pital!

—Y que'é hacer, ni en que m'h'é divertir, a mi edá y con mis achagues... Justamente andaba pensando si lo dejarán pitar a uno después que cante pa'l carnero...

Una risita de Pancho y su contestación:

—¡Ya lo creo, don Braulio! ¿Qué no está viendo esa porretada de jueguitos que s'encienden y si apagan en el campo?... Esos son los cigarros de las ánimas, que vuelan y vuelan, así como las gaviotas o los teros, dando güeltas y fumando...

—¡No digás!—exclamó entre incrédulo y admirado su vecino.

—Si son linternas,—explicó D. Marto, magistral.

—Luciérnegas querrá decir, don...

—siguió Pancho impertérrito.—Parecen bichitos, es verdá; pero son los cigarros de las ánimas pitadoras.

—¡Calláte! Y entonces, en invierno ¿por qué no pitan?

—Si pitan... Pero tienen frío y se encierran en las casas a pitar al lau del fogón.

—¡Lindo cigarro! Si no quema el juego...

—Todos los diuntos son fríos; estaría güeno que tuvieran juego caliente. ¿Quema el otro, acaso, el de las ánimas en pena?...

Hubo una pausa. Entre amedrentado y risueño, D. Braulio agregó en seguida:

—¡Lindo no más!... Entonces, los diuntos se entretienen?...

—¿Y qué han de hacer! ¡Tienen tanto tiempo desocupao! Ellos quisieran seguir haciendo lo mesmo que cuand'eran vivos, y correr y boliar, y enlazar... Pero a veces no pueden porque tienen los güesos en la tierra... Y se vienen no más, p'a ver si de todos modos... ¡Vamos a ver! ¿A que ninguno dice por qué sabe hace tanto frío p'al 25'e mayo y p'al 9 de julio?

—No mi hago cargo,—murmuró D. Marto.

—Yo no sé,—confesó otro.

—No caigo en cuenta,—declaró D. Braulio.

Pancho, triunfante, explicó:

—Porque p'a las fiestas se vienen tuitos los que peliaron por la patria, sin que falten ni los mesmos muertos en los Andes, que son unas montañas de purito yelo... Y como son tantos... Por eso, en cuantito tocan l'Himno Nacional, es un frío que da calor.

—¡Ah! ¡balaqueador lindo!—gritó D. Marto, no sin admiración reprimida.

Y luego, con cierto asomo de respeto, alentador como un premio en labios de tal paisano, agregó:

—Y diga, don... ¿qué se hace l'ánima de las mozas, cuando se mueren todavía tiernitas?

La réplica inmediata de Pancho:

—¿Qué viejo, este D. Marto! ¿Y no

Pidan la deliciosa cerveza QUILMES CRISTAL

ha visto, un si acaso los macachines, como di oro, florecer qu'es un gusto por el campo, y todos con una frutita enterrada, igualita a un corazón y como azúcar!...

—Agarráte... ¿Y las viejas?

—Güevos de gallo que se prienden en los cercos o se agarran a las barrancas... Y cuanti más güenas fueron en vida, el güevo es más grande y más sabroso, y cuando han tenido hijos y los han querido, más tuavía...

Por su irritabilidad de enfermo, a D. Braulio se le ocurrió lanzarle un epigrama:

—Y los payadores, decíme...

Pancho movió con esfuerzo los músculos de su rostro, sintió una especie de nudo en la garganta, pero replicó, cual si alguien le dictase las palabras:

—Los payadores de lay,—los payadores de veras,—no mueren nunca, paisano,—ni son ánimas en pena... —siguen cantando no más,—lo mesmo que Santos Vega!...

Eran versos, y los lanzó con ritmo marcado y sentimental. A los otros les llegaron al alma. Hubo un silencio prolongado y lleno de sensaciones... Luego, uno a uno fueron desgranándose los paisanos, saturados por la poesía total de la noche. El último que se levantó para ir a dormir en el galpón, enervado por su mismo desgaste cerebral, fué Pancho.

Y al pasar junto a la puerta ya tenebrosa de la cocina, en medio de la envolvente y acariciadora sombra, sintió de pronto un hálito más intenso, más tibio, más húmedo que el de la noche, y una vozecita que murmuraba junto a su oído:

—¡Pancho! ¿Quién te enseña esas cosas tan lindas?

Y él, azorado un instante, trémulo y atrevido luego, como un héroe que es todavía un recluta, abrazó con ímpetu a Petrona y

—¡Vos!—la besó en la boca.

La mica

En 1118, solamente los Estados Unidos de Norte América, el Canadá y la India, produjeron el 97 % de la producción mundial de mica, alcanzando la India sola el 65 %. Además, como sub-producto, se produce en todas partes una cantidad considerable de despojos de mica, pero su valor es apenas de la séptima parte del de la mica en hojas. Hay que notar que es muy raro que se pueda recuperar la mica una vez empleada, y de aquí que la producción iguala sensiblemente al consumo. Este era antes de 1914 de 3.150 toneladas.

No se ha podido encontrar todavía ningún sustituto para la mica, debido a las numerosas cualidades que posee. Los empleos de la mica en electricidad, ya sea en placas transparentes para hornos y estufas, ya como discos de resonancia para fonógrafos, son bien conocidos, pero en la India se la emplea también como emplastro para las heridas y en reemplazo de telas para retratos. La mica fabricada se compone de escamas de mica de uno a dos centímetros de lado, obtenidas al cortar las placas y aglomeradas con auxilio de goma shellac. Esta mica así obtenida, se asierra, se corta o se pliega fácilmente y reemplaza con ventaja a la mica en placas para la mayor parte de trabajos de electricidad. En cuanto a la mica en polvo tiene empleos tan numerosos que sería muy larga su enumeración, sin contar que esas aplicaciones aumentan cada día. Se ha ensayado obtener mica fundida, pero al sufrir esta operación pierde sus cualidades primitivas cristalizándose en tres compuestos diferentes.

MADAME MAETERLINCK

por Marguerite M. MARSHALL

—¿Por qué muere el amor?

—Porque mueren las rosas—dice Georgette Leblanc Maeterlinck;—porque perecen los robles gigantes. Cada belleza de la creación acarrea consigo las semillas de su propio decaimiento. ¿Por qué entonces el amor debe ser la única cosa eterna en el mundo? ¿Por qué pedir una eternidad de amor?

Madame Maeterlinck, cantante, actriz, escritora y señora de muchas artes, incluyendo el arte del amor grandioso, está sentada delante de la estufa en el estudio que ella ha hecho tan atractiva sorpresa en el número 47 de Washington Square.

Hace dos años que conocí a la dama que durante la quinta parte de un siglo fué la inspiración del famoso poeta y dramaturgo belga y, excepto que su glorioso cabello castaño dorado es corto ahora, no ha cambiado en absoluto, la más bella y magnética mujer francesa que jamás conocí.

Y, ciertamente, no hay cambio en su interesante filosofía del corazón; una filosofía que ha vivido tanto como expresado.

El mundo entero sabe la historia de cómo después de 20 años de aparente ideal compañía, ella se retiró callada de la vida de Mauricio Maeterlinck, mientras éste se casaba con una jovencita llamada Selysette Dahon.

Georgette Leblanc Maeterlinck vino a América en el otoño de 1920 a comenzar una nueva vida y en el mes siguiente hizo su debut interpretando el programa de la International Composers' Guild, sociedad musical que representa a Revel, Schonberg y muchos otros ultra modernos compositores de diferentes nacionalidades, incluyendo los americanos. La mayor parte de nosotros conocíamos a Georgette Leblanc como autora; pero ella había ganado en Europa una reputación igual a la primera como cantatriz, tanto que el distinguido crítico Arthur Symonds ha dicho de su arte que es la dramatización del canto.

Y porque acabo de leer otra manifestación de la versatilidad artística de esta dama—la verdadera versión de su autobiografía no publicada aún—le pedí que discutiera lo que tan delicada y expertamente expone en la última página: el problema del amor que pasa.

Dice así: "Dos vidas independientes se juntan y después de muchos años felices se separan como dos corrientes que siguen su curso natural. La vida nos ha separado, lo que significa que nuestras diferentes naturalezas nos separaron."

Aquellas diferencias insignificantes al principio del amor y conquistadas juntas en las ardientes horas en que éste florece, recobran su individualidad y comienzan a vivir otra vez en el crepúsculo. Nuestro amor había sido demasiado profundo para morir de otra cosa que de sí mismo."

—Pero, ¿por qué un amor así debe morir?—protesto ¿Por qué el amor debe morir siempre? Todos los amantes del mundo se hacen esta pregunta. ¿Cuál es la respuesta de usted?

—La de que yo no pido una eternidad de amor! ¿No ha pensado usted que todos los grandes amantes de la historia y del cuento mueren jóvenes? Ellos son como los grandes poetas—aquellos a quienes aman los dioses. Cuando la muerte se lleva pronto a los amantes, es entonces cuando sus amores duran tanto como sus vidas; no de ninguna otra manera—no en este mundo brutal donde las circunstancias conspiran contra el amor. Se asombran los hombres de que un grande amor termine y de lo que deberían asombrarse es de que haya existido y durado varios años.

—Entonces ¿no piensa usted que todo amor muere por sí mismo? ¿Cree usted que causas exteriores lo matan algunas veces?

—El amor superficial muere por razones superficiales —explica Madame Maeterlinck. El amor que es atracción de la juventud pasa cuando la juventud pasa. El amor que es sólo el llamado de la belleza perece con ella o antes si la atracción física se vuelve monótona. Amores más hondos que estos pueden ser comentados hasta la muerte, llorados hasta la muerte o destruidos por crueldad. Pero aún el amor supremo del cual un hombre y una mujer son capaces, no puede, en la naturaleza de las cosas, durar para siempre. El roble gigante dura más que una rosa, pero los dos tienen el mismo fin.

Uno hace durar el amor tanto como es posible, por supuesto, así como se riegan las flores y se remueve la tierra cerca de las raíces. Uno guarda su amor tiernamente y lucha por enriquecerlo...

—¿Y no es ese el modo de enriquecer la propia personalidad?—la pregunto. Cuando cada uno de los dos engrandece tanto como es posible ¿no engrandece también el amor?

Pero Georgette sacude lentamente su preciosa cabeza: —Es casi imposible—declara—para dos personalidades que se desenvuelven, permanecer amantes. Están más predispuestas a diferir que a estar de acuerdo: el amor requiere un sólo punto de vista. Esto hizo a la esposa de otros tiempos: ella permanecía la misma mientras la personalidad del esposo se desenvolvía.

El vivía entonces y la mujer estaba satisfecha. Una razón por que el matrimonio de hoy no dura lo que antes: porque hay dos personalidades en vez de una. Sin embargo, le parece a usted que la mujer moderna no desarrolle su personalidad. ¿No!

Ella piensa que el amor muere algunas veces primero

en el hombre y algunas en la mujer.—"No hay razón ni ley. Una flor muere hoy; otra mañana: no se sabe por qué".

—¿Pero tiene una tercera persona algo que hacer con la muerte del amor?—la pregunto.

—La tercera persona—dice—puede ser la beneficiada con el amor siguiente. Ella o él no son responsables, no son nunca ladrones del último. Por eso es infantil y absurdo sentir celos, matar, o siquiera odiar al inocente sucesor.

Cuando las relaciones de amor terminan de parte de uno, terminan por los dos. Ningún amante verdadero arrastraría un cadáver. Oh, yo sé la teoría de que el amor muerto puede

resucitar. Pero si está muerto, ¿cómo hacerlo vivir otra vez? Y me parece que una completa y limpia catástrofe es mil veces preferible al hábito lento de agonía...

—¿Pero qué—le pregunto entonces—decir a los jóvenes que piensan y no quieren vivir a menos que el amor dure para siempre?

—Hay un amor que vive y perdura tanto como una quiere—dice Georgette Leblanc Maeterlinck, suave, dulcemente. Es la llama de nuestro propio corazón. Es la pasión espiritual por el ser amado a la cual no afecta su presencia o ausencia; porque está alimentada con memorias y ternuras y sueños...



¡El suelo se hunde!

Esta es la sensación que siente el debilitado. Parece que sus piernas rehusaran soportarlo. La vista se nubla, un sudor frío corre sobre todo el cuerpo. Parece que el corazón dejara de latir, una intensa palidez aparece en su rostro. Es un malestar sumamente desagradable.

No cuidándose a tiempo, pasa de un simple malestar y no es raro ver al enfermo desplomarse al suelo, desmayado. Cuando uno llega a ese mal estado general, que coincide, generalmente, con desgano, falta de apetito, tristeza, etc., es cuando conviene acordarse de la

NUCLEODYNE

(EL TONICO QUE DA FUERZA)

la acción de la Nucleodyne es notable, desde las primeras dosis siente uno sus efectos benéficos. Alegría, bienestar general, apetito, ganas de vivir y trabajar vuelven como por encanto. Cualquiera comprende esto. En la Nucleodyne entra: Fósforo fisiológico, alimento de las células; estrienina, tónico por excelencia de los nervios y zumo vital de toros, que favorece la función de todas las glándulas del cuerpo.

La Nucleodyne es probablemente lo mejor que existe como medicamento tónico en farmacia.

FARMACIA FRANCO-INGLESA

La mayor del mundo

SARMIENTO Y FLORIDA - Bs. AIRES



MOTIVOS CORRENTINOS



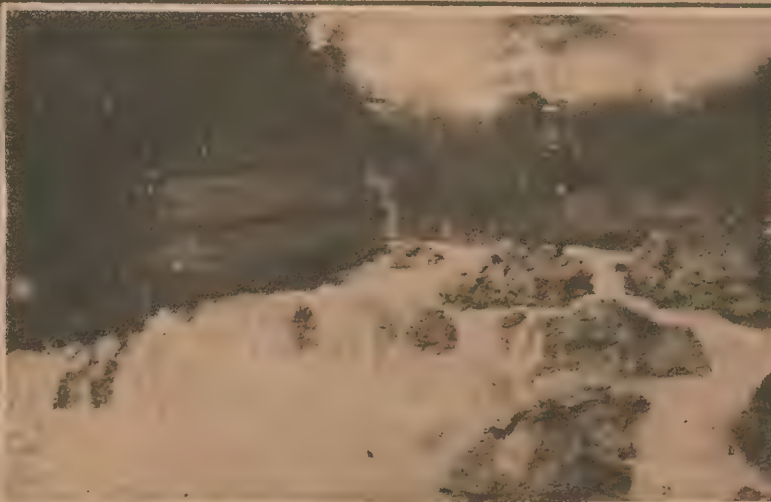
Alrededores de la capital correntina. — Un enorme timbo sobre las barrancas que bordean el río Paraná.



Una jangada de cedro misionero (Argentina), flotando en Puerto Italia, en las cercanías de Corrientes.



Peones ribereños, seleccionando naranjas correntinas, con destino a la exportación.



"La Cazuela", uno de los bellos lugares de la ciudad, elegido como sitio de paseo.



Las barrancas del río Paraná.

Fots. Manzi.

El XXIII viaje de la fragata Presidente Sarmiento

Características de la "Sarmiento":
 Aparejo, fragata; casco, de Clipper, construcción de acero forrada en madera y chapas de cobre; eslora, entre perpendiculares: 81 metros; eslora, total: 87 metros; manga, máxima: 13 metros; calado, medio en carga máxima: 5.85 metros; puntal, 7.50 metros; lanzamiento, a proa: 4.75 metros, a popa: 2.40 metros; altura de los palos de la carlinga a la galleta: trinquete: 38 metros, mayor: 50 metros, mesana: 30 metros; Bauprés: largo, 8.73 metros; máquina, una de triple expansión; poder en caballos, efectivos 2025; armamento: 3 cañones Armstrong de 120 milímetros, 1 cañón Bethlehem de 10 centímetros, 2 cañones Nordenfölt de 76 mm., 5 cañones Hotchkiss de 47 mm.; desplazamiento, 2.750 toneladas.

Reseña histórica: La fragata escuela "Presidente Sarmiento" fue construida en Birkenhead, Inglaterra, por la casa



Grupo de oficiales y tripulantes de la Sarmiento.



Los aspirantes de la Escuela Naval, que van a bordo de la nave y a cuyo regreso egresarán como guardiamarinas.

Laird Brothers, firmando el contrato correspondiente el 12 de febrero de 1896.

Fue su comandante durante la construcción el actual ministro de marina, entonces capitán de navío, don Manuel Domecq García. Terminadas sus pruebas y aprovisionamientos, la "Sarmiento" zarpó de Liverpool el 14 de julio de 1898 comandada por el teniente de navío don Enrique Thorne, arribando a Buenos Aires el 10 de septiembre del mismo año.

El 12 de enero de 1899 inició su primer viaje de circunnavegación con las 23.^a, 24.^a y 25.^a promociones de guardiamarinas de la Escuela Naval, viaje que duró veinte meses y en el que recorrió 48.500 millas, de las cuales 29.900 fueron navegadas a vela y el resto a máquina o a máquina y vela. Comandaba el buque en ese viaje el entonces capitán de fragata don Onofre Betbeder y cabe hacer notar que ya desde el viaje 22.^o han empezado a mandar la "Sarmiento", los que



De izquierda a derecha: capitán de fragata Honorio Acevedo, segundo comandante, capitán de fragata Carlos A. Braña, comandante, y teniente de navío Esteban Repetto, jefe de estudios.

en ella principiaron su instrucción como alumnos, siendo el primero de éstos el capitán de fragata don Jorge Campos Urquiza que fue su comandante en el viaje anterior.

En sus veinte y seis años de vida, la "Sarmiento" ha hecho veinte viajes, habiendo sido reemplazada como buque escuela de aspirantes por el crucero acorazado "Pueyrredón", durante los años 1918 y 1919. En sus viajes ha recorrido todos los mares del mundo, navegando aproximadamente 475.500 millas marinas, de las cuales 150.000 fueron recorridas a vela y 325 mil a máquina y vela y fondeado o amarrado en 157 puertos distintos, sin contar fondeaderos menores, pasando además por los principales canales estrechos como ser: los de Panamá, Suez, Kiel, Corinto, Magallanes y doblado repetidas veces el Cabo de Hornos.



Jefes, oficiales, aspirantes y parte de la tripulación de la veterana nave, que zarpó del puerto de Buenos Aires el día primero del corriente, siendo despedida por el presidente de la República, quien almorzó a bordo acompañado por el ministro de marina almirante Domecq García.

Diógenes Taborda, el afortunado autor de "Hípicas"



En la peluquería de "Crítica", a la hora en que el figaro hace todo lo humanamente posible para hermosarlo.



"Dágueme del crayón y de la tinta china". —Con Isaac Morales (hijo), su "sparring" literario.

—¿Largo?...
—Largue, que lo voy a "relojear" a su favorito Taborda—retruqué entre dos sorbos de "White Horse", sin engomar.
—Más entrerriano que achira que acarician las aguas del Nogoyá. De Concordia, la ciudad que se va "estirando" como "crack" que "atropella" en el "clásico Litoral". Chicuelo, cuasi "yearling", lo trajeron a Belgrano. Aquí, se "desarrolló" e hizo los primeros "forfaits" escolares. Cierta tarde de rabona, irreverentemente, pegó "doblete" en la galera de felpa del doctor Delcasse, dando en el blanco con dos "terronazos" de "pista" callejera.
—¿Hubo "reclamación"?...
—Sí, pero ella no prosperó ante el "comisariato" de policía. Regresó a su pago antes de cumplir los 11 años. Allí, en Concordia, lo "inscribieron y ratificaron" en los "handicaps" de la enseñanza primaria. Sus primeros "aprontes" artísticos, los realizó en el patio embalsado de la escuela elemental, con tiza y a la hora de la rayuela. Luego se "floread" en el pizarrón y se dió no pocas "corridas" de lápiz y de tinta, al ilustrar los libros y cuadernos de sus compañeros de clase. Villegas, un malagueño, lo sacó de "perdedores", pues fué él quien le enseñó los primeros rudimentos del dibujo. Y andando el tiempo, Concordia le resultó más chico que pañuelo de bolsillo.
—¿Cambió de colores?
—Verá usted cómo. Taborda tenía 17



Con Lanata y Gutiérrez, sus "sparrings" turfísticos, y los reporters de pistas.

"Sarmiento", diario vespertino que dirigía Matías Ramos Mejía. Aparece otro protector.
—¿Fué a trabajar "bajo el mismo techo" con el que hoy es secretario del Consejo Nacional de Educación?
—Precisamente. Víctor Juan Guillot lo "alojó" en "Sarmiento", donde fué compañero de Sirio, maestro y pebetero. Debutó como monista de la sección teatros. Al pasar a "Última Hora", de Villagra, tocó "mejorar de colocación": le encargaron monos políticos. Meses después, en "La Tarde", de Juan Ojara, ya "figuraba en el marcador", como primera figura.
—¿Y empezó a "correr con recargo"?
—Justamente. "Picó" como fundador de "Crítica", del cual fué su primer dibujante. Sus caricaturas de Luxburg, prontamente le destacaron como artista notorio y de clase. Se hizo popular. Fué a la distancia. Cambió de monta directorial, y se inscribió en "Libre Palabra", del rubio Franchi. Dos años después, reprisaba en "Crítica", y en su segunda época en el difundido diario de Botana, puede decirse que completó su estado. En efecto, creó un Salinas y un Irigoyen (no es por Jardy), que no han sido batidos por otro caricaturista. ¿Y qué decir de los demás satélites del gobierno ejemplar, Salaberry, Julio Moreno, Elpidio (sigue la gran familia)?... En "Crítica", Taborda lleva hechos muy cerquita de 4.000 elogios políticos. Con sus "Hípicas", culminó su popularidad, y su reciente álbum sobre ese tema, vendióse en un canter. De Taborda, se puede decir sin temor a que se corte la redoblona de sus éxitos: aunque no es porteño, es el más porteño de nuestros dibujantes".

FÉLIX LIMA.



No levanta las patas.



"Una relojada".



"Lo dominó fácilmente".



"Quiere agarrar la punta".

años, y don Juan Chairasco, caudillo positivo, era secretario de la jefatura política. Don Juan lo municionó y le dijo:—"Tomá, Diógenes, estos 25 pesos, y andate a tentar suerte artística en Buenos Aires. ¡Que Dios te ayude, muchacho!"

—Y se "tiró al agua"...?
—Durante la travesía, hizo caricaturas de los pasajeros del piróscapo fluvial, logrando reunir algunos pesos para "salvar la ropa"... a la llegada a destino. A poco de andar al "paso" por las calles de Buenos Aires, tropezó con otro entrerriano: Víctor Juan Guillot, quien ya mojaba en



LA NATACIÓN EN ROSARIO DE SANTA FE



Parte del público que presenció la quinta fiesta náutica efectuada por el Club de Regatas Rosario, con motivo de la clausura de la temporada de natación.



Team B. compuesto por los señores J. C. Lingenfelder (capitán), A. O. Meyer, E. Navarro, M. Tortá, E. Vogt, R. Gabutti y L. Avila, que actuó en uno de los partidos de water-polo.



Señores H. Drewer (x) y F. Bocca, que se clasificaron primero y segundo respectivamente, en la carrera de la cuchara con huevo.



Señoritas Eletta Nigris (x) y Marta Wolf, primera y segunda, respectivamente en la carrera de 25 metros, estilo libre.



Señores R. Gabutti (x) y E. Morello, que llegaron por el orden indicado en la prueba de 50 metros, estilo libre.



Señor G. Vogt, ganador de la carrera de 50 metros, estilo pecho.



Señores E. Navarro (x) y A. Calvo, primero y segundo en la prueba pesca-platos.



Señores E. Vogt (hijo) (x) y M. Bartini, primero y segundo en la carrera de 100 metros, estilo libre.



Señor A. O. Meyer, ganador de la prueba de 400 metros, estilo libre.

Fots. Cornet y Aranda.



ALREDEDOR DEL MUNDO



La princesa Yolanda, hija de los reyes de Italia, y el conde Calvi di Bergolo, que contraerán enlace en el presente mes de abril.



La bicicleta a vela ha sido este año la nota deportiva de la temporada en la playa de Ormond, (E. U.)



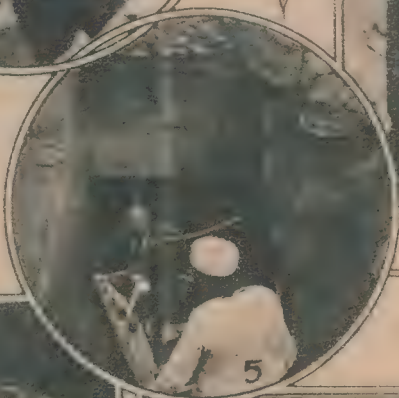
Las reinas de los Balcanes: la reina María de Rumania "la mujer más bella de Europa" rodeada por sus hijas: (de izquierda a derecha): la reina Isabel de Grecia, la princesa Iliana de Rumania, la reina María de Servia y la princesa Beatriz, hermana de la reina María de Rumania.



Un detalle del retrato de la famosa bailarina Pavlova, pintado por Sorin y adquirido por el gobierno francés para el Museo del Luxemburgo.



EL GRAN DESCUBRIMIENTO ARQUEOLÓGICO EN EGIPTO



1. Recipientes con comida, depositados hace treinta siglos en la tumba del rey Tut-Ankh-Amen, retirados del mismo sitio y transportados a un depósito provisorio instalado en la tumba de Seti II. — 2. Un cofre de tesoros, de ébano enchapado de un metal blanco, y tapa cubierta de jeroglíficos, aún no descifrados. — 3. Las primeras palmariorias encontradas en una tumba egipcia, cuyo descubrimiento resolvió la cuestión de cómo iluminaban los faraones sus palacios. — 4. Miembros de la comisión inglesa exploradora vigilando el transporte de un lecho de madera y de varios bastones hallados también en la surtida tumba del soberano egipcio. — 5. Una operación cuidadosa fué el transporte de una silla que debió ser el trono de la reina Ank-Nes-Amen. — 6. Parte de los tesoros retirados de la tumba en un sólo día; entre otros objetos, llevan dos canastas de mimbre chatas, collares e insignias del rey, vestidura de gala del rey, ropas de hilo y un bastón cubierto con filigrana de oro. — 7. La soberbia silla o trono de la reina, que contiene numerosos símbolos de oro macizo. — 8. Otro de los muchos objetos extraídos de la tumba: gran cofre de ébano y marfil, finamente trabajado, que lleva labrados varios emblemas religiosos.



DE LA TEMPORADA MARPLATENSE



Una vista del hermoso paseo General Paz, tomada del lado sur. — Arriba: los chalets de la loma.



Señores Amleto Donadio y Miguel Pesce.



Familia de Altes Monasterio.



Señores Florencio Bixio y Mariano Pascual.



Señorita Angélica Costa.



Señora Lucila Lahiton Istueta de Silva y su hijo.



Señor Mariano Blaya y su esposa señora Elena Caamaño de Blaya.



Señor Luis Emilio Silva.

(Continúa después de la doble página central).



Las últimas notas gráficas del balneario de Puente del Inca



La señora de Bertolotti y su hijita.



Familias de Parodi y Mazzuchelli y señores Ormaechea, Haymes y Benavides.



A lomo de mula. — Miembros de la familia Benavides.



El flamante diputado nacional por Mendoza, señor Romero Day y su esposa.



Ante el objetivo... y ante una media vaquillona al sador.



El doctor Brandy "operando" en un costillar a punto de caramelo.



Un canónigo "camouflage", llamando a los fieles.



Señora de Bertolotti, con su nietecita.



Niños de Elizondo.



Señorita de Mazzuchelli.

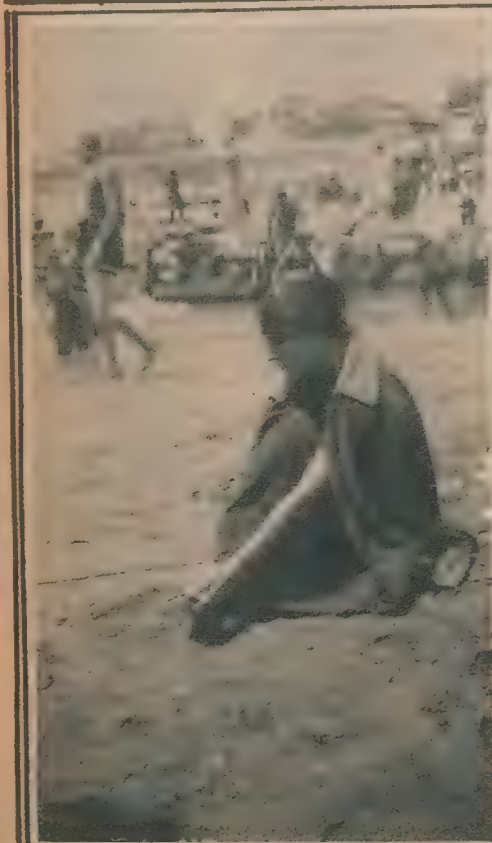


—¡A la mesa, muchachos!...

Foto. Arata.



Mar del Plata. — Vista parcial del Cabo Corrientes.



Hay que cuidar el detalle... y la belleza de los pies.



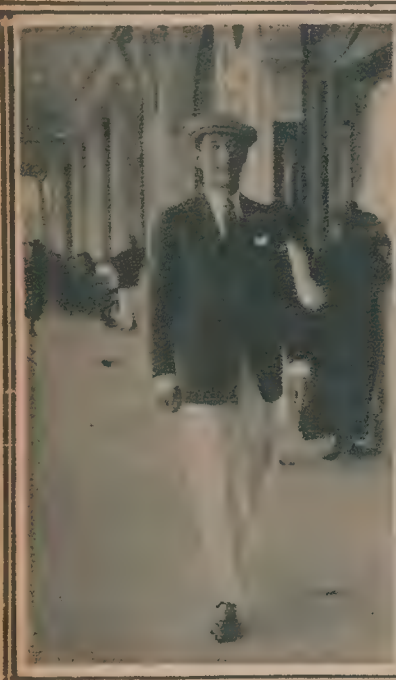
Señores doctor Alberto Solari, Alfredo Badino, concejal porteño José Pereira y Salvador M. Rinaldi.



Cuatro cachorros.



"¿Qué hacés, Rodín?".



Señor Rodolfo Lomazzi.



"Dejad que los niños vengan a mí".



Doctor Eduardo Lapegna y señora.



Señora Rosa de Mendiola y su hijo.



DE UN VIAJE POR LA COSTA SUD Y LOS CANALES FUEGUINOS



Punta Arenas (Chile). — La plaza principal.



Desembarco de pasajeros del vapor "Comodoro Rivadavia", en Puerto Deseado.



Un vapor efectuando operaciones de descarga en el muelle de Puerto Madryn.



Durante la ceremonia dominical de izar la bandera, en el palacio de la gobernación de Punta Arenas. Este acto, que adquiere gran lucimiento y al cual concurren las tropas de la guarni-

ción y numeroso público, constituye una costumbre establecida desde la fecha en que ocurrieron en la Patagonia los desagradables sucesos sociales que son del dominio público.



Entrada a la mina de carbón Loreto, situada en Punta Arenas.



Una calle de Río Gallegos (República Argentina).



El vapor "Americano", navegando por el estrecho de Magallanes.



La calle General Roca, en Río Gallegos.

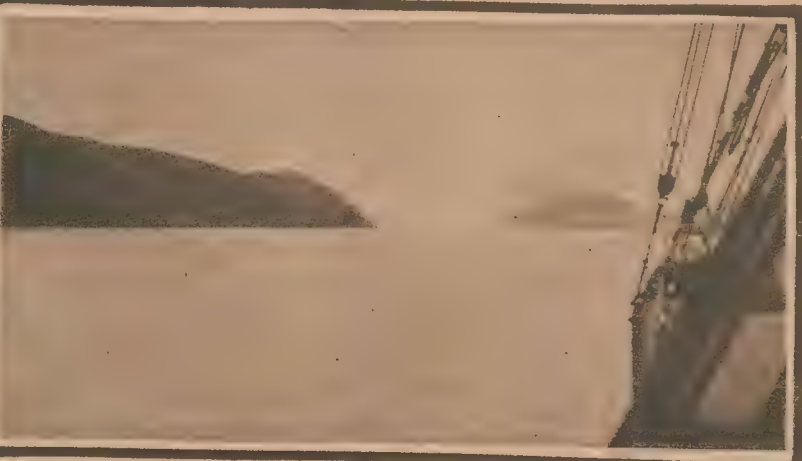
ENLACES



Señorita Paulina Lagos Lasserre, que recientemente contrajo enlace con el doctor Ricardo Torres Palacios.



Otra vista de Punta Arenas, tomada desde una eminencia que domina a la ciudad.



Entrada al canal O'Brien.

Foto. de nuestro redactor viajero, señor Bartolomé Zambonini.



DE TODO UN POCO



Durante la vista del proceso a los grandes industriales del Ruhr, que se pegaron a obedecer las órdenes francesas. En esta fotografía aparecen Thyssen (con las manos cruzadas sobre un antepecho), Kesten, (de pie) a su lado Wuestenhoeffer y Tengelsmann; detrás, Olfe y Spendler.



La única casa completa, del siglo trece que se conserva en Francia. Está situada, en Joinigny, Borgoña, cerca del antiguo palacio real, con el que se comunica por un subterráneo y pertenece al conde de Pastonvel.



Wai-Hu-Sing, uno de los últimos jefes de pieles rojas, visitó últimamente al alcalde de Nueva York. Desde el pórtico de la Municipalidad admira los monumentales edificios de la enorme ciudad.



Pedestal en que será colocado el busto del tenor Enrique Caruso, en Nueva York. El monumento ha sido ejecutado por el escultor italiano Felipe Ajariello.

AUDICIONES POÉTICAS



Berta Singerman, que próximamente ofrecerá una serie de audiciones poéticas en el teatro Odeón.

Los artistas independientes



Este retrato por A. S. Baylinson, expuesto en Nueva York, representa una de las últimas tendencias de los llamados artistas independientes.

DE RIVADAVIA (B. A.)



Ecos del veraneo. — Señoritas de Perea, Maranghello y La señorita Maria Mercedes Perea, cabalgando con apuro criollo.

GENTE MENUDA



Mario Alfredo Bárcena.



Cincuentenario de la Escuela Normal de Concepción del Uruguay



El ministro de instrucción pública de la nación, doctor Celestino J. Marcó, visitando el local de la Escuela Normal, de Concepción del Uruguay.



Vista del exterior del edificio de la escuela, que ocupa una superficie de cuatro manzanas de terreno.



Las delegaciones del Consejo Nacional de Educación y de ex alumnos, que se trasladaron desde Buenos Aires a Concepción del Uruguay en uno de los vapores de la carrera.



La doctora P. Eyle y las señoritas María Amalia Torrá y Ángela Santa Cruz, que formaron parte de la delegación de ex alumnos, que asistió a las fiestas del quincuagésimo aniversario de la fundación del establecimiento.

FIESTA FAMILIAR



Los esposos Santiago García Peña y Marcelina Fernández Archegui, rodeados de los miembros de su familia, al cumplir el sexagésimo aniversario de su enlace matrimonial, circunstancia que dió motivo a una fiesta de carácter íntimo, realizada en su residencia particular de la quinta "La Pelisa", situada en Lanús.



"EL GUANTE OLVIDADO"



Marion Hoyte, es una hermosa joven condenada a pasar los mejores años de su vida tras los mostradores de una tienda.

Bertha, su hermana, casóse con Joe Harmon, hombre de pocas palabras, pero poseedor de un gran corazón.

A casa de los Harmon concurre Leroy Hammond, joven aspirante a la mano de Marion, pero esta simpatiza poco con él.

Una tarde en que Marion recoge la mercadería desparramada sobre el mostrador se sorprende al oírse acusada de ladrona por una dama que según dice ha dejado en ese lugar su cartera...

James Lodge, joven arquitecto, de encuentra en el establecimiento y al observar unas chucherías tropiezan sus manos con un bolsito; presuroso se dirige a entregarlo al primer empleado que encuentre y da de boca con la propietaria, la que pide disculpas a Marion, por haberla juzgado tan mal.

Lodge y Marion, a raíz de semejante presentación, traban relaciones.

Shirley, presidente de una importante empresa ferroviaria se interesa por el porvenir del joven, con la intención de casarlo con su hija, pero sus esperanzas se ven defraudadas, pues al poco tiempo Lodge contrae enlace con Marion.

Enfurecido ante lo que él cree una ofensa, Shirley le retira su protección y los proyectos de James se van por tierra...

A partir de aquí, una serie de circunstancias complican el desarrollo de los sucesos, y hacen muy interesante el desenlace de esta película, recientemente estrenada por la Corporación Argentino-Americana de Films.

Dos escenas de la interesante película "El guante olvidado", donde la bella actriz Catherine Mc Donald, realiza una lucida interpretación.



Para ostentar en el rostro una convincente expresión de juventud hay que conservar y embellecer el cutis. Las señoras pueden defenderse del rigor de la edad o de la acción destructora de los agentes atmosféricos usando siempre el **POLVO GRASEOSO**

LEICHNER

artículo de tocador que provocará el triunfo de su belleza física, dotándolas de un cutis blanco, fino, sedoso e inmaculado.

BUENOS AIRES. — Guardia Vieja, 4439

MENDEL y Cía.

MONTEVIDEO. — Cerrito, 673



SECCION VERMOUTH

EL LORO CON EXPERIENCIA

El señor que compró un loro se propuso, naturalmente, enseñarle a hablar.

El loro adoptó una actitud de suprema indiferencia.

—¡Hola!—exclamó el señor, dando principio a su enseñanza.—¡Hola!... ¡Hola!

Y el loro indiferente.

Más de veinte veces el abnegado ciudadano pronuncia la palabra ¡Hola! con el propósito de fijarla en el espeso cerebro del loro.

—¡Hola! ¡hola!

Al fin el animalito abrió un ojo soñoliento y dijo:

—¡No contestan!

UNA INJUSTICIA

En la casa de departamentos vive un turco. De vez en cuando recibe tarjetas postales de Estambul o de Es-mirna, escritas en riguroso turco.

El portero se desespera. No puede leer esas tarjetas postales. Se desespera y protesta:

En cabeza ajena

El hombre no ha nacido para ser feliz, sino para ser un hombre. con todos los riesgos y peligros que importa serlo.—BERSOT.

Dos sentimientos dominan los amores que seducen a las mujeres de la tierra: o se consagran a seres dolientes, degradados, criminales, que ellas quieren consolar, levantar, rescatar, o se dan a seres superiores, sublimes, fuertes, que quieren adorar, comprender, y por los cuales son anonadadas con frecuencia.—BALZAC.

Cuanto menos complicados son los relojes, mejor marchan. Lo mismo ocurre con la dicha.—DE TREYCHINET.

¡Cuán poco ama el que puede repetir las palabras de que se sirvió su novia para decirle que le amaba!—ALUSSET.

Cuando se quiera contribuir a la felicidad de los hombres por el desinterés, se comenzará por convencernos de que uno tiene en ello un interés, pues de lo contrario desconfiarán de uno.—Alberto GUINON.

Los más enamorados son los más tímidos; a esos hay que auxiliarlos y estimularlos.—Anatole FRANCE.

La parte más encantadora de una intriga amorosa es el comienzo, único momento en que se mezcla al deseo un poco de ideal.—Max O'RELL.

Para amar con constancia, es necesario amarse a sí mismo y tener motivos para ello. El egoísmo extremado es, para el amor, un terreno admirable en el cual puede arraigar sólidamente.—R. de GOURMONT.

La dicha, para ser saboreada, necesita ser interrumpida.—JOU-BERT.

Horrible desgracia es amar sin ser amado; pero es más horrible am ser amado cuando ya no se ama.—B. CONSTANT.

—Fíjese un poco—dice mostrando una tarjeta postal a otro vecino,—fíjese un poco qué clase de escritura más enrevesada! No entiendo ni una coma. ¡Y todavía hay gente que tiene el coraje de decir que para ser portero no se necesita una gran instrucción!

ASUNTO RESUELTO

—Mozo: abra la ventana. Hace aquí un calor infernal—dijo el cliente que terminaba de almorzar.

El segundo cliente, que acababa de sentarse, dijo:

—Mozo: cierre la ventana. Hay una corriente de aire terrible.

El mozo, desconcertado por las ór-

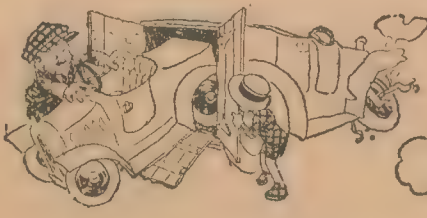
HOMBRE PREVISOR



Si el magnífico auto de Pérez...



...sufre un accidente...



...saca del mismo otro de repuesto...



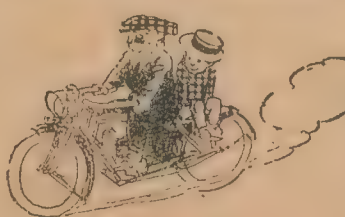
...y sigue viaje...



...y en caso de nuevo accidente...



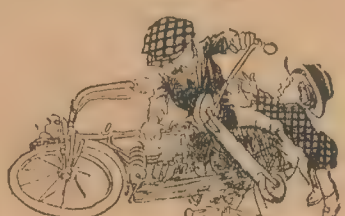
...saca una moto...



...de la cual...



...si se repite la catástrofe...



...obtiene un monopatín...



...y sigue viaje!



denes contradictorias, fué a consultar al patrón.

El patrón, luego de observar con ojo clínico a los dos clientes, contestó:

—Haz lo que te dice el que todavía no ha almorzado.

UN SUEÑO SIGNIFICATIVO

—¡Ah, Margarita! ¡si supieras lo que soñé anoche!—dijo el novio románticamente.

—¿Qué soñaste?

—Un sueño que parecía tan real... tan real... Soñé que me decías que viera a tu papá para pedirle tu mano.

—¿Y qué dijo papá?

—Esa parte del sueño es bastante confusa. Lo único que sé es que me desperté sentado en el suelo...

CAMINO A LA CONVERSION

El capellán de un establecimiento carcelario, aunque algo aficionado al whisky, poseía un espíritu abnegadamente catequizador. En cierta ocasión se dedicaba a sembrar la simiente de la fe en el alma encallecida de un presidiario. Le sorprendió hallar en ella terreno fértilísimo para sus doctrinas. En efecto, apenas dejaba de hablar, el individuo le pedía con insistencia que repitiera sus moralizadoras enseñanzas, a las que escuchaba con avidez. Después de repetir seis veces lo mismo, y en vista de que no decaía el interés del oyente, cosa rara entre esa clase de catecúmenos, se le ocurrió preguntar:

—Hijo mío: ¿siente usted algo en el espíritu que le atrae hacia esas divinas enseñanzas?

—¿Cómo?—repuso el presidiario.—No; no es eso, padre. Es... su aliento... Hace doce meses que no pruebo whisky.

LA MULA

Había comprado una mula que, según el vendedor era el receptáculo de las siete virtudes.

Pero en la práctica la mula resultó una sorpresa desagradable. La mayor sorpresa la dejó impresa en el cuerpo del comprador con las patas posteriores.

El comprador, enojado, fué a ver a quien le había vendido el animal:

—No me dijo que era mansita?

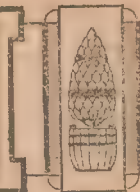
—Sí, y es mansita—insistió el vendedor.

—De adelante, puede ser... pero lo que es de atrás, le aseguro que todavía está salvaje.



CHUM-CHUM, TAMBOR MUNICIPAL,

por
André LAMANDE



Morisea por sus murallas de turrón color de rosa, pero gaseosa por la petulancia de su acento y la vivacidad de su espíritu. Seville-sur-Adour se enorgullece de su río, abundante en pesca; de su frontis, recientemente blanqueado y de Chum-Chum, su tamborilero.

En cuanto a éste, figuraos una cosa delgada, negra, con los ojos verdes, el cuello largo, la nuez de Adán muy móvil y el casquete, como un hongo azul, colocado en lo alto de la cabeza. Hablador, hábil para el propio provecho, fiel, según decía, en la amistad, dividía su vida en dos partes distintas: la una atañía al tamborilero; la otra, al hombre privado, y ninguna persona en Seville podía jactarse de verlas confundirse nunca.

Chum-Chum frecuentaba la casa de Rumazeilles, el zapatero, quien tenía una esposa viva, maliciosa, impetuosa y muy linda. Ella lo sabía, la ladina, y se dedicaba todo el día a realizar con baratijas sus naturales encantos.

—Vas a arruinarme con tus trapos—decía Rumazeilles.

—Y tú—replicaba su mujer—te beberás cuanto tenemos.

Porque el zapatero, además de enardecerse moderadamente tirando de la lengua, mostraba gran simpatía por el vino del país, un vino benigno en apariencia, pero que eproyecta subidamente la nariz y las mejillas; y aun más, pues dejándose beber inocentemente, tomaba en seguida su revancha y sin decir otra ni mota daba con el bebedor en el arroyo, que era lo que ocurría muchas veces a Rumazeilles.

Aquel día, pues, cuando Chum-Chum charlaba con el zapatero, la señora Rumazeilles entró con un traje nuevo de terciopelo.

—¡Infame!—gritó violentamente el zapatero.—¿Aún más oropes? ¿Los has pagado de tu bolsillo?

Ella contestó con zalamería:

—Es para agradarte, maridito. Será un regalo tuyo. ¿No ganas mucho dinero, acaso?

El marido levantó los brazos hacia las vigas del taller.

—Dinero! ¿Yo dinero? No tengo ni un céntimo.

Siempre pronta al ataque, su mujer exclamó en tono agriado:

—¡Claro! Te lo has bebido todo.

Y añadió sin tomar aliento:

—¡Gloton, borracho! ¡Bebes en una noche lo que ganas en una semana, y rehusas pagarme un pobre vestido de ocasión, un vestido que da lástima, un miserable vestido de nada!... ¿Qué le parece a usted esto, señor Chum-Chum?

El tamborilero, que no quería desagradar ni al no ni a la otra, reflexionó, se rasó la cabeza y dijo:

—¡Caramba!

Pero la impetuosa señora Rumazeilles excitó a su marido con frases malsonantes, tantas y tan bien, que éste, sacando un escudo de su bolsillo, murmuró al oído del tamborilero:

—Ven a la frutería. Quiero decirte una cosa en secreto.

Media hora más tarde, Chum-Chum, con su tambor inclinado sobre el vientre, y maniobrando diestramente las varitas negras, hacía retumbar la piel de asno. El pueblo se reunió, y Chum-Chum, dejando de tocar, se puso los anteojos, sacó de su bolsa un papel, lo desplegó a todo sibbamento, y con una docena de chiquillos metidos entre las piernas, leyó:

—Aviso al público. El señor Rumazeilles hace saber a toda la población de Seville-sur-Adour que no pagará en adelante las deudas que la señora Ru-

mazeilles, su indigna esposa, contraiga.

Y ¡brrran!, algunos redobles corteses, para dar las gracias a los auditores atentos.

La señora Rumazeilles, que lo oía todo, fué a encontrar a Chum-Chum, le recordó su amistad y le llenó de re-

murmuró a su oído con viveza algunas palabras, y pocos momentos después Chum-Chum redoblaba nueva y nerviosamente las varitas sobre el sonoro pergamino. De nuevo el vecario acudió, y Chum-Chum, los anteojos sobre la nariz, leyó con voz estrepitosa:



proches. Pero el tamborilero, muy digno, respondió:

—En mi casa, señora, el tamborilero ignora los sentimientos del hombre privado. El trabajo es el trabajo. A sus órdenes.

Ella le cogió la palabra:

—A mis órdenes; es lo que quiero. Aquí tiene usted cien sueldos. Escúcheme.

—Aviso. La señora Rumazeilles hace saber a toda la población de Seville-sur-Adour que no abrirá en adelante la puerta del domicilio conyugal al zapatero Rumazeilles, su miserable esposo, cada vez que almas compasivas le recojan borracho en la calle.

Y ¡brrran! Un redoble con gorgoritos por cortesía y...

—¡Canalla! ¿De esta manera te

atreves a hablar de mí? ¿De un amigo desde hace veinte años?

Entonces el zapatero, que le cogía por la garganta, Chum-Chum se desahogó suavemente y respondió con el aire de un héroe:

—El tambor municipal ignora las amistades de Chum-Chum, simple ciudadano.

Pero el otro, poco emocionado con esta grandilocuencia, le gritó que él no se emborrachaba, y que sólo su mujer era capaz de inventar semejantes calumnias.

—Vuelve a coger tu piel de asno y haz saber a todo el pueblo que mi mujer es una golfa.

—No tengo inconveniente.

—Que jamás se me ha visto borracho.

—Conformes.

—Ven corazón noble.

—Voy corriendo.

Pero bruscamente, con la mano extendida y alargando el cuello, en el que la nuez de Adán desgarraba la piel, dijo:

Rumazeilles, me es penoso tener que desdecirme. Ello va contra el honor profesional. Me encuentro fatigado...

El zapatero vió adónde quería ir a parar.

—¡Bergante! Toma un escudo.

Chum-Chum lo cogió con la mano derecha, y dijo aún, tendiendo la izquierda:

—Mi izquierda la ignora lo que mi derecha recibe, y está tan cansada como la otra. Amigo mío, para que se te haga justicia me faltan todavía cien sueldos.

UNA TRAGEDIA DEL TURISMO



Demostración del procedimiento infame y anticaballeresco de que se valió un explorador,—provisto de una caja de rapé,—para impedir que un rival escalara el Monte Everest.

El eslabón perdido

¿Se habrá dado, al fin, con el "eslabón perdido" de la cadena darwiniana?

El geólogo norteamericano mister Harold J. Cook ha encontrado en el lecho del Upper Shake Creek (riachuelo superior del Serpiente) un diente que el director del Museo de Historia Natural de Nueva York, el profesor Mr. Henry Fairfield Osborn, de acuerdo con la opinión de varios expertos conocedores de fósiles, cree que sea el diente de un género desconocido, pero más afín al pitecántropo y al hombre que al mono.

El profesor Osborn "bautiza" a ese ser ignoto, del que no se tiene más que un diente, con el nombre de "Hesperopithecus haroldcookii".

Este descubrimiento, si lo confirman otras indagaciones, es de grandísima importancia, puesto que el Hesperopithecus ¡vaya un nombre! resultaría el más antiguo miembro de la familia humana conocido hasta ahora.

Tal dignidad correspondía hasta hoy al "Pithecanthropus", encontrado en Java por el doctor Dubois, de la Universidad de Amsterdam, que se había alistado como médico en el Ejército colonial holandés, con el fin de buscar el famoso eslabón perdido.

Mister Osborn supone que el Hesperopithecus del Nebraska procede de Asia, ya que otros muchos elementos sudasiáticos han sido recientemente descubiertos en la fauna americana.

Pero un sabio inglés que ha escrito al "Times", duda de la exactitud del veredicto norteamericano y sugiere la idea de que el diente hallado por Mr. H. Cook se confronte con los dientes del oso primitivo.

PARA LAS DUEÑAS DE CASA

Conocimientos útiles

La miel debe conservarse en sitio oscuro, pues de lo contrario toma forma granular.

Para probar el café en grano, se echa una cucharada de café en un vaso con agua. Si parte de los granos flota y otra parte se hunde, el café está indudablemente adulterado.

Para dar a las cebollas buen gusto, conviene antes de cocerlas tenerlas veinte minutos en agua caliente con sal.

Para que el caldo no se agrie cuando se guarda, conviene quitar la capa de grasa que se forma en la superficie.

En vez de conservar el perejil en agua, que lo pone amarillo, se guarda en un tarro herméticamente tapado, en sitio frío. Así se conserva fresco mucho tiempo.

Es muy difícil secar el interior de las máquinas de picar carne. El mejor sistema es echar unos trozos de pan y ponerlas en movimiento. El pan recoge la grasa, el gordo y los pellejos pegados en las cuchillas.

Para quitar el olor de una sartén en que se hayan frito cebollas o pescado, se llena de agua, y cuando empieza a hervir se echa un ascua de carbón. Después se aclara la sartén con agua y el olor habrá desaparecido.

Si después de freír pescado se frie en el mismo aceite durante un par de minutos una rebanada de pan, se le quita el gusto y puede freírse cualquier otra cosa, sin que tome gusto a pescado.

El arroz sale más blanco si se echa un poco de zumo de limón al agua donde se cuece, y además se conservan los granos bien sueltos.

Los limones se conservan frescos indefinidamente cubriéndolos con un vaso de bordes finos.

Para que las viandas se conserven frescas bastante tiempo, conviene tener carbón dentro de la despensa o armario donde se guardan.

La cocina

SOPA DE PESCADO

Se escama y limpia el pescado destinado a esta sopa, se corta en pedacitos, y polvoreado con sal, se deja así por espacio de una hora. Después se enjunga con agua fresca, se escurre y se pone en una cazuela con aceite, zanahorias y cebolla picada, perejil, tres clavos de comer y agua en cantidad suficiente. Una vez cocido el pescado, se aparta, colocándolo en la sopera con rebanadas de pan tostado, se cuece el caldo y se pone al calor, vertiéndolo en la sopera cuando se sirva.

JAMÓN REMOJADO EN VINO DE JEREZ Y HECHO A LA PAPILLOTE

Tres horas antes de condimentarse, se cortan de un jamón magras del grueso de medio centímetro y del tamaño de la palma de la mano. Se ponen a remojo en buen Jerez, que se habrá ca-

lentado hasta muy cerca de la ebullición y se tapa bien la tartera o cazuela.

A la hora del guiso se frie en una cacerola, y en manteca de cerdo, un picadillo de ajos, cebolletas, perejil y pan migado sazonando a punto, y se moja con el Jerez del remojo para hacer una papilla bien trabada, con la cual se van untando por los dos lados las magras del jamón, y envolviéndolas con esmero en papel de barba.

Como queda siempre Jerez del remojo, se rocían con él los picatostes.

En Alsacia se come mucho este plato, que algunas veces lleva en el picadillo algunas chispitas de trufas.

HUEVOS A LA CAMPESINA (Proporciones para seis personas)

Se prepara una salsa de tomate en la siguiente forma: se toma un kilo de tomates, que estén bien maduros,

YA HABIA PENSADO



—Tenga cuidado, Manuela, con la basura de debajo de la cama.
—Por eso, señora, no se preocupe; yo procuro meterla bien adentro.

Así envueltas, las magras se colocan en una batea de horno, en la cual se las tiene tres cuartos de hora a medio fuego, cuidando de darles vuelta a media cocción.

Se sirve esto sobre una fuente, escalonando las "papillotes" e intercalándolas con unos picatostes del mismo tamaño que aquellas, muy poco fritos y hechos con el pan que sirve para hacer los emparedados.

se pican muy menudos y se frien en aceite fino, sazonándolos con sal, pimienta molida y un poquito de azúcar; se deja que se frían muy bien; cuando lo estén, se pasan por un cedazo muy fino y se pone en una cacerolita, colocándolo en el baño maría hasta el momento de servir, en que se le adiciona un poco de manteca de vaca. Se escalfan doce huevos bien frescos, según las reglas generales, recortán-

EL PELIGRO



—María: no vuelva a dejar el balde en la escalera. Es peligroso porque puede subir alguien y...
—Y darle una patada que lo abolle. Comprendido, señora.

SI USTED USA

en su toilette el Jabón Lysoform, exquisito artículo de tocador, deliciosamente perfumado, obtendrá los beneficios de una notable antisepsia general sobre la piel, que le pondrá a cubierto de cualquier contagio.

El Jabón Lysoform, fabricado a base de este eficaz desinfectante, depura la piel de manchas, granulaciones, etcétera, y es especialmente recomendable para la higiene de las señoras, porque además de su valiosa acción preventiva, hace que el cutis se conserve fresco, suave, limpio y sano.

Cada pastilla de Jabón Lysoform se vende al público a \$ 0.45 m/n. dentro de una práctica y útil jabonera de lata.

MENDEL Y CIA.

Buenos Aires.—Guardia Vieja, 4439.
Montevideo.—Cerrito, 673.

doles la clara un poco con el fin de que obtengan todos igual forma. Se toman seis hermosos pimientos verdes de tamaño suficiente para colocar en cada uno dos huevos escalfados, que se frien en abundante manteca de cerdo. Cuando están bien fritos se sacan, se corta la parte del mango y se pelan, teniendo mucho cuidado de no romperlos; esto se hace diez minutos antes de servir los huevos. Se tiene preparado un salpicón muy fino de trufas bien negras.

Modo de montar el plato: En una fuente redonda se ponen los pimientos en forma de corona, colocando la parte del mango hacia fuera; dentro de cada pimiento se colocan dos huevos, dejándose ver uno; en el centro se vierte un poco de salsa de tomate y se echa por encima del tomate, en forma de lluvia, el salpicón de trufa. La salsa restante se sirve puesta en una salsera.

PUDDING DE PESCADO

Se derrite un pedazo de manteca del tamaño de una nuez, en una cacerola.

Se añade una cucharadita de harina a una taza de leche y se sazona con pimienta y sal, mezclándolo todo en una salsa que resulte muy unida y blanda, y a la cual se adicionarán anchoas cortadas en finísimas rajitas y media cucharadita de salsa de Worcestershire.

Limpiad, cuidadosamente, de pellejos y espinas algunos peces de río ya hervidos, mezclándolos en un recipiente con una taza de miga de pan.

A la salsa debe adicionarse dos yemas de huevo y media jicara de crema, y entonces se vierte en la fuente donde esté el pescado con la miga de pan y mezclarlo todo perfectamente.

Por último, se baten dos claras de huevo hasta que levanten espuma y formen una masa muy unida que no se vierta al volver el plato, y entonces se echa sobre él la salsa, de forma que se empape bien de ella.

Todo ello vertido en un lienzo para "puddings" y pasado por un colador untado de manteca se deja reposar dos horas antes de servirse.

RATAFIA DE FRESAS

Para hacerla, se reúnen los siguientes ingredientes: fresas maduras, 1 kilo; alcohol a 90°, 1 litro; azúcar, 1 kilo; agua, 0.5.

Se machacan las fresas, sin lavarlas, con el azúcar y después se les agrega el alcohol. Se pone la mezcla en un recipiente de vidrio y se deja macerar durante diez días. Entonces se añade el agua, se agita fuertemente y al cabo de diez y seis días más de maceración se filtra.

LA VUELTA DE LA ESPOSA, por Carlos QUINCY

CUANDO SE FUÉ

El día que se fué, vino a la alcoba, tal como yo se lo pedí; traía, con sencillas guirnalda adornado, fresco ramo de rosas y de lilas. — Ella sabía que yo amaba mucho a las rosas, mis flores preferidas, — y me lo dió con temblorosa mano, y vi que humedecieron sus pupilas...

Luego, en la silla se sentó a mi lado; toda la estancia recorrió su vista, y en mi retrato, que empolvado estaba, enclavó la mirada, pensativa.

Yo, entre tanto, besaba emocionado aquel ramo de rosas y de lilas, y pensaba con íntima congoja en mi fugaz felicidad perdida; ¡nunca, como esa vez, sentí más honda ni más aguda la tristeza mía!...

Perder una mujer no es mucha cosa en el gran escenario de la vida, donde en constante ingratitud se vive y se olvidan las cosas más queridas; pero perder a la mujer amada, a la mujer que en venturosos días sacrificando su virtud más grande todo nos lo brindó con hidalguía; a la mujer que cariñosa y buena restregó nuestra frente adolorida y nuestros huracanes y borrascas disipó con sus besos y caricias, eso es mucho perder; es perder todo: la esperanza, la fe y hasta la vida!...

Largo rato pasamos en silencio esperando la amarga despedida; ella, siempre mirando mi retrato, yo besando sus rosas y sus lilas.

Más tarde, con acento, quejumbroso, sin cesar, suspirando, me decía: —Ha sido nuestra historia larga y triste; mas, ¿qué le hemos de hacer? ¡Así es la vida! Tal vez nuestra ventura abrió sus flores en una noche demasiado fría, y en lugar de exhalar dulces aromas como el ramo de rosas y de lilas, se quedó, en el jardín de nuestros sueños, en su temprana floración, marchita!...

Yo la escuché en silencio; pensativo; y al notar que su labio enmudecía, alcé la vista, y de sus ojos tristes pude ver que las lágrimas caían...

Después giró una puerta; silenciosa se alejó la que fué la amada mía... Y al mirarla, ya fuera, por vez última, pero sólo por tras de las cortinas, en silencio mis lágrimas cayeron sobre el ramo de rosas y de lilas.

Era otoño... Una lluvia fina y lenta sobre los mustios árboles caía...

Julio Díaz Suardivarro

—¡Oh!, no señor, el maniquí no se vende—dijo ella extrañada, pero con voz dulce.

—Comprendo que no está para la venta, pero supongo que es cuestión de precio.

En el porte y en el tono del caballero había dignidad y decisión. La vendedora, joven y amable, le contestó:

—Iré a ver al jefe. ¿Quiere usted esperar un momento?

El inmenso "department store" estaba lleno de gente. A esa hora Nueva York parecía citarse en sus quince pisos. Aquello era como la feria del mundo. Todo lo que el hombre necesitaba para subsistir, sea alimento, sea abrigo, sea lujo, estaba allí dispuesto en forma artística, tentadora. Allí podían comprarse alfileres y pianos, mondadientes y automóviles, cunas y ataúdes. Todo, todo. Jamás pudo soñarse Bagdad una feria como esa.

Y, sin embargo, había algo allí, en las propias vitrinas de la tienda inmensa, algo que no se vendía. La amplia ventana donde Walter Ray se había detenido, como petrificado, representaba una escena en el ángulo de un salón. Tres damas sentadas y una de pie parecían conversar con naturalidad. A pesar de que los trajes que exhibían eran de una magnificencia real; a pesar de que las mujeres de cera estaban allí como simples maniquís, aquella ventana más parecía una sala del museo de Grevin, en París, que la exhibición de modas de una tienda en Nueva York.

Walter Ray no se había quedado extasiado ante los trajes de sedas vaporosas. Era un banquero que en los salones de la más exquisita sociedad había oprimido, a los acordes de todas las danzas, los trajes más elegantes, los trajes más lujosos. Se había quedado perplejo viendo a la mujer de cera que se sentaba en medio del grupo. Era aquella una mujer rubia, de una belleza extraordinaria. No había dulzura en sus ojos color acero. Había ansia. Había picardía también. Era lo que los neoyorquinos llaman una "vampire". Si en vez de ser una muñeca hubiera sido una mujer real y la hubiera visto un empresario de producciones cinematográficas, le habría ofrecido contratarla sin demora.

Walter Ray estuvo de pie más de media hora mirando a aquella mujer vestida con un traje tan sutil que ella misma, de estar viva, habría podido oprimirlo en una de sus bellas, blancas manos, como un pañuelo. Tenía una pierna cruzada sobre la otra. Sus medias, que podían verse hasta cerca de la rodilla, eran azul eléctrico, como el vestido, y tan sutiles también que el rosado se transparentaba. Ella conversaba con sus compañeras de salón, pero con el rabo del ojo miraba a algún hombre a quien el artista que había arreglado la ventana no había puesto allí. Mientras Walter Ray estuvo de pie al frente de ella, a quien miraba era a él.

Era tanta la gente que se detenía ante la ventana y admirar los trajes, que se hacía difícil para el público transitar en la acera. Pero eran pocos los hombres que se detenían. En realidad, Walter Ray había sido el único hombre que se hubiera detenido durante casi todo el tiempo que él había estado allí. De las mujeres, jóvenes estenógrafas, "vampires", grandes señoras, ninguna se había quedado allí tanto rato como Walter Ray.

Y cuando él resolvió retirarse no fué para irse a su banco, ni a su casa, ni a su club. Fué para entrar en la tienda y preguntar si podía comprar

el maniquí de vestido azul eléctrico.

La vendedora volvió con su jefe, después de haberle explicado lo que deseaba aquel comprador.

—No, señor, sentimos mucho, el maniquí no se vende—reiteró amablemente el jefe.

Walter sacó su tarjeta y se la pasó. Estaba acostumbrado a que esa tarjeta fuera como la lámpara de Aladino. Su nombre era conocido en todo Nueva York. Además, él no pedía ningún favor; él no deseaba que le regalaran el maniquí. Este había sido comprado por la tienda. Había pagado por él una cierta cantidad de dinero. Quinientos dólares, mil o dos mil. El podía pagar el doble de lo que la tienda hubiera pagado. Y el que hizo ese maniquí podía hacer otro igual.

Esta era la argumentación de Walter Ray. El jefe del departamento decía que ese maniquí era el orgullo de la tienda, que lo había hecho un artista francés, quien lo había vendido como su obra maestra; que no creía poder obtener otro igual.

La conversación era interrumpida a cada instante por la avalancha de gente que entraba y salía. El propio vestido azul eléctrico del maniquí había sido vendido mientras Walter Ray argumentaba.

—Tendré que consultar antes de decidir—dijo por fin el jefe de ventas. —¿Quiere usted esperar un momento, señor Ray?

Y el banquero quedó acompañado de la joven vendedora que había presenciado toda la escena anterior.

—Si estuviera viva, no sería tan difícil conseguirla—dijo ella, por decir algo amable. Sin duda la vendedora, que admiraba la figura del banquero, envidiaba al maniquí.

Pero Walter Ray no contestó nada. Más fácilmente habría aceptado una broma, o la habría hecho él mismo, hablando de la propia quiebra de su propio banco que hablaban de ese maniquí.

Después de haber esperado un largo rato, que a él le pareció más largo que cualquiera otra que jamás hubiera tenido con mujer alguna, el jefe de ventas volvió.

—Vamos a ver—dijo el jefe de ventas, señor Ray. El maniquí le costará dos mil dólares.

El banquero hizo su cheque y pidió que le enviaran el maniquí esa misma tarde.

II

Cuando Walter Ray llegó a su casa, poco antes de la comida, su pequeña hija, de nueve años, le saltó al cuello.

—¡Oh, papá! Han traído una caja grande. Grande, grande, no sé lo que puede ser.

—Es la mamá—le dijo el banquero con gravedad.

—¿La mamá?—preguntó Ethel sorprendida.

—La mamá.

—¿La mamá en una caja?

—La mamá. Yo siempre he deseado alguna vez volverla. Ha vuelto ahora.

Estaban solos el padre y la hija. Podía él haber llamado a la servidumbre para que abriera el paquete, pero prefirió hacerlo él mismo. Aún quería que no lo vieran. Ninguna mujer abrió la caja en que iba su vestido de novia con más emoción que la de Walter Ray mientras estaba en el empaque. El embalaje había sido hecho muy cuidadosamente. Con paja estaban llenos todos los huecos. Paja bien apretada, que el banquero iba echando fuera. Tanta paja, que llenaba el piso del "hall", donde el papá de Ethel estaba demudando la mudanza. El vestíbulo parecía ya una era. Parecía

—Volverá un día de estos—contes.



taba el papá.—Volverá un día de estos.

Pero pasaban los días y las semanas y los meses sin que la mamá volviera. Walter Ray había por fin tratado de averiguar algo acerca de su esposa, pero sin resultado. ¿No sería posible ganar otra vez el amor perdido? Algunas veces uno se distrae, se olvida de sí mismo, y al atravesar una calle, absorto, un automóvil puede pasar sobre él y mutilarlo o dejarlo sin vida. Al corazón del hombre y al corazón de la mujer les sucede lo mismo; a veces están distraídos, absortos, y un "limousine" o un simple Ford, torbellinos de pasión, los pilla desprovistos y pasa sobre ellos. Pero no siempre matan; a veces sólo mutilan. ¿No había esperanza en el caso de Florence?

Jamás Walter dijo a su hija una palabra que lastimara el nombre de su madre. Al contrario, la casa abandonada por Florence era un altar consagrado a ella. Cada noche y cada mañana Ethel rezaba por su madre.

—Tarda mucho en volver—decía la pequeña.

—Ya volverá—contestaba el padre. Y lo decía con sinceridad, con fe. Creía que ella había de volver. Cada vez que llamaban a la puerta de la casa, su corazón latía más aprisa. Creía que era ella. Pero no era. Cada vez que sonaba el teléfono, creía él que era ella. Pero no era. Cada vez que recibía una carta en su casa, miraba ansioso el sobre para ver si era de ella. Pero no era de ella.

Así pasaron los años. Walter Ray seguía prosperando en sus negocios. Su nombre era popular en todo Nueva York. La desgracia de su hogar era conocida de todos y daba tema para muchos comentarios que no llegaban hasta él.

El tiempo no borraba su cariño. No es siempre cierto que el tiempo sea una esponja que lo borra todo. A veces hace precisamente lo contrario. Walter Ray quería más a su esposa cada día que pasaba. Se hacía toda clase de conjeturas. Seguramente ya estaba arrepentida de haber abandonado su hogar. Ya habría comprendido que habían pillado a su corazón de sorpresa, desprovénido. Quería volver y no se atrevía, temiendo ser rechazada. ¿Cómo podrá decirle que él estaba allí con los brazos abiertos, que Ethel la esperaba cada mañana, cada tarde, cada noche? De seguro ella volverá si supiera cómo se la esperaba.

¡Oh! El tenía todo su programa hecho para el día en que volviera. Le daría el primer beso en la frente. No le preguntaría nada de lo que hubiera ocurrido durante su ausencia. No la trataría con el aire del que perdona. Volvería a cortejarla otra vez, como cuando era su novio. Sería un segundo noviazgo. Una segunda luna de miel. En realidad, ella no se había ido. Se la habían robado. Si ella había escrito esa carta de despedida, no era porque lo sintiera así. Un seductor profesional la había hipnotizado. Después de todo, de él era la culpa. ¿Por qué no la había advertido a tiempo? Cuando quiso prevenirla era tarde. Y lo hizo con torpezá. El mismo había precipitado la catástrofe.

Un día, cuando él menos se lo podía imaginar, cuando menos lo esperaba—porque no estaba en su casa, donde podían llamar a la puerta o donde podía recibir una carta o una llamada por teléfono,—un día que pasa frente a un "department store", casi pierde el aliento al ver a Florence, a su esposa, sentada en la ventana de la tienda. ¡Si él había creído que era ella misma! Y se había quedado allí media hora mirándola, como si esperase que lo reconociera, que fuera hacia él, que le hablara, que se le echara en los brazos.

Era un simple maniquí, pero era su esposa y no podía dejarla allí, en la ventana. Sus propios amigos la reconocían. Tenía que llevarse a su

casa, costara lo que costara. Y tenía que llevarse sin demora.

IV

Fue aquella una segunda luna de miel, pero muy distinta de la anterior. Ahora no había pasión, no había caricias. Walter Ray, de vuelta del trabajo y en la mañana, antes de irse a él, entraba a contemplar a Florence, sentada quietamente en un sillón en el "boudoir".

¿Qué contraste con los meses que habían precedido a su fuga! Entonces ella tenía bailes y comidas y teatros, que no la dejaban permanecer en casa. Llegaba a su hogar simplemente a dormir. Ahora no se movía de su cuarto. Jamás había habido otra mujer más arraigada en el hogar.

Si bien en cierto que no había pasión en esta segunda luna de miel, también lo era que no había celos, discusiones, disgustos. Había más calma en su hogar de la que pudiera haber en hogar alguno. Después de la comida, muchas veces, Walter Ray se sentaba en el "boudoir" de su esposa a leer, como lo hacía en los primeros años de casados, y, como entonces, interrumpía a veces la lectura para contemplarla. La luz eléctrica de las lámparas no le daba de lleno en la cara. Estaba ella en una semi-obscuridad. Cuando Walter dejaba el diario sobre sus rodillas y la contemplaba, la veía exactamente como su espo-

sa. Son las detectives instintivas más famosas del mundo. Pero este misterio no lo averiguaron jamás. Cuando le preguntaron a Ethel por qué el papá había destruido la muñeca, la pequeña contestaba:

—Porque esa no era la mamá. Era una mujer de paja. La mamá había muerto.

Y como Ethel no sabía más, no podía decir más.

V

Así había ocurrido el asesinato de la mujer de paja:

Una noche Walter Ray le estaba cambiando el vestido a Florence. Era un capricho de él verla con cada uno de sus vestidos, que le recordaban diversos momentos de su vida. Esta vez le estaba poniendo una bata celeste.

Para vestirla tenía que levantarla de la silla. La muñeca no se sostenía bien de pie; era necesario apoyarla contra la pared. No supo él como fue, si la colocó mal, burlándose de las leyes de la gravedad, si la soltó antes de tiempo, el hecho es que el maniquí cayó bruscamente al suelo. El marido se agachó en el acto a levantarla, como se habría apresurado a levantar a su propia esposa, averiguando ansioso si se había hecho daño.

Sí, se había hecho daño. Se había lastimado el pecho fieramente. Era una herida terrible. El "papier maché" se había roto y se veía el interior de paja. ¡El corazón de paja!

Walter Ray la sentó con la solitud que habría desplegado una enfermera. De no haber visto la fina paja del interior, habría ido apresurado en busca de un médico. Pero bien podía hacer él mismo el oficio de doctor. El la vendaría, él la curaría. Como primera providencia había que echar dentro la paja que se había salido. Había que conservar la misma forma que le había dado el artista, la misma forma de curvas perfectas que tenía su propia mujer.

Todos dormían en la casa, Ethel, la nodriza, la doncella y la cocinera. Era en las altas horas de la noche. Recordaba aquella otra noche de inquietudes en que había nacido Ethel. Se sentía tentado a preguntarle si sufría.

De súbito tocó algo que no era paja. Era el extremo de un pliego de papel. ¿Papel allí? ¿Para qué? Quiso empujarlo para dentro con la paja, pero logró ver que estaba escrito y lo sacó con cuidado, para no romperlo. Era un pliego de cuatro carillas, tupidamente escrito, con su propia letra monuda, nerviosa. ¡Oh!, era ella que hablaba al fin. Era su Florence que hablaba. Tal vez su mensaje, que lo llevaba en su corazón, era lo que le había hecho creer a veces a él que ella respiraba, que quería hablar. Era la ansiada carta que se la llevaba ella misma, dentro de su propio corazón.

Walter Ray tomó la carta y se sentó a la luz de una lámpara a leerla. ¡Las cosas del destino! El había esperado algo normal, una carta que llevara el cartero, una llamada por teléfono, la propia visita de ella. Pero esa carta misteriosa, que la sacaba a las doce de la noche, de su propio corazón... Leyó.

"Mi querido: No podrás imaginarte cuanto sufro lejos de tí. Eres el único hombre a quien he amado. Sólo tú has sido capaz de comprenderme. Todo lo demás ha sido un engaño. Te hablo desde el fondo de mi corazón."

Walter Ray estaba plenamente seguro de que esta era la propia letra de su esposa y para asegurarse más buscó la firma al pie de la carta. "Para toda la vida, tu Florence," decía.

¡Oh! ¡Para toda la vida su Florence! Bien lo había imaginado él. Leyó toda la carta. Era de fuego, de pasión desbordante. Ella no podía tolerar la separación ni un día más. Era una carta igual a las que le es-

Obras de CARLOS CORREA LUNA

Don Baltasar de Arandía,

libro premiado con 10.000 \$
por el Gobierno Nacional
(Ley N.º 9141 de Fomento a la producción científica y literaria)

La 2.ª edición de esta importante y amenísima obra histórica, se halla en venta en todas las librerías al precio de \$ 2.50 m/n.

Del mismo autor, a \$ 1 el ejemplar:
UN CASAMIENTO EN 1805
LA VILLA DE LUJAN EN EL SIGLO XVIII, 1916
ANTECEDENTES PORTENOS DEL CONGRESO DE TUCUMAN, 1917

Por pedidos de estos últimos, dirigirse a la administración de FRAY MOCHO, Bolívar, 379

sa era en realidad. Tanto que a veces, distraído, pensaba que era ella misma.

Una noche, después de que Ethel había ido a darle el beso que siempre le daba antes de irse a dormir, Walter tomó un libro de la biblioteca y se sentó a leer al lado de una lámpara, al frente de ella. Había tomado un libro cualquiera. Que hubiera cogido un libro de Poe fue una cuestión simplemente casual, pero la lectura que principió a media voz, en la penumbra que envolvía a su esposa, le hizo luego distraerse. El la miró fijamente. ¿Qué ocurría? ¿Veía subir y bajar la seda de su corpiño con los latidos de su corazón? No podía ser. Era un desvarío de su fantasía. ¿Y era posible que esto le ocurriera a él, a un banquero que estaba todo el día careando las realidades de la vida en sus formas más concretas? El tenía una de las cabezas más firmes del país. Y, sin embargo, estuvo a punto de preguntarle.

—¿Quieres hablarme, Florence? Dirigirse en serio, el banquero Walter Ray a un maniquí, en la penumbra de un "boudoir", era una locura. El día siguiente tenía que poner en su oficina el visto bueno a un negocio de veinte millones de dólares. Tenía que asistir a una sesión del

Consejo Directivo del Banco. ¿Qué pensarían los miembros del Consejo si supieran lo que él estaba haciendo aquella noche? Dirían que Walter Ray, el presidente del Banco, se había vuelto loco.

—Papá, papá—le gritó Ethel una mañana a Walter Ray, llorando,—la mamá está toda destrozada. Su cuerpo está checho pedazos. Su cara también. Ven, papá, ven a ver.

Ethel había entrado en el "boudoir" a darle el beso matinal y había quedado horrorizada. Había sido masacrada la mamá. Sólo manos avaras al crimen habían podido hacer aquello. Creyó que habían entrado bandidos en la noche y que habían asesinado a la mamá con saña, con crueldad infinita. Pero lo que más le había extrañado a Ethel era que la mamá no chorreara sangre. Sólo había salido paja de su cuerpo. ¡Paja!

Walter Ray, que recién se había vestido para el desayuno, le dijo:

—No, Ethel, esa no era la mamá. Yo estaba equivocado. Esa era una mujer de paja.

—Pero era igual a mamá—respondió Ethel.

—No, no era igual a la mamá. Estos retratos que tenemos aquí tampoco son de la mamá. Estos son los retratos de la mujer de paja que yo destruí porque no era la mamá. Era una mujer de paja y nada más.

—¿Y cuándo volverá la mamá?

Walter Ray dejó rodar libremente

los gruesos lágrimas, tomó en sus brazos a Ethel, la besó y le dijo:

—La mamá no va a volver nunca más.

—¿Por qué?—preguntó llorando Ethel.

—Porque la mamá murió. Ella ya no puede volver. Sólo podrá volver otra mujer de paja.

No era posible consolar a la pequeña huérfana. Walter Ray llamó a la doncella y le dijo que limpiara el "boudoir", arrojando a la basura esa paja y ese "papier maché" y esa cera. Estaba todo tan desfigurado que nadie habría podido adivinar qué habían sido esa paja y esa cera. Los ojos los había guardado Walter para tirarlos a un basurero en la calle. No probó su desayuno y se fué a su trabajo, como de costumbre, después de haber besado a Ethel, que quedaba al cuidado de su nodriza.

La doncella, ayudada por la cocinera, limpió el "boudoir". Ya las buenas investigadoras se habían dado cuenta de que aquella gran muñeca estaba allí porque era igual a la mamá de Ethel. Ellas sabían que la esposa había huido del hogar. Pero ¿qué podía haber hecho la muñeca para que él la castigara así? La muñeca no había podido serle infiel. Muchos misterios averiguan las doncellas y las cocine-

cribía cuando estaban de novios. Pero no tenía fecha ni dirección. ¿Cuándo la había escrito? ¿De dónde? ¿Por qué no daba su dirección?

Había allí algo que él no comprendía. Un misterio insondable. Eso era absolutamente anormal, fantástico. Si ella quería escribirle no necesitaba hacerse reproducir en una figura de cera y poner dentro de su pecho una carta sin fecha y dirección. ¿Por qué habría de haber imaginado ella que él iba a ver ese maniquí, a compararlo y a meter las manos en su pecho?

Todo esto era inexplicable. Y lo peor era que no veía por dónde podía venir la solución del misterio. Todos sus esfuerzos para encontrar al

francés que había hecho el maniquí habían sido infructuosos. Se había ido a Francia. ¿Cómo y por qué había él tomado a su esposa como modelo? Porque no había duda de que ella había sido el modelo; el artista había tenido que pintar él mismo los propios ojos de vidrio. Nada más misterioso.

De súbito se le ocurrió que podía haber otra carta allí dentro del pecho de su mujer y metió sus manos entre la paja con frenesí, con angustia.

¿Una carta más? Había cerca de veinte cartas, unas cortas, otras largas, todas escritas en esquelas rosadas, con su menuda letra nerviosa. A

medida que leía, de una manera vaga, indeterminada primero, principió a comprender que esas cartas no eran para él. Eran para el artista que había hecho su propia cabeza en cera. Era éste un francés cuyo negocio era dirigir su gran taller de maniquíes para tiendas. Verdadero artista, había hecho su obra maestra reproduciendo la cabeza de aquella mujer a quien había conocido en un "cabaret" en una ciudad del "Middle West." Esa cabeza era para él; no para venderla. En sus cartas ella hablaba de intimidades que eran de una crueldad horrible para Walter Ray. Pero el banquero seguía leyendo ya sin detenerse, una carta tras de otra. Quería tomar

todo la amarga medicina de un solo sorbo.

Había un papel escrito con letra distinta, con caracteres de hombre, decía así:

"Todo lo que dicen estas cartas son mentiras. Me has engañado a mí como has engañado a los anteriores, como engañarás a los que sigan después. No mereces estar en mi casa. Tu lugar es la calle pública. Me han ofrecido mil dólares por ti y no he aceptado sino veinte, el costo de la paja y de la cera de que estás hecha; no vales más."

Nadie en la casa, ni Ethel, ni su nodriza, ni la doncella, ni la cocinera, sintieron un solo ruido mientras Walter masacraba a la mujer de paja.



POR LOS DOMINIOS DE TALÍA



CON UN ÉXITO DE HILARIDAD, REAPARECIÓ LA COMPAÑÍA DE PARRAVICINI

Sería difícil clasificar la pieza que sirvió al popular bufo don Florencio Parravicini para inaugurar su temporada de este año en el Argentino. "El stud misterioso" participa del sainete, del vodevil, del melodrama y de la película. Es una mezcla de todos los géneros teatrales, dividida en once cuadros y éstos en cuatro actos. "Le crime du bouff", de los autores franceses Monezi-Eou y la Fouchardière, traducido y barnizado de criollismo por Parravicini, con el título ya citado, es de una trama difícil que se va enmarañando y complicando según se suscitan los episodios y aumentando el interés del espectador que no puede saber qué es lo que pasó y qué pasará, sino poco antes de terminar la obra.

Eje de ella es el supuesto descuartizamiento de un cuidador de caballos, desaparecido misteriosamente del stud y cuyos restos son tímidamente reconocidos por su esposa. Un ladronzuelo de gallinas, sujeto fresco, vividor que vende datos para las carreras, es el supuesto autor por haberse visto en las proximidades del teatro del crimen, la noche que se comió. Se le detiene y se le interroga. Concluye, que así se llama, aparece ante los jueces y se burla de ellos con su verba fácil y pintoresca. Al fin, se llega a saber que el muerto es el dueño del stud y el criminal, un médico sugestionado, adscripto al juzgado. Un golpe de melodrama, un balazo de Conejero que mata al médico y un golpe de risa provocado por Parra a renglón seguido: "Este es el mejor blanco que hice en mi vida". Y telón.

Con Parra, que comunica al ladronzuelo una fuerza cómica irresistible, bastaría para sancionar un gran éxito a la obra; pero hay más: Pierina De Alessi, en su papel de piamontesa, rivaliza con el propio bufo y se dividen los aplausos, que la noche del estreno fueron interminables.

Hay, indudablemente, pieza para largos meses.

LA MANIA CRISTÓGENA

Como se sabe, la conocida tiple Aída Arce, viene actuando al frente de la compañía Danyans, en el San Martín, con buenos éxitos. Esto no tiene nada de particular. Pero lo que sí lo tiene es un chistecito retorcido y muy malo que escuchamos noches pasadas en el vestíbulo del teatro.

—¿Por qué está mal de la cabeza la empresa de este teatro?

—No sé.

—Pues es muy sencillo. Dice que ha contratado a la Aída Arce porque la hace falta. Pero si la Arce falta, yo creo que no debió contratarla. (Arce... sino!).

ESTRENO FELIZ

La compañía Rivera-De-Rosas ha estrenado en el Buenos Aires con gran éxito un drama del escritor

peruano Ricardo Villarín titulado "Sangre gris". Es una pieza de gran intensidad emotiva, de mucho interés y bien escrita. Se trata de un drama de adulterio y de paternidad, tal vez un poco novelesco, pero de gran eficacia escénica. Merece un aplauso la admirable labor de De Rosas.

¡RIDÍOS, MANICO, QUÉ SUERTE TIENES!

El manico es Casaux, que ha encontrado en la divertida pieza de Novión "En un burro tres baturros", ancho campo para desplegar sus extraordinarias cualidades de actor. Noche a noche se multiplican los aplausos al admirable baturro del teatro Victoria. La obra, pues, seguirá en el cartel, impertérrita, como el aragonés del cuento que iba sobre su burro por la vía del ferrocarril y al sentir el pito de un tren que se acercaba, exclamaba con su cachaza característica: "¡Chufia, chufia! ¡Como no te apares tú!..."

SE ENSAYA

Para cuando deje de interesar al público el poema dramático "Manuelita Rozas" se está preparando en el Marconi el estreno de "El vértigo", traducción de una obra de Carlos Mercé, que se anuncia como algo muy bueno.

PRODUCTOS ESPAÑOLES

En el teatro de Las Corsarias, nombre que debería adoptar en lo sucesivo el de "Comedia", se ha reprimado con un éxito la fantasía deslumbrante, semivestida y estrepitosa titulada "Una noche en el Paraíso" que vivió largamente en el cartel durante la temporada anterior. La Mathen y Leucito, recién reaparecidos, tienen en esta obra descolante actuación.

¡Y meta Corsarias!

ÉXITO DE UN SAINETE PEDESTRE

Maroni y Giudice han escrito un sainete titulado "Uno a cero", que se estrenó en el Smart por la compañía Simari-Franco. El tema de la obra es el football, que se juega con los pies, pero la obra está escrita con las manos. Es, pues, una pieza pedestre y maníática. Lo mismo pudo ser pateada que aplaudida, pero el público optó por utilizar las manos para dar su fallo. Es una suerte, porque en cuestiones teatrales se hace a veces difícil distinguir las manos de los pies, porque todos parecen iguales. Por ejemplo... (¡stop!).

APOLO

Sin novedades en los dominios de los parientes del papa. Las obras del debut, "La canción de Pirincho" y "La vuelta de Charrúa" o "La vuelta de Pirincho" y "La canción de Charrúa", que al fin da lo mismo, posguerra absorbiendo el cartel de los Ratti.

VITTONÉ-POMAR

En esta época de renovación, evolución y revoluciones, a nadie debe extrañar que hasta los teatros cambien de "nacionalidad" y el mundo no se venga abajo. El Avenida, que hace pocos meses albergaba nada menos que a don Jacinto Benavente y su compañía de alta comedia española, tomó carta de ciudadanía criolla al ser invadido por la hueste de Vittoné-Pomar, estupendos cultivadores del sainete nacional, planta de una vitalidad sorprendente que lo mismo florece en la Avenida de Mayo que en el arroyo Maldonado. Así se explica cómo desde que debutó esta compañía, no se haya renovado el cartel.

LA VIRGEN

No aludimos desde luego a ninguna corista, bien que es casi seguro que el adjetivo puede aplicarse a muchas coristas, salvo error u omisión, naturalmente... Nos referimos a la obra póstuma de Belisario Roldán, legado que hizo el gran orador al primer actor Pepe Gómez, más conocido por Conrado... en la vida civil.

"La virgen de la pureza" continúa en el cartel del Liceo y determina gran entusiasmo en los innumerables admiradores de Roldán.

Se trata de una virginidad vigorosa, como la de las tonadilleras vigiladas por un sargento del escuadrón.

"CHARLATANES"

Fué recibida con aplauso esta nueva producción de Julio F. Escobar, dada a conocer al público del Maipo por el elenco nacional Mary-Morganti-Gutiérrez. Es una suerte de alegato contra los facultativos inexorables, contra los Hipócrates no muy fuertes en medicina legal... En estos tiempos en que todo se subalterna al deseo de lograr dinero, no parece extraña la obra de Escobar y posiblemente tiene un gran fondo de verdad. El público actual, ahito de rehelias contenidas, aprovecha toda oportunidad que se le presenta para externar su protesta. Es así que ha tirado palmas al caer la cortina sobre la última escena de "Charlatanes", cuya interpretación realizó los pasajes briosos de la pieza.

Se anuncia como primer estreno, "La machona", del conocido periodista y autor, Isaac Morales.

POR EL MAYO

Calma abracadabrante. Cartel estático. Salas llenas. Sonrisas desde la secretaría donde pontifica el simpático Carambita, hasta los camarines de las coristas. "Glorias del pueblo" y "Las monterías", filmes en el cartel y dinámicas en el escenario.

"MATEO" Y "LA MALA SIEMBRA"

Son las piezas que monopolizan el programa del Nacional. Venidas al mundo plétoricas de glóbulos rojos, nacieron, crecieron y siguen andando por las llanuras teatrales como las bolas de nieve, es decir, aumentando de volumen. Tanto gustan, que el activo

Carcavallo apenas se preocupa de su casa de negocio; asoma en ella apenas y parte rumbo al Tandil, para regresar cuando se acuerda de que en Buenos Aires existe un teatro que se llama Nacional y un empresario que debe atenderlo.

Para matar los ociosos vespertinos de los cómicos, se ensaya a manera de diversión, el "Juan Moreira" que inventó Vaccarezza sobre la figura del rival de Sardetti.

POLITEAMA

Con extraordinario éxito, debutó la compañía italiana de ópera encabezada por los populares artistas Pina Gioana e Italo Bertini.

"La danza de las libélulas", de Lehár adaptada por el maestro Lombardo, es una de las más bellas operetas del célebre autor de "La viuda alegre". Libro gracioso, trama bien urdida y música alada, alegre, con el sello original del cuadro de la ópera austriaca, son cosas más que suficientes para determinar los grandes aplausos que el público prodigó la noche del estreno. La compañía, muy discreta, reafirmó la excelencia de sus dos primeras figuras y puso en escena "La danza" con gran lujo.

"MARTES 13"

Otra pochada de Sargenti y otro suceso de hilaridad. La compañía Arata-Mancini que la estrenó en el Portefino, obtuvo un gran éxito la noche del estreno. Hicieron reír hasta descomponer las situaciones de la pochada, diestramente llevadas y bien desmenuzadas el asunto.

Sargenti está demostrando que es un tigre para el género, para el que, antes que nada, se necesita ingenio. Arata fué el héroe de los intérpretes.

CASINO

Al éxito de la troupe de liliputianos rusos, debe añadirse la excelente acogida de otro número de variedades, el de Smerlape, con su conjunto de chanchitos amaestrados, que debutó recientemente. Ambos espectáculos son los más atractivos del Casino.

FLORIDA

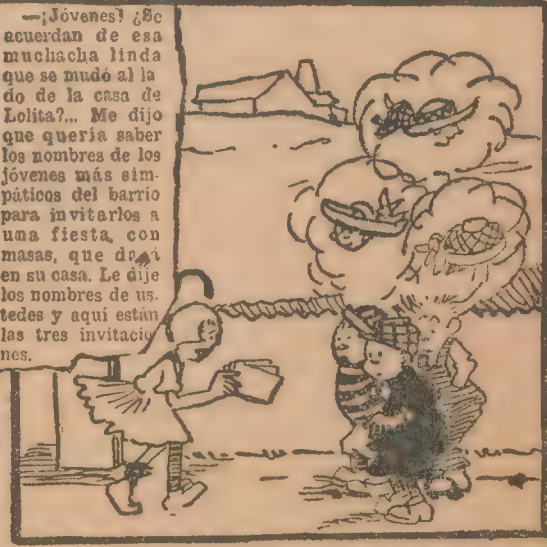
Siempre interesante el cartel de esta bonita sala, a menudo repleta de espectadores.

GRAND SPENDID

Ya no hay duda de que esta temporada marcará una época en los anales de esta sala, consagrada al espectáculo cinematográfico selecto. Hermosas cintas, reveladoras de la perfección a que ha llegado la nueva industria, se exhiben diariamente en el Grand Spendid, sala poblada todas las noches de familias distinguidas.

CAPITOL

Un programa de cintas muy interesantes se anuncia para esta semana en la bonita sala del Capitol, frecuentada por nuestras mejores familias. El jueves, la velada es de moda y se exhibirán notables películas de grandes marcas.



UNA PRINCESA REVOLUCIONARIA

Las aventuras de la duquesa de Berry

La revolución que hizo abdicar a Carlos X de Francia en favor de su nieto el conde de Chambord, pero que en realidad puso en el trono a Luis Felipe, creó dos partidos irreconciliables: los legitimistas, fieles a "la augusta familia desterrada", y los Filippistas, que defendían la "monarquía popular". El estado de cosas era entonces muy semejante al de la época en que el Pequeño Cabo fué destruido a la isla de Elba.

Sabido esto, se comprenderá la explosión de entusiasmo por una parte, y de cólera por otra, que hubo cuando se supo, a principios de mayo de 1832, que la madre del joven rey legítimo, la duquesa de Berry, acababa de abandonar su destierro y había desembarcado secretamente en Francia para ponerse al frente de los realistas, y arrancar a los Orleans el trono de su hijo. Todo parecía presagiar una repetición de la vuelta de Napoleón y la fuga de Luis XVIII, con la pintoresca añadidura de que esta vez la empresa era dirigida por una mujer, escoltada sólo por una criada y un puñado de amigos.

La aventura fracasó, sin embargo; pero lo raro, lo novelesco de sus episodios, hacen que se la considere como una de las más extraordinarias que en el mundo han sido.

La duquesa llegó a Francia en un navío sardo, el "Carlo-Alberto", bajo el nombre de Rosa Stagliano. El 28 de abril, a media noche, desembarcaba en una costa solitaria, cerca del faro de Planier, en compañía de cuatro amigos, M. M. de Kergolay, de Bourmont, de Mesnard y de Brissac, disfrazados de pescadores. Ella iba vestida de grumete. La noche estaba tempestuosa, el mar agitado, y el desembarco no se hizo sin dificultades; pero la duquesa estaba contenta; se veía al fin en Francia; al día siguiente, Marsella se alzaría aclamando a su hijo Enrique.

Pero Marsella no se alzó. Al amanecer, se izó en el campanario de San Lorenzo la bandera blanca, la última bandera blanca que ondeó en Francia; unos trescientos pescadores la aclamaron desde la calle, pero ninguno tomó las armas. Una sección de infantería bastó para dominar aquel conato de revolución. A la una, la duquesa de Berry, refugiada en una cabaña cerca de la costa, recibía el siguiente mensaje: "El movimiento ha fracasado; hay que salir de Francia".

¡Salir de Francia, renunciar a sus sueños de epopeya! No estaba dispuesta a ello la duquesa, y aun cuando lo estuviese, la costa estaba ya vigilada, y la fuga era imposible. Ella y sus amigos huyeron, sí, pero hacia el interior, a través de los bosques, a lo largo de las carreteras, tan pronto a pie como en silla de postas, disfrazada la duquesa tan pronto de mujer del pueblo como de hombre. Un día, ve que la gente que encuentran en su camino se fija en ella; es que, para completar su disfraz, se ha puesto una peluca negra que contrasta de un modo extraño con sus cejas rubias. M. de Mesnard idea al punto un modo de remediar el defecto; la duquesa se moja con su propia saliva una punta de su pañuelo, la frota contra las botas de su fiel partidario y extrae el betún suficiente para teñir las cejas delatoras. En otra ocasión pasó todo un día y una noche en un establo, entre la paja que los bueyes pisoteaban.

Así llegaron los fugitivos a la Ménaud, cerca de Nantes, donde la duquesa, reunida a una amiga suya, Mlle. Kersabiec, se separó de sus compañeros para entrar en la ciudad por distinto camino.

El 9 de junio era día de mercado en Nantes, y la de Berry y su compañera podían entrar sin llamar la atención. Pero ¡qué de sufrimientos, por el camino, para aquellas pobres

mujeres, más habituadas a pisar las alfombras de los salones que la grava de las carreteras! Iban vestidas de labradoras, cada una con un cesto de huevos; a la duquesa le hacían daño

sus zuecos; se los quitó, y no tardó en observar que sus pies blancos y delicados llamaban la atención de los que pasaban, viéndose entonces obligada a meterse en una ciénaga y embadurnárselos de lodo. Al fin entraron en Nantes. Allí, unas señoras nobles, realistas de corazón, les tenían preparado un refugio. Ya estaban cerca de la casa, cuando la duquesa siente que la tocan en el hombro, y se vuelve más muerta que viva...

Era una pobre viejecita que, habiendo dejado en el suelo su cesto de legumbres para descansar, no podía volver a cargárselo sola. La duquesa y su amiga la ayudaron a ponérselo en los hombros, y prosiguieron su camino, enterándose en él de que la ciudad estaba en estado de sitio por sospecharse que se ocultaba en ella la madre del pretendiente. Pero la duquesa y Mlle. de Kersabiec estaban ya en casa de sus protectoras, las hermanas Guiny, donde encontraron a M. de Mesnard y los demás amigos, y donde había un escondrijo seguro como ninguno: una gran chimenea, cuyo fondo, de hierro, cubierto de adornos, podía abrirse como una puerta, y permitía entrar, a gatas, por supuesto, en un cuehitril, donde cabría una o dos personas.

En aquella casa pasaron los proscrios cuatro meses, sin que nadie sospechase que estaban en ella. El gobierno hacía registrar todo Nantes por la policía y por las tropas; se buscó en los conventos, en las casas de los sacerdotes, y de las personas conocidas por su religiosidad. ¡Nada! Y entre tanto, mientras la ciudad parecía un campamento y el ministro de gobernación se desesperaba, la duquesa de Berry trabajaba por la causa de su hijo, y estaba en comunicación constante con su familia, con sus partidarios y con las cortes extranjeras. ¡Cómo! Eso es lo que nadie supo; y tampoco se habría sabido jamás su escondite a no mediar un traidor.

LAS ROSAS TRÁGICAS

(Del libro en preparación "Antifonas profanas")

No me afrentes, por Dios, que no me acojo a la inclemencia de tu aciago cargo; fué nuestro idilio un paroxismo rojo que se deshizo en un sollozo amargo.

No lo pude evitar. Hasta el desborde bebí en la copa de tus viejas ansias; cerré los ojos al llegar al borde y ya en el fondo desmayé en fragancias.

No renueves mi angustia con tu alarde. No he sido alevé en ese extraño paso: en mi ansiedad se proscribió la tarde, en tus ojeras se abismó el ocaso!

Yo no tuve la culpa: fuí un orfebre inmolado a tus sáficas congojas; como en un lago nos cubrió la fiebre que trascendía de las rosas rojas.

Yo no supe qué hacer en el retiro de esos vastos y ardientes panoramas: si hasta en la ronda de cualquier suspiro se desleía mi emoción en llamas.

¡Qué difusa ansiedad!... ¡Qué tarde intensa!... ¡Cuánto naufragio en ese infausto juego! Ni tú intentaste una trivial defensa, ni yo sabía que pisaba fuego.

Fué el silencio quizás, quizás el vino, quizás las rosas en su rojo exceso, quizás estaba escrito en nuestro sino que nos iba a perder un pobre beso.

Ni una sola palabra en ese instante. Sólo el río quejábase a su modo... ¡Yo te ultimé de un beso delirante que fué un puñal que te manchó de lodo!...

Después, vinieron los deseos torvos, y con ellos, los bárbaros instintos nos dieron a escanciar a grandes sorbos todo el elixir de sus vinos tintos.

Y hasta la tierra se sintió cobibida, y hasta la tarde desmayó en un grito, y hasta el amor en su eclosión florida se abrió lo mismo que un rosal maldito!...

Después, recordarás, que yo tampoco quise eximirme de tu acriago cargo: fué nuestro idilio un ardimiento loco que se deshizo en un sollozo amargo!

César GARRIGOS.

AL VUELO



El automovilista. — Señora, lamento mucho haber matado a su perro... y si usted me permitiera reemplazarlo... La solterona. — ¡Caballero! ¡Es una proposición tan súbita!

YE WHISKY OF YE MONKS

A CURIOUS OLD WHISKY



El whisky de los aristócratas

Único agente para las Repúblicas Argentina, Uruguay y Paraguay:

FEDERICO PEREA

Calle LIMA 1672, Bs. Aires
U. T. 616, B. Orden—Coop. T. 220, Sud

Agente en ROSARIO:

Ignacio Granados y Cia.

Maipú 845

Llamábase el tal Deutz, y era un judío convertido, que figuraba entre los mensajeros secretos de la duquesa. Al llevar a ésta cartas de España y de Portugal, bajo pretexto de tener que entregárselas en propia mano, se hizo conducir a su presencia, y así supo que estaba en casa de las Guiny. Poco después, en París, solicitaba del ministro de gobernación, M. Thiers, una entrevista, y le preguntaba cuánto iría ganando si entregaba a la de Berry. M. Thiers consultó a Giquet. "Dadle un millón", repuso éste. Cuando el traidor lo supo, demudóse su rostro, y le temblaron las piernas.

El día 6 de noviembre, los proscritos se disponían a cenar, cuando uno de ellos, habiéndose acercado a la ventana, se retiró precipitadamente exclamando: "¡Salvaos, señora, salvaos!" La calle estaba llena de soldados.

A escape, sin perder un momento, la duquesa, dos de sus amigos y M. de Kersabiec abrieron el fondo de la chimenea y se metieron en el escondrijo. Por fortuna, Deutz ignoraba su existencia. Los soldados entraron, lo registraron todo, todo... menos la chimenea, y convencidos de haber sido engañados sobre todo al ver la serenidad y las sonrisas burlonas de las dueñas de la casa, se retiraron. Mas como el traidor juraba y perjuraba que la duquesa estaba allí, por precaución se dejaron de guardia dos gendarmes, que precisamente tuvieron la ocurrencia de instalarse en la habitación donde estaba la chimenea.

Los pobres fugitivos se hallaban en la más angustiosa situación, sin poder salir, metidos los cuatro en un sitio donde apenas cabían dos, sin alimento, sin agua. Y para colmo de males, a uno de los gendarmes le dió por tener frío, y entre ambos encendieron un gran fuego en la chimenea. La plancha que cerraba el fondo no tardó en ponerse roja, los prisioneros pensaron que iban a morir por achicharramiento lento. Pero al fin, los militares se durmieron y el fuego se apagó poco a poco, sin que por eso fueran mayores las probabilidades de escapar.

Muy de madrugada, los gendarmes hicieron lumbre otra vez, y entonces sobrevino la catástrofe. El vestido de la duquesa, en contacto con la plancha enrojecida, se inflamó, y al tratar de apagarlo sin hacer ruido, aquella abrió sin querer el resorte de la trampa.

—¿Quién anda ahí?—gritaron los gendarmes, apartando los carbones con sus sables.

—Dejadnos salir, nos entregamos—fué la respuesta.

Y un momento después, medio muertos de calor, de hambre y de emoción, salían de la chimenea la duquesa y sus tres compañeros.

Aquel mismo día fueron encerrados en el castillo de Nantes, y desde allí conducidos de nuevo al destierro.

Mientras, en toda Europa se alzaba un grito de protesta contra la traición de Deutz. El mismo subsecretario de gobernación, al entregarle la recompensa ofrecida, para no mancharse con su contacto le alargó el fajo de billetes con unas tenazas, sin pronunciar una sola palabra.

Beso del virrey

Ya saben ustedes que, excepto las pocas fuerzas indispensables para la custodia de almacenes y depósitos pertenecientes al Imperio, las tropas británicas han salido del territorio del Estado libre de Irlanda.

En "Weekly Dispatteh", la condesa de Carrick se pregunta si jamás volverá a ver Dublin los esplendores de la Corte de los Virreyes, de la que la guarnición inglesa formaba parte principal.

Los oficiales británicos eran los que organizaban fiestas, bailes y repre-

MI VIDA

Vivo como un anacoreta en la soledad de mi retiro. El mundo exterior me tiene sin cuidado, en las horas meditativas, porque al amparo de la lumbre leo y analizo las páginas inmortales de los grandes maestros.

En voz baja, con los amigos de corazón, artistas de distintos credos, en horas que valen tesoros cuantiosos, hemos glorificado y glorificamos a los espíritus geniales; hemos valorado bien sus ideas, ya que en las veladas estudiosas no nos perturban las mesquindades de la vida ni los afanes mediocres de lograr.

¡Qué deleite más puro se siente en esas horas; qué regocijo interior bien hondo se experimenta; parece que la dulzura llegara con su pureza exquisita a dulcificar el existir y a llenarlo de ansias, que por lo puras deberían de ser interminables!...

Oscar Alberto Ghaf.

PRUEBA AL CASO



—Nada es imposible, querida.
—¡Ah!, tú no conoces a mi marido.

sentaciones teatrales en los grandes días de la "season", cuando acudían a Dublin las jóvenes beldades irlandesas para ser presentadas al Virrey con toda la pompa del ceremonial.

A propósito de esto dice la condesa que en sus años juveniles se conservaba todavía la costumbre de que el Virrey besase a las señoras y a las señoritas que se presentaban por primera vez en la Corte.

Y recuerda algunos casos curiosos.

Una noble señorita, un poco nerviosa, cuando en el desfile de las damas le llegó su turno, trató de seguir adelante sin esperar a recibir el beso que el Virrey había de darle después de la reverencia. Pero el Virrey, decidido a mantener sus derechos, la cogió dulcemente, pero firmemente, por el brazo y la obligó a volver atrás.

Otra dama, confundiendo con el Virrey a un ayudante de campo, guapo mozo, le hizo su reverencia y le ciñó, temblorosa, el cuello con sus brazos. El ayudante hubo de librarse modestamente de los tiernos lazos y hubo

La **IODHYRINE**
del Dr. **DESCHAMP**
DE LA FACULTAD DE MEDICINA DE PARIS

ADELGAZAR

SIN PERJUDICAR LA SALUD

Combate la gordura excesiva,
reduce las caderas y vientre.
Adelgaza el tallo.

No deja arrugas

Es el **MÁS SERIO** de los específicos contra la

OBESIDAD

Autorizada por el Dto. de Higiene.
Todas las Farmacias, \$ 7.50 la caja.
Concesionario: M. León.
SAN MARTIN 450

de conducir a la señora ante el Virrey.

Una bella dama, recién llegada de Inglaterra, logró evitar el beso. Viendo que era inútil intentar escaparse, desfiló en su turno, hizo su reverencia, y en el instante preciso, al acercar sus labios al Virrey, cual si fuera maquinalmente a frotarse los ojos, se cubrió el rostro con las manos, al tiempo que murmuraba como sin darse cuenta:

—¡Estoy muerta de sueño!

Y en una de las manos quedó el beso del Virrey.

Cuando menos se piensa..

Hay que pensar en la muerte siete veces al día.

Hace ya muchos años, cuando tenía treinta y cuatro la señorita María Bon, vecina de Bagneres de Bigorre, penetrada de la verdad de aquella máxima, y al objeto de familiarizarse con la idea de la muerte, se hizo construir un féretro que desde entonces ha tenido siempre en su dormitorio.

Fiel a su propósito, decidió dar y dió a la fúnebre caja diversas aplicaciones que obligaban a su dueña a fijarse en ella y a manejarla frecuentemente.

Le servía de armario o cómoda para guardar la ropa y de mesa de comedor.

Sobre su tapa disponía todas las mañanas el café con leche y las tostadas con que se desayunaba. Después, al vestirse, del interior tenía que sacar la camisa y las enaguas y el corsé.

Al mediodía comía sobre el féretro, y sobre él cenaba por la noche.

Por último, al ir a acostarse, dentro del féretro había de buscar el camisón de dormir.

Así no había escape; tenía que pensar en la muerte siete veces al día por lo menos.

Y así fué al principio.

Pero poco a poco llegó a acostumbrarse a servirse del féretro-mesa-armario como de un mueble cualquiera y con el pensamiento libre y distraído.

Y ahora, a los ochenta y cinco años de edad, la muerte le ha sorprendido en el momento en que se disponía a tomar el té preparado sobre la fúnebre mesa.

Probablemente cuando menos pensaba en la muerte.

APARECIÓ EL

CÓDIGO PENAL PARA LA REPÚBLICA ARGENTINA

COMENTARIO SINTÉTICO DE LAS DISPOSICIONES DEL NUEVO CÓDIGO

Por el Dr. **EMILIO C. DIAZ**

Tela \$ 8.50
½ pasta " 10.—

INTERIOR por giro postal,
agregando \$ 0.50 para envío.

EN VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS Y

RIOJA 666

BUENOS AIRES

COLABORACIÓN ESPONTÁNEA

La plaza de Fray Bentos

Como toda ciudad pequeña, Fray Bentos tiene su paseo diario, la plaza.

Pero no creáis que es una plaza antigua, con bancos oscuros y árboles centenarios. Todo lo contrario: es una espléndida plaza que tiene muy pocos años de vida, y, por consiguiente, como todo lo que es joven, risueña, muy alegre; tan alegre que parece decir como la lechera de la fábula: "Yo sí, que estoy contenta con mi suerte". Y tiene motivos.

A ella concurre la muchachada en busca de fresco y expansión después de la tarca del día, y más tarde; las chicas, vestidas a la última moda, y más esclavas de ella que en Buenos Aires o Montevideo, comienzan a desfilar, en alegres grupos.

Los ojos hablan su lenguaje más expresivo; para eso la tarde los ayuda con suaves tintes de melancolía.

Misteriosos efluvios flotan en el ambiente, tienen su trayecto y sus estaciones y la corriente queda establecida. Allí están unos ojos negros que buscan los azules; los pados que siguen los negros; los negros que hipnotizan otros más negros aún.

En un rostro se dibuja una leve sonrisa que, no por su brevedad, pasa desapercibida, allá responde otra, y aumenta el brillo de los ojos y la intensidad de las miradas.

Ahora observo unos ojos negros que han quedado presos en las redes de los verdes.

¿Qué se dirán, en ese rápido pasar, en ese fugaz segundo del encuentro?

Mi vista, los sigue... ¿Qué dirán los ojos verdes en su mezcla de oro y esmeralda? ¿Hablarán de un cielo de sol, siempre esplendente; de ondas eternamente inquietas; de praderas sin límites cubiertas de tréboles y margaritas?

Ya vuelven los ojos negros con tintas de sombra; ahí anida el misterio.

¿Cómo quisiera saber algo de ellos! Me llevan a lejanos abismos, a tientas; allí todo calla; reina la noche profunda, los labios andan vestidos de negro, cuchichean en voz baja. ¿Qué se dirán?

Ojos negros, de sombra, de silencio, de misterio, decidme vuestro secreto. Lo guardaré en silencio.

Decidme vuestro sueño, ojos verdes, encantados, esperanza o ilusión, luz y verdad, decidme lo que soñáis; guardaré vuestro secreto...

TINA.

La venganza

Por una extraña circunstancia, que no viene al caso, trabé amistad con un ex-presidario.

Era su cabeza deforme y todo su aspecto en sí, feroz y repulsivo. Dos ojos llenos de malicia bailaban continuamente en sus órbitas hundidas. De estatura baja y cargado de espaldas, sostenía su osamenta sobre un corvo y ruidoso bastón de madera ordinaria.

Cuando hablaba lo hacía precipitadamente y reía con risa que me sabía a falsa.

Se encerraba en ciertos momentos, en un mutismo del cual nada lo distraía, y con frecuencia vi correr por sus mejillas tostadas, dos gruesos lagrimones que enjugaba con rabia.

Era un día de invierno; día triste y lúgubre, en el cual pudo apreciar las diferentes manifestaciones del alma de mi "amigo".

Lo encontré más triste y retraído que de costumbre. De pronto, como queriendo desembarazarse bruscamente del peso culpable que gravitaba sobre su conciencia, me contó su pasado. Un pasado trágico. Una horrible tragedia.

—Dijérase que sobre mi familia—comenzó—hubiese caído una gran maldición. Una maldición hereditaria. Jamás se conoció un Fontana Feliz.

Todos nuestros antepasados habían muerto trágicamente. Mi padre parecía tener su sangre envenenada. Sí, señor, envenenada. El veneno hereditario del visabuelo Román. Le invadían frecuentes ataques, en el curso de los cuales se revolcaba poseído de una furia tremenda; una espuma blanca salía de sus labios y sus ojos se inyectaban de sangre.

En esos momentos era peligroso acercarse a él. Rompía y destruía todas las cosas que encontraba a su alcance y peligraba la vida de cualquiera que intentara sujetarlo.

Por otra parte, mi madre, afectada al corazón, sufría también frecuentes ataques al mismo. El médico había dicho que una fuerte emoción podría terminar con las existencias de ambos.

—Pobre madre mía! ¡Aún me parece estarla viendo, sentada en su sillita ruciendo las medias de nosotros.

Éramos tres hermanos: la Nena, Juan Carlos y yo. Yo quería entrañablemente a Juan Carlos. Nunca me le expuse al por qué. ¡Y fué él, Dios mío, quien recibió, sin culpa, toda la hiel de mis entrañas!

El viejo pasóse la huesuda mano por el rostro y prosiguió:

—Yo tenía la sangre envenenada como mi padre, y si bien no sufría ataques tan intensos como los suyos, también sus efectos me trastornaban. Cualquier disgusto bastaba para hacerme montar en cólera. Era el terror de los muchachos del barrio a quienes castigaba sin compasión.

Juan Carlos era mi antítesis. Calmoso, franco y simpático, había heredado todas las cualidades de mi santa madre. Quería mucho a la Nena, a quien solía aconsejar con

frecuencia, haciéndole aprender a hacer vestidos, oficio con que ayudaba a subsanar las múltiples necesidades de nuestro hogar.

La Nena era impulsiva y apasionada.

Era linda, lindísima. Y como linda, era codiciada. Tenía un grave defecto, por decir así: defecto que la precipitara a la ruina; el de no agradarle, bajo ningún punto de vista, su posición social, y de renegar constantemente de los de su casta. ¡Infeliz! ¡Que debía caer más tarde bajo el peso de sus propias pasiones!

Despedía con brusquedad a los obreros, compañeros de Juan Carlos, que se allegaban a ella mendigando un poco de amor.

—A pesar de mis pocos años, diez y seis, a lo sumo, yo tenía una perspicacia y un modo de pensar y analizar las cosas muy poco común en los muchachos de mi edad.

Quizás influyera en ello, el pesimismo personal que me rodeaba en casa; o el modo de encarar la vida de Juan Carlos, quien me aconsejaba con paciencia de profeta.

Cualquier acontecimiento de mediana importancia, sumíame en largas cavilaciones. Y de ese constante pensar, había nacido mi perspicacia.

Un día quise acompañar a la Nena a la tienda para la cual cosía. Con una brusquedad injusta y desconocida para mí, ella se negó a mis deseos. Yo insistí. Se me había puesto que debía acompañarla... ¡y la acompañaría!

Mas todo fué inútil; ruegos, lágrimas, promesas, insultos y amenazas, nada pudieron contra su decisión.

Aquella obstinación en no aceptar mi compañía me sugirió serias sospechas. Y por vez primera dudé de ella.

Me resolví a seguirla.

La Nena había salido ya. Su elegante figura, ataviada con un sencillito vestido gris perla, que lamia su cuerpo de formas esculpturales, recortábase sobre la suciedad y la miseria de aquel barrio suburbano.

Yo, pegado a la pared, la seguía sigilosamente. Tomó el tranvía. En vano busqué en mis escútilos bolsillos unas monedas para el pasaje. Sólo hallé el forro agujerado y lleno de basura.

El tranvía se iba, y yo con el ansia de "saber" eché a correr tras de él.

¡Y todo lo supe!

Volví a casa con la cabeza hecha un caos.

Había visto a mi hermana reunirse a la salida de la tienda, con un apuesto y atildado muchacho, y después de caminar varias cuadras, cogidos amorosamente del brazo, les vi subir a un lujoso auto, que se desfiló después calladamente en medio de una azulada humareda.

La Nena llegó después de un rato.

Dijo que la gran cantidad de costureras la había hecho retrasar... ¡después el tranvía que nunca llegaba...

Yo la miré fijamente a la cara.

Su rostro estaba desecado; las cuencas de sus ojos se hallaban oscurecidas por dos pronunciadas ojeras. Sólo sus ojos, ojos llenos de pasión y fiebre, se revolaban inquietos.

—¿Qué tienes?—preguntó mi madre.

—Nada—contestó ella—un dolor de cabeza...

Yo me revolqué en mi silla; sentía en mi cuerpo una enorme desazón.

A la noche, cuando Juan Carlos salió, y mis padres conversaban cosas triviales, entre los sorbos de un café agudo, yo me acerqué a la Nena que leía una novelita y le dije:

—¿Vamos a la puerta?

—No; hace frío. Déjame.

Insistí. Me contestó bruscamente que no.

Entonces yo me acerqué más a ella y pegando mis labios a su oído, murmuré:

—¡Ven! ¡Tengo que hablarte; te he seguido y te he visto; lo sé todo!

Levantó vivamente la cabeza. Se puso mortalmente pálida y sin decir nada me siguió.

Hacia frío; un frío que laceraba las carnes.

El patio del conventillo estaba solitario.

La Nena no se pudo contener:

—¿Aracelo, me viste?

—Sí, te vi. ¡Sos una miserable! ¡Sinvergüenza!

Me abofeteó con fuerza.

—¡Mocos! ¡Insolente!

—¡Callate o cuento todo!

—¡Hacelo! ¡A ver!

Me desafiaba cólerica. Después, más calmada, se acercó a mí y me dijo:

—No digas nada, Aracelo!

La rechazó brutalmente y salió a la puerta.

Yo atravesaba por un gravísimo instante.

Callar la verdad sería perder a mi hermana; descubrir-la, ocasionar un enorme disgusto a mis padres, que im-

plicaría quizás sus muertes.

Sentía una opresión en la garganta. Poco a poco mis ojos se humedecieron lentamente y recostado en el marco de la puerta, ajeno al frío, lloré amargamente.

—¡Oh! ¿Dónde estaba Dios en aquel momento, señor?

¿Por qué no inspiró a mi mente el pensamiento que después de la tragedia hizo nacer en mi cerebro? Hubiérase

contado lo ocurrido a Juan Carlos y él con su infinita bondad hubiera arreglado todo.

—Una noche, las mejillas de la Nena estaban más arre-

boladas que de costumbre. Todo lo contrario al de nosotros era su ánimo. Tristes estábamos, pues Juan Carlos

había sido llamado bajo banderas, y ya hacía dos días que sentíamos su ausencia.

El sonido de las palabras de la Nena, aquella noche,

hirieron mis oídos con extrañas resonancias, como si presagiaran con su modulación, la tragedia que se ave-

cinaba.

Y aquella noche me dormí, oscurecida mi mente por funestos presentimientos.

—Aracelo! ¡Aracelo!

Desperté sobresaltado.

Un tenue rayo de sol filtrábase por el cristal de la puerta. Junto a mi lecho, mi madre me llamaba con angustia.

—Aracelo! ¿Y la Nena?

Salí de mi cama. Miré el lecho de mi hermana. ¡Estaba vacío; intacto aún!

Una punzada horrible laceró mi pecho y ajeno al mal que ocasionaba, como en un inconsciente delirio dije:

—¡Se ha ido...! ¡Se ha ido con él... con ese...!

—Mi madre se agachó bruscamente, me tomó de los hom-

bros y livida me preguntó:

—¿Qué dices, Aracelo, se ha ido?

—Sí, se fué...

Me soltó, extendió los brazos hacia adelante en actitud de súplica, y un grito desgarró su pecho:

—¡Nena! ¡Hija mía!

Se revolviéron sus ojos, sus manos temblaron convulsivamente y cayó fulminada al suelo.

Aquel grito despertó a mi padre.

Salí de la cama. Nos arrodillamos junto a mamá que, caída, parecía muerta. Desgarré la bata; yo rocíé su

rostro con agua fresca.

Un tenue suspiro llegó hasta nosotros, que nos pareció en aquel aciago momento, como un himno de gloria.

—¡Oh! ¡Pero que efímero debía ser!

Volví sus ojos semividriosos hacia mi padre y le dije como en un soplo:

—Perdó... nala... Juan—y dobló su santa cabeza sobre el pecho, sumiéndose en el sueño eterno.

—¿Perdonarla?—preguntó mi padre—¿a quién?

Yo abrazado al cuerpo exánime de mi madre, desgarrada mi garganta por los sollozos, acariciaba su rostro, su

pecho, sus brazos; besábala con frenesí llamándola angustiado.

—Mi padre notó la ausencia de la Nena.

—¿Aracelo! ¿Dónde está la Nena?

—Llorando, lo enteré de todo.

Quedó atelado; miró el cuerpo yerto de mi madre y miróme a mí con ojos de loco; comenzó a temblar su cuerpo;

de su garganta empezaron a salir sollozos parecidos a gritos guturales de fiera herida; la espuma orló sus labios

y se apoderó de él el ataque.

Yo me levanté asustado y salí al patio dando voces de terror.

Después... casi nada recuerdo. Sólo sé que había gente, mucha gente, y que en la pieza se reflejaba la mortecina luz de los cirios.

Pasaron dos años.

No había tenido noticia de mis hermanos. Muertos mis

padres, ignorando donde estaba Juan Carlos y maldiciendo a la Nena, vagué por la urbe y fui uno de los tantos degenerados que me agité en sus entrañas.

Era ladrón y asesino. Joven aún, mis manos estaban manchadas de sangre.

Vivía sólo sostenido por un deseo: el de vengarme.

¿Con cuánto placer pensaba en esa trágica hora del desquite, en que los dos, él y ella debían caer bajo el peso criminal de mis rencores!

El pobre viejo estaba transfigurado. Horrible era su aspecto, que al conjuro de los recuerdos se revelaba en toda su terrible desnudez.

—Todo pasó como en una pesadilla. La encontré un día en la calle y la seguí. Vivía en una casa de departamentos. Seguía aún en el interior y pude enterarme del número del suyo.

—Una limosna, señorita.

—Perdone—me contestó.

Tentado estuve por echarle las manos al cuello, que resaltaba su blanchura sobre el fondo oscuro del vestido.

—Ella ella, la misma! ¡Algo ajada por los sufrimientos y los placeres!

A la noche, cuando Buenos Aires se envolvió en el abrigo de sus sombras, llegué a la casa y con la pericia de ladrón consumado,forcé la cerradura.

A la luz de una cerilla di con el número del departamento de la Nena. Hicé la misma operación.

Todo mi ser temblaba.

Una vez adentro, un silencio sepulcral me recibió. Ni una luz. Avancé a tientas. De pronto tropecé con una mesita que sostenía una maceta, y ésta, al caer, hizo un gran estrépito.

Se encendió la luz en las piezas. La puerta se abrió bruscamente y apareció un hombre en paños menores.

De un salto me lancé sobre él. Lo tomé por el cuello; lo abofeteé poseído de una locura incontrolable; lo escupí y pisoteé. Después, desnudé el cuchillo, y le di de puñaladas. Levantaba y subía el brazo al ritmo de mis blasfemias; la sangre saltaba quemándose el rostro.

De repente me vi cogido por mi manos. La casa estaba toda iluminada y repleta de gente. Frente a mí, con los ojos desorbitados, la Nena me miraba con terror.

Pugnando por desasirme de mis opresores, le grité:

—¡Me conoces, canalla! ¡Soy Aracelo, tu hermano!

Vengo a matarte a ti y tu amante, para vengar a mis padres.

La Nena retrocedió livida. Después, con un grito que desgarró mi alma, grito que aún percibo en mis oídos como eterna maldición, se abalanzó hacia mí, y clavándome sus uñas en el rostro, me dijo:

—Aracelo! ¡No... no es él!—y cayó en brazos de unos vecinos.

Yo, con un esfuerzo sobrehumano, me desprendí de los que me aprisionaban y arrodillándome junto al cuerpo víctima de mi odio, miré su rostro:

—Juan Carlos!

Se me nubló la vista; mis miembros se agitaron y caí sobre la sangre tibia de mi hermano.

A través de las rejas supe la verdad, por boca de un amigo de mi desdichado hermano.

Enterado por el mismo, de la tragedia que asolaba a nuestro hogar, pidió licencia, que dada las circunstancias terribles en que era solicitada, le fué concedida.

Lloró a mis padres y buscó a la Nena y a mí.

A ella la encontré, y su alma noble, incapaz de un sentimiento de baja inspiración, la perdonó.

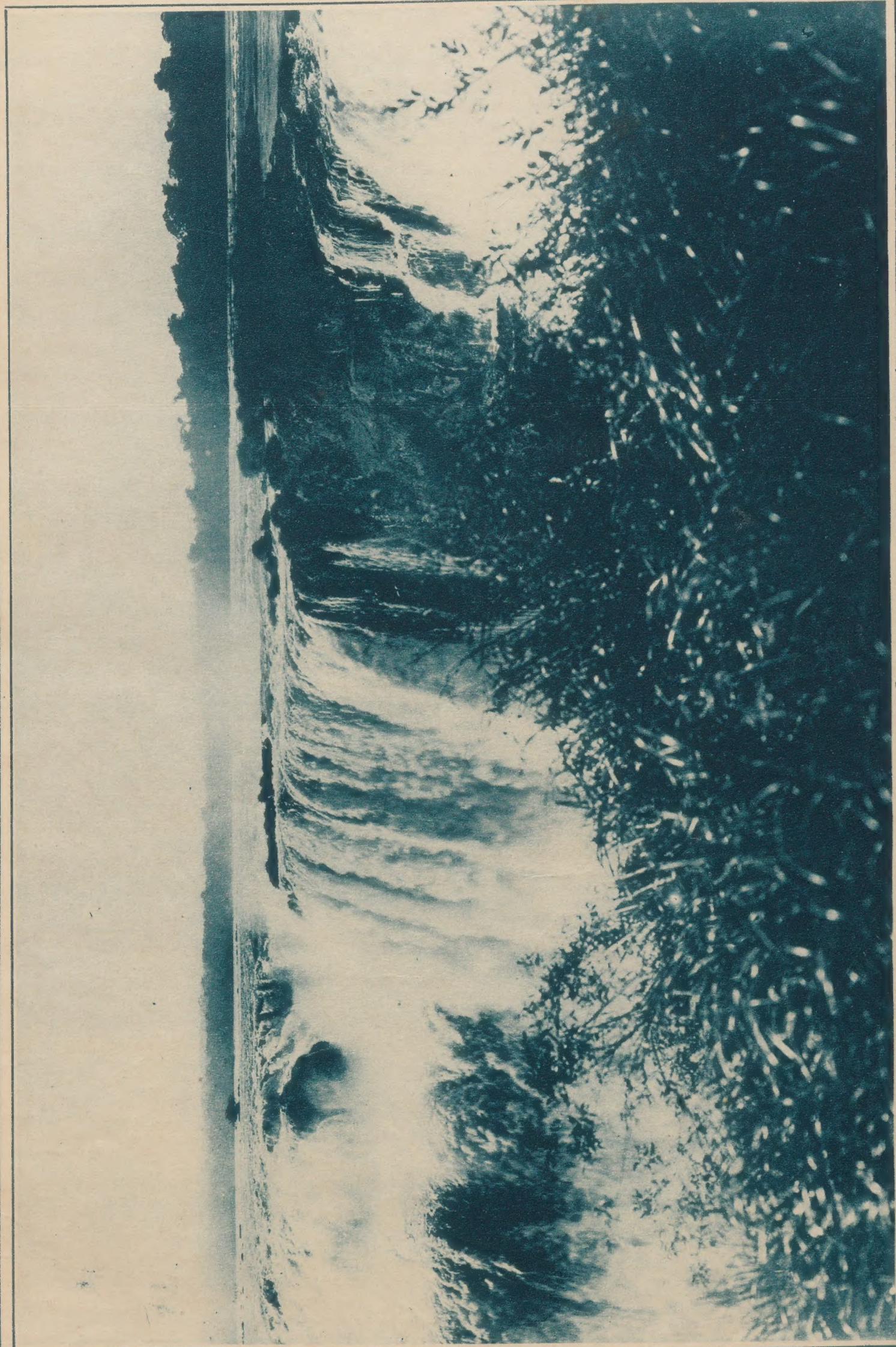
Vivían juntos, con la esperanza de encontrarme algún día. La Nena, después de mi horrendo crimen fué internada en un hospital, conmovido su cerebro por el espectáculo, y murió a la semana.

Sólo yo vivo. Espero, pues, el golpe de la maldición hereditaria.

Callé el viejo. Lloraba quedamente. Yo lloraba también, mientras las sombras nos envolvían con su manto invisible.

Miguel GALLUZZO.

BELLEZAS NATURALES DE LA ARGENTINA



Cataratas del Iguazú. — La Garganta del Diablo

Fot. Emilio B. Morales.

Te Bagley

Galletitas
Bagley

Al hecho de conservar siempre sus envidiables condiciones de pureza, alta calidad y escrupulosa elaboración, debe el exquisito

TE BAGLEY

su enorme prestigio en todas las mesas donde impere la distinción y el buen gusto.

Infusión aromática y deliciosa en alto grado, el TE BAGLEY colma las exigencias de los más delicados paladares, y si se acompaña con las riquísimas

Galletitas BAGLEY

constituye uno de los más sanos y agradables refrigerios.

